

*Todo está en recordar que la  
historia la hacemos, tú, yo y el  
tiempo...*



UNIVERSIDAD DE CARABOBO  
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES  
CÁTEDRA DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA



FEDERICO Y SU VISIÓN AXIOLÓGICA: IMAGINARIO NACIONALISTA  
VENEZOLANO 1920-1960. POSTERIOR Y PERMANENTE PROCESO DE  
DESARRAIGO.

Trabajo de investigación para ascender a la Categoría de Profesor Titular



Prof. Ana Josefina Cotúa Salazar

Valencia, Mayo 2014.



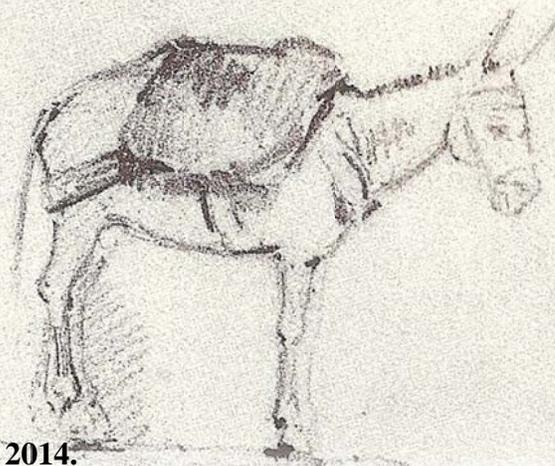
UNIVERSIDAD DE CARABOBO  
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES  
CÁTEDRA DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA



FEDERICO Y SU VISIÓN AXIOLÓGICA: IMAGINARIO NACIONALISTA  
VENEZOLANO 1920-1960. POSTERIOR Y PERMANENTE PROCESO DE  
DESARRAIGO.

Trabajo de investigación para ascender a la Categoría de Profesor Titular

Prof. Ana Josefina Cotúa Salazar



Valencia, Abril 2014.

## ÍNDICE GENERAL

RESÚMEN	iii
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I.	
Federico y su Visión Axiológica	5
CAPÍTULO II	
Imaginario Nacionalista Venezolano. Algunas Reflexiones sobre sus Antecedentes Históricos	24
CAPÍTULO III	
Bon Jour Modernidad... o ... Tanto Nadar Para Morir en la Orilla	62
CAPÍTULO IV	
Bienvenida Globalización o... Acelerado Proceso de Desarraigo.	80
CAPÍTULO FINAL	
A Manera de Conclusión... reflexiones finales frente a un pocillo de café	138
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	149



UNIVERSIDAD DE CARABOBO  
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES  
CÁTEDRA DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA



FEDERICO Y SU VISIÓN AXIOLÓGICA: IMAGINARIO NACIONALISTA  
VENEZOLANO 1920-1960. POSTERIOR Y PERMANENTE PROCESO DE  
DESARRAIGO.

Autor: Ana Josefina Cotúa Salazar

Abril, 2014.

RESUMEN

Esta investigación, trata de ahondar en aquellas circunstancias histórico - culturales que incidieron en la transformación del modo de ser del venezolano tradicional, el cual ha venido cambiando ostensiblemente, el otrora comportamiento definitorio de su venezolanidad, iniciándose en él un visible proceso de desarraigo de lo cultural propio. Objetivo: interpretar lo característico del sentimiento nacionalista del venezolano tanto en sus etapas de exaltación, como en los de franca indiferencia. Metodología: Interpretación reflexiva y construcción narrativa, mediante el recurso del diálogo tratar de aproximarnos al sentir del venezolano desde las primeras décadas del siglo XX (1920- 1960) y su devenir en el tiempo, hasta la historia reciente. Resultados: las recurrentes manifestaciones de desarraigo del venezolano actual tuvieron su punto de inflexión a raíz de la inserción de Venezuela en el acelerado proceso de modernización, transculturación y reciente globalización.

**Palabras clave:** Identidad, Nacionalismo, Desarraigo, Transculturación.

## INTRODUCCIÓN

Un increíble mundo de rejas, unas más grandes, unas más chicas, terminadas todas en puntas que asemejan afiladas lanzas en posición de combate, cercos eléctricos de apariencia reñida con todo sentido estético, feroces perros guardianes producto más de los laboratorios que de la sabia naturaleza. Todos estos obstáculos debes sortear para, por fin, poder reencontrarte con ese humano amigo, a quién solo a duras penas podrás reconocer cubierto, como ahora se encuentra, por cuanto escapulario y talismán se puso a su alcance, esto sin contar con el campo de fuerza hecho de resentimiento y desconfianza que, inconscientemente, ha construido para también protegerse.

La comunicación a lo externo le llega a través de la caja mágica de su televisor, mientras el contacto con las seleccionadas personas fuera de su entorno, lo logra conectándose con la cajita de metal del teléfono móvil. Ante la necesidad de salir a la calle, corre a colocarse sendas gríngolas imaginarias a fin de permanecer aislado del mundo que le rodea. Enormes “malls” han reemplazado a las plazas públicas como centro de reunión, mas no de reencuentro, allí jóvenes realizan siempre el mismo ritual, encogerse al máximo para tratar de introducirse en su teléfono celular, pues como en la cueva de Alí Baba, una vez encendida la lucecita y disparado el sonido que es su abracadabra, la diminuta cajita puede subsumirle en un mundo diferente, muy separado de ese que teme y adivina más allá de las gríngolas.

Así, sintiendo ya ese sabor a paja seca que deja toda frustración, y con el deseo de poder entablar abierta comunicación con los que antes fueron mis semejantes, recuerdo que sólo Papá Dios puede escucharme y ayudarme en esta tribulación, por eso, dirijo mis pasos a su casa, aquella que siempre permaneció

abierta para dar consuelo y refugio al necesitado. Pero... resulta que, ahora encuentro sus puertas cerradas y también enrejadas. Por fin, después de mucho llamar, una buena mujer con cara de susto, atiende al fin mi requerimiento abriendo una pequeña ventanilla, también enrejada, “Tenemos horario restringido, hija mía, la inseguridad nos obliga a protegernos no sólo de los robos y atracos, sino de cosas peores. Los malandros se han llevado no sólo la limosna sino hasta el santos con todo y agua bendita”.

Ante tal calamidad una vocecita acude en mi ayuda: Bueno, ve a la “Casa que vence las sombras”. Ningún lugar más adecuado que ese mundo académico para encontrar respuestas y fortalecer mí, ya, debilucha fe en el ser humano y en mi misma. Por eso hacia allá dirijo mis pasos. Pero... ¡Oh, asombro!.. Allí también las cosas han cambiado, en vez de aquel ambiente animado por sillas plegables de rayas multicolores, donde voces juveniles discutían en tertulias sobre temas filosóficos, literarios, políticos, científicos, artísticos, ahora ellas han tenido que ceder su espacio para elucubrar, urgentemente e imperiosamente, sobre un problema existencial, el de cómo proteger la integridad y la maltrecha cuota de tranquilidad que aún nos queda. Así, Jean Paul Sartre, Nietzsche, Foucault, Maturana y tantos otros reconocidos pensadores tendrían que salir del espacio de paz de su mundo de elucubraciones para orientarnos sobre cómo subsistir en condiciones de tanta confusión, no tanto por la clara disminución de los beneficios materiales, sino ante la constante arremetida de verdaderos “rambos” escondidos tras calurosos pasamontañas a pesar del evidente acrecentamiento del recalentamiento global. Entre ellos, unos cuantos de aquellos, otrora, jóvenes soñadores que defendían su mundo de héroes y heroínas, colándose en la corriente de alguna ideología, en un hacer científico o artístico. Ahora, por el contrario, deseosos de encontrar ese camino a veces, recurren a colocarse máscara de indiferencia, de irreverencia o de franca confrontación, siempre tras la búsqueda de ese camino cierto que les permita visualizar con optimismo su mañana.

Gramaticalmente, derrumbada por todas estas impresiones me dejo caer en uno de los banquitos que sirve de descanso a una de las caminerías de la Universidad

donde por años he laborado, años durante los cuales ingenuamente pensé que, en algo, había contribuido a transmitir valores. Luego de respirar hondo, contemplo a mis anchas el paisaje tan familiar, al fondo las nuevas Facultades de Educación y Ciencias Jurídicas y Políticas; el nuevo y flamante Auditorio de Face y un poco más cerca; el módulo de estudio que los estudiantes bautizaron como “El platillo volador “. – “Truco y retruco!”- Se oye claramente en voces juveniles ¡Caray! Posiblemente, ¿me equivoque de sitio? ¿Tendrán razón mis colegas compañeros de Cátedra y realmente estoy entrando en desequilibrio senil?

Mi preocupación está más que justificada ¿Cómo puedo confundir un sagrado módulo de estudio en esta respetada Universidad, con un vulgar garito?. No hay duda, hasta mis oídos están ya alucinando, porque hasta hace apenas un tiempo aquellas exclamaciones eran otras, siempre referidas a sus áreas de estudios, a la política, al deporte o al arte.

Esperé pacientemente hasta oír el llamado a clase, agradablemente traducido en un par de estrofas del himno de esta Casa de Estudios. Pasado un tiempo prudencial, al no oírlo me volví inquieta ante el temor de que la paloma en vuelo que servía de reloj, también hubiese sido literalmente hurtada, pero no era eso, sólo que se había quedado tan muda de asombro como yo misma ¿Estaré viviendo un mal sueño? O, como gritaba aquel loquito que presentaba en su programa de radio el entonces popular Sargento Full Chola, ¿Se habrán robado mi país? ¿Mediante qué extraño sortilegio han podido cambiarme mis antes amables y despreocupados paisanos por estos extraterrestres venidos de quien sabe que lejana galaxia? ¿Quiénes son estos seres que, ahora, me miran con semblante siempre adusto y aire de resentimiento? ¿Dónde se fueron aquellos mis antiguos alumnos dicharacheros y traviosos, pero generosos y siempre dispuestos al diálogo y a la sana conversación? ¿Dónde aquel vocabulario fresco y juvenil ameno y respetuoso, lleno de chistes y refranes con ocurrentes salidas? ¿Cómo han podido reducir nuestro rico idioma y simpáticos dialectos a sólo dos o tres expresiones tan carentes de profundidad que no alcanzan ni

siquiera a grado de obscenidad y demasiado alejados, no de moral y ética sino que son una verdadera bofetada a toda estética?

Mundo pobre, pobre mundo, así tituló un estudiante adolescente una de sus composiciones libres mientras otro lo llamó “Trataré de adivinar cómo será el mundo cuando tenga 50 años”, él estaba por cumplir los 18. No quisiera recordar lo triste y hasta macabro de tal descripción.

Fue en este preciso momento cuando por obra y gracia de la angustia, un nombre vino a mi mente: Federico, sólo él posee la doble cualidad de oír y comprender, de mirar y ver, de dar sin exigir, de permanecer sin ocupar espacio... Federico...

## **CAPÍTULO I.**

### **FEDERICO Y SU VISIÓN AXIOLÓGICA**

Señala Hedetoft que:

Cuando un símbolo reemplaza a otro viejo, los nuevos sentimientos se adhieren al nuevo símbolo, sin embargo, y en situaciones de crisis, aparecen los viejos sentimientos ocultos tras los nuevos símbolos, y con ellos el significado oculto se transporta de unas prácticas sociales a otras a lo largo del tiempo... (1995).

La idea contenida en el párrafo anterior nos facilita la comprensión e interpretación simbólica de Federico, como imagen que sostendrá ese hilo conductor, ese personaje que hilvanará a través de estas páginas la idea e inquietudes que en ellas se pretende expresar. Él llamará nuestra atención y nos permitirá observar cómo los sentimientos van cambiando de apariencia, en el constante devenir, cómo algunos de estos sentimientos y emociones se desdibujan hasta casi desaparecer, pero también es frecuente que sentimientos olvidados resurjan en situaciones de franca conmoción para ayudarnos ante la insuficiencia de los nuevos, a fin de hacer frente a los significados de difícil comprensión.

El recurso de la imagenología, permite mediante proceso de abstracción, humanizar lo simbólico. Federico pretende representar lo que siempre ha estado allí, constante y permanente, poseyendo al mismo tiempo la virtud de desplazarse y trascender tiempo y espacio hasta proporcionarnos una visión universalista de las cosas. Capaz, al mismo tiempo, de retratar el momento histórico que queremos reconstruir (visión sincrónica) como darle el movimiento necesario hasta proporcionarle la impresión de movilidad y concatenación (visión diacrónica). La seguridad en sí mismo que Federico irradia le permite ser constante pero flexible, ser

a la vez, hondura y superficie, todo y nada, finitud e infinitud, cercanía y lontananza ... Federico... siempre me he preguntado porque a su lado la reflexión llega tan fácil y se hace más profunda cuanto más azules se van haciendo sus pupilas.

Es mucho más que facilitar el acontecer en esas tardes lluviosas, cuando la soledad se agudiza y aparece la nostalgia con su morral de recuerdos siempre solícitos, para atenuar la melancolía de esas horas muertas. Pero sin embargo, Federico, por el contrario, siempre escucha con atención respetuosa aun cuando la magia no puede estar completa sin el humo que escapa, muy lento, de mi viejo y desportillado pocillo de café, el mismo que tiene dibujado un caballito de mar. Humo, que se hace fondo de agua en la mirada, para expresar emociones y añoranzas.

Entrar en la dimensión de la mirada de Federico, significa, haber traspasado el umbral a un mundo de paz, armonía y comprensión. Reconozco mi condición privilegiada al poder siempre contar con el rostro amable y la mano amiga, segura de Federico, poder traspasar esa puerta hacía un mundo limpio y transparente, lejos de este otro ser humano de hoy, tan errático, voluble y profundamente egoísta. Este semejante que, mucho habla y poco dice, muy dado a alborotar pero poco a escuchar; criticón pero nada autocrítico, endiosado por sentirse atiborrado de información pero muy lejos de la sabiduría. En fin, un humano muy poco humano.

Federico, escucha con atención respetuosa aun cuando le hablamos de temas para otros nimios y próximos a la cursilería. Cuando su mirada busca la nuestra, nos nace el deseo de permanecer siempre allí, tal es la seguridad, el bálsamo, el alivio que de ella parece desprenderse. Sin palabras, él adivina aquello que por temor o timidez no nos atrevemos a expresar. Sin alardes de rebuscada retórica, encuentra siempre la palabra precisa, la frase apropiada con la que aclarar aquello que nos inquieta y nos angustia.

Confieso, que también es una suerte, poder contar con la complicidad de esas horas, que se le escapan a algunas tardecitas, para hacer magia blanca traducida en

añoranza, convirtiendo los símbolos en recuerdos y avivando emociones y sentimientos aparentemente olvidados.

Todo este hacer mágico, se activa cuando la débil columna de humo que se escapa al viejo pocillo de café, comienza a pintar arabescos en el aire de la pequeña habitación. Ocurre, casi siempre, en las horas vespertinas y muy particularmente, cuando ellas son lluviosas y su tintineo agudiza la soledad, obligándonos a buscar la compañía siempre dulce de los recuerdos buenos con traje de nostalgia.

El ritual se traduce, en contemplar por algunos segundos la suave columna de humo y... ¡Allí estará el abracadabra que nos lleva al ayer!

... El ayer...

¿Acaso no es este el querido saloncito de la vieja Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Aquel donde solían realizarse agradables veladas y tertulias todos los jueves por la tarde?

- Sí, - me dicen las desgastadas pupilas azules de Federico.
- ¿Recuerdas al maestro José Antonio Calcaño?

Y, la venerable figura va surgiendo por entre la borrosa cortina de emoción que me humedece los ojos. Sencilla sin pretensiones, totalmente contrapuesta a este hombre de hoy, tan engreído y orgulloso de no sé qué, tontamente irreverente... Envuelto en las nubes del recuerdo, se crece la imagen de aquel buen hombre, de edad indefinida, pero de gran vivacidad, humilde de espíritu y de auténtica sabiduría. Su recuerdo viene a mí con su andar lento y su viejo y pesado maletín de cuero negro repleto de partituras y libros de música. De hablar pausado y espontáneo, lograba en pocos segundos atrapar la atención de un auditorio que enmudecía ante la profundidad de sus conocimientos. Todos nos preguntábamos cómo podía Dios o la naturaleza esconder en tan sencilla apariencia un mundo interior de tal riqueza espiritual. Que diferencia con el hablar necio de este sabihondo de hoy...

Como en una cinta cinematográfica la pupilas de Federico van reflejando, casi sin perder detalle, aquel viejo acontecer en la pequeña sala del edificio de la antigua facultad, donde todos los jueves, tronara o relampagueara, nos reuníamos profesores y estudiantes para conversar u oír la disertación de algún invitado especial, sobre temas de las distintas áreas del conocimiento. Todavía para los años 1955-56 funcionaba la entonces Facultad de Filosofía y Letras, en aquel edificio de tres pisos, que pasó a ser sede de la Residencia Universitaria Masculina de tan polémico acontecer, luego de la caída del gobierno de Marcos Pérez Jiménez. Mientras, la Facultad de Filosofía y Letras, cambió su nombre por Facultad de Humanidades y Educación y estrenó edificio sede.

- “La belleza en la melodía sólo puede lograrse tras la perfecta armonía entre sonido y tiempo. Con la melodía habla el espíritu y con el ritmo se expresa el cuerpo”. Fueron frases que quedaron impresas en las mentes de aquellos jóvenes estudiantes, contribuyendo a crear los rieles sobre los que conducirían su vida. Humildad y búsqueda eterna del equilibrio y la armonía... por ende de la verdadera belleza...

-Sí, Federico, y no sé porque razón siempre que hablamos de amplitud y universalidad, la sonrisa abierta del Luis Beltrán Guerrero parece inundar mi mente. Quizás sea, porque siempre me dio la impresión de que en la emotividad que comunicaba en sus clases y tertulias podía contener un mundo y hasta al universo entero.

-El Inca Garcilazo, José Asunción Silva, Rubén Darío, Sor Juana Inés de la Cruz, Gustavo Adolfo Becker, Amado Nervo, todas sus maravillosas prosas cabían en ese universo. Terminaba casi siempre su disertación leyendo trozos de Vuelta a la Patria de Pérez Bonalde, los cuales tomaba de un pequeño tomo de la colección Giraluna para bolsillo, desde donde también se irradiaba la poesía de Andrés Eloy Blanco, contribuyendo a sembrar en el alma y mente de sus alumnos, el orgullo por nuestros valores latinos y venezolanos en especial.

Este era un Inca triste  
De soñadora frente  
Ojos siempre dormidos  
Y sonrisa de miel...

José Santos Chocano, parecía hablarnos desde las cumbres peruanas.

Busqué es ese instante la mirada de Federico y la encontré fija en las nubes que hacían figuras en el pedazo de cielo que se colaba por la ventana de la habitación.

-Son nubes viajeras - me dijo – en su viajar van dejando los trazos de lo que fue su paso por esta vida, a la sucesión de trazos luego lo llamarán historia.

En ese momento, observé sus manos, eran aún muy tersas, cuando quise tocarlo vi, en cambio, en las mías surcos profundos en los que el tiempo también ha escrito parte de su historia.

-Y, ¿Qué me dices de la humildad personificada en Santiago Magariños? Aquel hombre de pequeña estatura, que aunque venido allende los mares, acogió la venezolanidad como suya y con gran austeridad y honestidad, se dedicó a recolectar por todos los rincones de esta tierra, piezas y objetos que permitieran demostrar la sensibilidad por la cultura y el arte de nuestros antepasados. Piedrita a piedrita logró fundar tras largos y penosos viajes en una destartalada camioneta, lo que hoy se conoce como Instituto de Arte de la UCV. Republicano español, proscrito de la dictadura franquista, solía repetir, “Debeís siempre querer la patria por sobre todas las cosas”. Y, ante la pregunta sobre su claro despego por las cosas materiales, repetía “la salud está en la suela de los zapatos. El automóvil suele degenerar tu cuerpo y hace esclavo tu espíritu. Aprended el valor de ser libres de ataduras convencionales”.

-Fue profesor en las Cátedras de Historia Antigua y Culturas Prehispánicas en nuestra Universidad, luego de ser catedrático en la Universidad de Salamanca, después de su llegada a nuestra patria y a fin de proteger su identidad de los sabuesos de Franco, no dudó en convertirse en librero y así camuflageado tras el mostrador de la librería “Las Novedades”, ayudaba y orientaba sabiamente a los que requerían el

servicio. Allí lo descubrió, David García Bacca, quién no titubeó en llevarlo a nuestra facultad a fin de tener el honor de que se convirtiera en nuestro profesor.

-Sí, muchos lo recuerdan, porque más que conocimientos, sus palabras destilaban verdadera sabiduría, sencillez y don de gente. Con dedicación y desinteresadamente Magariños ayudó a consolidar el Ateneo de Caracas, mientras se las ingeniaba para tener, siempre, momentos que dedicaba a la atención personalizada de sus jóvenes estudiantes. No exhibía convencionalismos, ni formalidades, ni mucho menos discriminaciones. En los pasillos, en la cafetería de la Facultad de Humanidades y hasta en su pequeño apartamento de Los Caobos, que dicho sea de paso, era más un museo que una vivienda particular, interactuaba con colegas profesores y jóvenes alumnos. Recuerdo cuando a veces, solía tomar una silla plegable, de lona rayada de azul y se sentaba con sus alumnos en cualquier rincón de los jardines de la Universidad, para comentar algún tema y disipar dudas. Y cuando su figura se alejaba, en el aire silencioso flotaba la promesa juvenil dicha sin palabras o a viva voz “no olvidaré sus enseñanzas”.

-Santiago Magariños... al recordarlo, me parece oír el agua clara escapando de un antiguo tinajero adornado con helechos...

No necesité, buscar la mirada de Federico, la adivine húmeda y por eso mis manos no tuvieron, en ese momento, resentimiento alguno por la lozanía de las suyas... Federico...

Todavía vislumbraba a lo lejos la imagen de Magariños, cuando surgió la de Mademoiselle Josefina Coronil, sonrisa cordial, dibujada en labios pintados en forma de corazón. Impecable en su sobria elegancia. Siempre me he preguntado, como una persona perteneciente a familia tan distinguida, con esmerada educación parisina, con bagaje cultural tan denso, podía desenvolverse y actuar de manera tan poco afectada, tan amigable, tan atenta para aliviar las necesidades de muchachas humildes hasta dotarlas de algún oficio o profesión, con el cual pudieran defenderse. Muchos años,

después de egresada pude constatar como en varios lugares de Venezuela lucía su nombre en fachadas de reconocidas escuelas de artes y oficios.

-¿Alguna vez observaste en ella, algún gesto de ostentación o soberbia?-

Las pupilas de Federico no cambiaron de color como suele hacerlo cuando algo lo contraría.

- Mademoiselle Coronil, tenía el don y el privilegio de ser ella misma. Su autenticidad, se colaba fácil a través de su calidad humana y de su muy sincera generosidad. Dones estos, celosamente protegidos por la expresión siempre serena y dulce de su semblante.

-“Bon soir, mes eleves”-

-“Bon soir, Mademoiselle- Y, así las tardes de dos veces por semana, con puntualidad inglesa, a las seis menos cuarto, quedábamos todos atrapados en la ternura sabia de Modemoiselle Coronil.

Vivía en una bonita casa de una sola planta, por allá por la Alta Florida, con aroma a tradición y a venezolanidad. Su gentileza llegó al extremo de brindarnos allí, un agradable almuerzo con motivo de nuestra graduación “Ustedes han sido mis alumnos favoritos” decía con frecuencia mirando a todos con cariño y sin distinciones: Carmen Elena Alemán, Jesús Sanoja Hernández, Jorge Olavarría entre otros formaban parte de esa camada, que culminaba su pregrado en Letras, Filosofía, Historia y Psicología.

“Busquen la oportunidad, vuelen a recorrer el mundo, pero sin olvidar que su hogar está aquí, en esta patria que Dios nos dio”

-“Oú revoir, mes eleves”-

-“Oú revoir, mi querida Moidemoselle”- quedará tu recuerdo en las notas de un piano, como aquel que para nuestro deleite solías tocar con maestría, y en cada niño o anciano necesitado, a quién nunca negaste el bálsamo de tu ayuda. En cada

joven, donde con tu ejemplo supiste sembrar el valor de la auténtica generosidad y solidaridad.

-La recuerdo como si fuese hoy, corriendo presurosa por los pasillos de la facultad, para llegar puntualmente a su clase.

-Debemos conservar el respeto por el tiempo de los demás. La puntualidad es símbolo de consideración y aprecio” solía repetir. Ella es y será símbolo de lo intemporal, de lo inconmensurable, de lo infinito.

-Paciencia y perseverancia- Oí decir sin palabras a Federico. – Estos dos valores estuvieron muy bien representados por Eduardo Arcila Farías y José Manuel Siso Martínez. Ambos confesaban sus timideces, pero solían vencerlas a fuerza de tesón y dedicación.

“No tengo dotes de oratoria” Expresaba Arcila Farías “pero denme papel y lápiz y explicaré el universo y sus leyes”- Y, así era, con la misma valentía con la que enfrentaba un auditorio a pesar de sus limitaciones de habla, se hacía invencible cuando ese auditorio, era atrapado por su pluma.

“Lo verdaderamente perdurable, sólo se logra, construyendo sus cimientos con paciencia y perseverancia, poco a poco y con cuidado. “No se han preguntado ustedes, porque son casi eternos los acueductos, las pirámides, los templos egipcios de los Mayas, de los Aztecas o de los Incas, ellos son legado que nos hablan de ese esfuerzo y dedicación”. Complementaba Siso Martínez.

¿Recuerdan la moraleja contenida en el cuento de los tres cochinitos? “Aquel que por facilidad construyó su casa de paja, fácilmente, se la llevó el viento ante el primer soplido del lobo malo. En cambio, el que trabajó fuerte y sin descanso, logró una segura y resistente, ante las investidas del enemigo”

-Diferencia profunda con la característica manifestada a menudo, por el venezolano de hoy, quién no se para en mientes, para pasar sobre escrúpulos, a fin de llegar a su meta con el menor esfuerzo y tiempo posible.-

Con cuanta ilusión esperábamos esas tertulias de los jueves por la tarde, cuando anodinos estudiantes, llegados de los cuatro puntos cardinales de esta patria, con orígenes y posición social o color distintos, deponían estas diferencias, para tomar asiento donde podíamos, pupitres, escaleras o rincones donde colocábamos los libros como asiento, para oír respetuosos las exposiciones de los académicos. Igual entraban Arturo Uslar Pietri, para hablarnos en el mejor lenguaje de Rousseau, Voltaire, Diderot, Condorcet o Pérez Enciso para hablarnos de psicología o Ernesto Maíz Vallenilla para pasearnos por los vericuetos de la filosofía.

Todos, estudiantes y académicos eran entonces reflejo de aquel venezolano seguro de lo que era como ser humano y orgulloso de su condición de paisano de esta tierra.

Otras veces, se llenaba el ambiente con las referencias a Papá Goriot, Eugenia Grandet, Madame Bovary, Margarita Gautier y tantas otras imágenes de la literatura universal, serena y magistralmente conducidas, por Mariano Picón Salas, caballero del mundo, pero quién siempre terminaba sus vespertinas tertulias, con alguna alusión a su terruño serrano, a Las Cinco Águilas Blancas de Tulio Febres Cordero, a la belleza y nobleza de su tierra natal.

“Los Alpes Suizos, son hermosos, pero no hablan el lenguaje de mi Cordillera Andina” decía con su sonrisa de gentleman y elegante tic nervioso que le caracterizaba. Cariño por lo nuestro, eso irradiaban sus palabras y de cada una de sus obras, como “Viaje al amanecer”; obra hermanada con “Los Riberas” de su gran amigo Mario Briceño Iragorri, quién en “Tapices de Historia Patria” y “Cantos de mi Tierra”, deja derretir la miel de su cariño y apego por lo nuestro, amén de su preocupación por los cambios que ya comenzaban a notarse en el comportamiento del venezolano de la época.

Briceño Irigorri (1954), apuntaba:

Sin ser un cegado regionalista, todo lo contrario, soy un cabal nacionalista, creo que jamás sentirá el neto valor y la responsabilidad plena de lo nacional, quién no sienta vigorosamente los vínculos amorosos que lo unen a la tierra nativa. (p.776).

El fruto de todo este hacer didáctico fue cosechado en muchos de aquellos jóvenes estudiantes hoy conocidos intelectuales: Jesús Sanoja Hernández, Luis Cipriano Rodríguez, Carmen Elena Alemán, Luciana y Victoria D'Estefano y tantos otros.

Justo en este momento me percaté del silencio en la mirada de Federico.

-Discúlpame Federico, vine a pedir tu comprensión y me he soltado a recordar sin consideración. Y, realmente, me sentí apenada pues siempre, suelo criticar a este humano de hoy que habla mucho pero no tiene capacidad de escuchar...

-Por el contrario mon cher, mi silencio no obedecía a un reclamo, sino a un elucubrar en cuanto a la manera tan profunda como podemos marcar las mentes jóvenes tan sólo con una palabra y un gesto. Más aun, como la imagen se puede convertir en un referente para toda la vida. Oyéndote hablar con tanto entusiasmo y emoción de los que fueron tus directores, concluyo que ellos se convirtieron en tus referentes, en tu punto de apoyo, en modelo, paradigma o como quieras llamarlo. Ellos, te han proporcionado ese episteme, ese camino por el cual transitar, debes sentirte privilegiada.

-Ahora bien, tu vienes a mi preocupada por ese semejante humano, perdido entre rejas y cercos eléctricos y quieres encontrarlo al final intacto con los dones y valores de tus referentes, ¿te has planteado, acaso la posibilidad de que, el problema radique en la falla que este humano ahora enrejado, puede tener con respecto a su propio referente? Quizás él, no tuvo la suerte de contar con una familia donde el padre, la madre o los abuelos hayan tenido las condiciones idóneas para ser un buen modelo a seguir. Tal vez, el nihilismo hoy manifiesto, donde se desdibujan los

valores religiosos, morales, estéticos, políticos, también los referentes idóneos se hayan quedado tras la niebla del ayer. ¿De dónde se aferra entonces este humano hoy?

-Quizás, algunos hacen esfuerzos por mantener esos referentes vivos en la memoria y en su nostalgias y allí se refugian. Otros deben hacerlo literalmente, tras las rejas que tanto te impresionan. Mientras unos cuantos corren a apropiarse y a hacer suya la visión paternal y mesiánica de aquel cuyo lenguaje logra conectarse con sus emociones. En ese momento, las pupilas de Federico tomaron el color azul profundo de los pozos y adiviné que también él estaba preocupado, a pesar de su aparente calma. Otra vez, mi mano se apoyó en la suya y mi mente buscó refugio en otras tantas imágenes, recuerdos de un ayer bonito, que amortigua la dureza de un ambiente hoy, tan hostil. Mi amiga busca protegerse con rejas, yo busco la suavidad de algodón de los recuerdos.

-Ángel Rosemblat, con su menuda figura, sonríe siempre cordialmente, desde su cátedra de Lingüística. Juan José Arévalo, con su estampa de Lord inglés no puede ser más agradable en su trato, no importa quién recurra a él, ya para plantearle alguna duda sobre Didáctica, la materia por él dictada, ya para comentar sobre política latinoamericana, versado como en ella estaba, por haber ocupado la Presidencia de la República de Guatemala, posteriormente depuesto por golpe de estado y luego asilado en Venezuela. Dignidad y profunda calidad humana, charmé o clase, como dirían algunos.

Y... ¿Qué decir de Raúl Osegueda? Viva imagen de nuestros de nuestros antepasados aborígenes: piel aceitunada, nariz aguileña, estatura mediana siempre erguida. Habiendo sido Ministro de Educación en el gobierno de Arévalo, se refugió en asilo político concedido por nuestro país y en el consuelo que, el mismo decía, le brindaba el estar entre la muchachada estudiantil universitaria. Profesor en la Cátedra de Pedagogía, se emocionaba a menudo al hablar con orgullo de su patria y en

especial de aquellos valores y tradiciones transmitidos, por los que tú llamas referentes, sus antepasados mayas.

En cuanto a los ancestros, nuestro orgullo y la pasión puestas por Miguel Acosta Saignes y su entonces asistente Santos Rodolfo Cortéz, no permitían que nos desprendiéramos de su hacer histórico.

- Tienes razón, Federico, desde la distancia contenida en todo este tiempo transcurrido, debo dar gracias por el privilegio de haberlos conocido para facilitarme esa episteme que me ha servido de camino en esta vida. Gracias a ellos y a tantos otros... gracias por así, librarme de tantas rejas y rejitas...

Todos tendemos a construir nuestras propias limitaciones, tangibles o imaginarias, pero, ellas serán menores y más suaves cuando contamos con un apoyo, un asidero.

Mis pupilas buscan en la mirada, ahora, profunda y oscura de Federico, las respuestas a los interrogantes ya casi convertidas en angustia. ¿Cuándo y porqué cambiaron aquellos sentimientos, aquella manera de ser albergada en esos referentes del venezolano de ayer? ¿Cómo podrían ellos ayudarnos hoy a salir incólumes de tantos cercos?

- Nuevos símbolos arrojaron luego, aquellos que entonces inspiraban esos bonitos sentimientos, se colaron por entre nuestras humanas debilidades y sin que nos percatáramos de ello, nos fueron robando nuestra identidad y la frescura que nos era característica"- Contestó Federico, sin palabras.

- Y, prosiguió calmadamente – ampliando el espectro, si al sentimiento latinoamericano quieres referirte, no hay mejores embajadores para ello, que las personalidades de Juan José Arévalo y Raúl Osegueda. Ya antes hiciste alusión a ellos, pero quisiera recalcar como ambos, representan el perfecto binomio para dar respuesta a nuestra etnicidad, distinguidos y magnánimos, como en efecto fueron, con esa aristocracia no de origen sino de espíritu, tan frecuente en el hombre de aquella

época. El primero de apariencia europea, el segundo no menos distinguido dentro de su majestuosidad indígena. De palabra mesurada, de todo su ser se desprendía la nostalgia por su tierra, el orgullo de ser oriundo de este continente se colaba en la forma emocionada en que aludía constantemente a las leyendas de sus ancestros, a los esfuerzos constantes por preservar su cultural patrimonio. Peligro éste sobre el que, también, abundaba, nuestro escritor Mario Briceño Iragorri, en sus constantes llamados de advertencia sobre el ya iniciado, acelerado proceso modernizador y por tanto transculturizador. Proceso tendiente, a todas luces a desdibujar nuestra identidad, propiciando el subsiguiente desarraigo...

- Oía ahora, el elucubrar de Federico y sin verlo adivinaba que su mirada se había suavizado y que sus pupilas eran ahora, azules, como el Caribe mar... Federico...

-No se trata de dejarnos caer en la trampa de los apegos. Por el contrario siempre debemos recordar que el universo es movimiento constante, renovación continua, lo que externamente observas hoy, ya no estará mañana “Nunca te bañarás dos veces en el mismo río, porque sus aguas no serán las mismas, ni tu tampoco”. (Heráclito de Efeso)

-Consuela, no obstante, saber que si bien una buena parte se va, otra siempre queda solapada, expectante ante la seguridad de ser requerida en algún momento...

Sigo leyendo en la mirada, ahora, verde mar de Federico, suave y serena.

-Los recuerdos siempre serán para ti obligados compañeros de viaje. La vida y la historia misma no son otra cosa que un constante viajar en un tren que, por momentos parece detenerse para tomar aire y estirar los músculos, repuesta la energía, continúa con mayor impulso. Del paisaje detenido queda el recuerdo, su fotografía impresa en tu mente, en tu alma y recurrirás a ellas creándoles desde el tiempo, un marco de perfección que va mutando. Tus ideales son platónicos o realizables ¿quién lo sabe?

Por hermoso que te haya parecido un paisaje, este siempre va a dar paso a otro y este a otro, unos más agradables, otros menos complacientes. La sucesión de ello en tiempo y espacio, te va proporcionando una visión más cercana a lo que es la vida, el mundo, el universo, una visión más universalista de las cosas, a decir de Aristóteles.

Así, cada generación adapta sus gustos, sus valores a las nuevas circunstancias que les toca vivir, esto es ley natural, lo importante es no perder el camino, conservar los referentes, no hacer copia a tantas nuevas impresiones y tendencias que al ser copias, terminan por ahogar la verdadera esencia, desconectándonos de nuestro propio ser, de nuestra real identidad y naturaleza y dificultando el contacto con aquellos referentes de los que antes hablamos.

-Cuando dices arropado por capas ¿te refieres a que ésta no es una situación irreversible? De ser así ¿Cuál es la forma o camino para volvernos a conectar con nuestra propia esencia, en el supuesto de que aun ella exista?

-Son muchos los pensadores, entre ellos Smith, Fichte, Shiegel, Hedetoft, Moscovici, Bordieu, Bartletl, los que coinciden en cuanto a que, esa real esencia puede en cualquier momento reaparecer trascendiendo las capas que la mantienen oculta, esto, siempre y cuando las circunstancias hagan de imperiosa necesidad esa presencia.

Thomas Khun, es del mismo parecer cuando dice, refiriéndose a los paradigmas, que nunca el viejo desaparece totalmente, aunque el nuevo se le superpone, no llega nunca a ocultar, enteramente, al anterior.

- ¿Crees entonces, que tiene que darse una situación cercana a la entropía, para que la energía se vea obligada a socorrer?

-Así parece-. Respondió la mirada, ahora gris, de Federico.

Estas situaciones críticas se dan cuando se altera el orden natural de las cosas  
¿Recuerdas aquella forma tan sencilla y comprensible como el maestro Calcaño explicaba los conceptos de armonía y melodía?

- Sí lo recuerdo. Los sonidos hacen notas combinadas con tiempo y espacio, logrando la armonía que se despliega en belleza y melodía.

Entonces, según tu criterio ¿el problema fundamental radica en la falta de armonía, en el desequilibrio producto de esa desconexión que hoy nos aleja de los que ayer fueron nuestros referentes. En otras palabras, al perder ese punto de apoyo, ese asidero, esa episteme que nos guiaba, hemos caído en anarquía y con ella en hacer entrópico? ¿A esto se refiere Prigogine con su teoría del caos?

- Tal vez, pero para Prigogine, ese caos del cual habla, guarda su propio orden, su propia episteme, sólo si la pierde se acercará a la entropía. Es tan solo un desarreglar la casa para luego arreglarla de forma más acorde a las nuevas circunstancias y manera de concebir al mundo. Es entrar en un nuevo orden previamente concebido.

-¿Ormúz y Arimán?- Pregunté con asombro.

-Sí; Ormúz y Arimán, orden, des-orden, orden.

Muy cierto- Dijo la mirada tranquila de Federico, siempre bella en su armonía con su mundo interior y con el universo infinito.

Las situaciones anómalas, cualquiera que ellas sean, se materializan cuando hay inarmonía e incongruencia, dando paso a la entropía, la muerte, la destrucción, es entonces, cuando por naturaleza suele resurgir la verdadera esencia, a fin de restablecer el orden perdido.

- Sí, es “el orden natural de las cosas” del pensamiento aristotélico, y encaja perfecto en la idea de evolución espiritual que nos presenta San Agustín en su Civitas Dei, escalera evolutiva hasta alcanzar la máxima idea de perfección.

Increíble, me estoy imaginando, ahora mismo a Lorenzo de Médicis, extasiado ante su Venus al descubrir en ella el principio de la belleza, no en la perfección, sino en la armonía.

Los ojos de Federico me miraron complacidos, al fin entraba en el aro de su comprensión.

- Ciertamente, es maravilloso como todo encaja, como el universo todo lo relaciona mientras guarda su equilibrio y hacer armónico y como, de ser necesario, una sacudida isostática aparece para restablecer el orden y resguardarlo de la destrucción total.

- No es difícil de entender, pienso desde mi mentalidad de docente, que esa situación se asemeja a aquella en la que debemos reprobar al estudiante para que se conecte con su verdadera situación respecto al conocimiento. De lo contrario, tarde o temprano, ajeno a su verdad correría el riesgo de entrar en la esfera del desequilibrio y la anarquía y terminaría sintiéndose perdido, sin asidero alguno, llegando incluso a perder la conciencia de su propio valor e identidad “Orden, caos, orden” ¡bravo por Prygogine!

Federico ¿acaso estás queriendo conducir esta conversación al principio y razón de ser del problema que dio inicialmente origen a esta preocupación?

- Definitivamente sí- Observé que ahora su mirada tenía chispitas de alegría. -Ahora debes comprender mejor la ironía socrática, pues sin darte cuenta estás aventurando tus propias respuestas.

- También entenderé a Descartes “Pienso luego existo”, o a Shakespeare “Ser o no Ser”. Luego, de este baño de mayeútica socrática voy entendiendo lo que Federico quiere hacerme ver en cuanto a que definitivamente, no han sido los alienígenas, los responsables del rapto de mis paisanos de otros tiempos y de su reemplazo por estas personas que ahora habitan el planeta y que tienen un comportamiento tan desagradable. Deduzco entonces, que aquel venezolano que

añoro y que con frecuencia visita mis recuerdos, aquel paisano siempre sereno, despreocupado, en constante armonía con su entorno, vio de alguna manera alterado su ritmo y comenzó a sentirse discordante con su propia naturaleza, hasta derivar en una situación de tal conflictividad que no alcanza a entender para darle respuesta y solución, por eso tiende a refugiarse y a proteger su otrora despreocupación, espontaneidad, fraternidad y alegría, tras el cinismo, la apatía y la ironía que hoy suele mostrar.

Creo que es posible, si recordamos que Mozart nos dejó el legado de su música diáfana y trasparente, porque supo proteger la verdad de la esencia de su personalidad, detrás de un aparente comportamiento díscolo e irreverente.

- Así es- Otra vez sonrió la mirada azul suave de Federico.

¡Qué alivio! Adivino que estás convencido que ese paisano nuestro no ha desaparecido, sólo está camuflado detrás de la imagen que hoy presenta y que puede hacer su aparición en el momento en que realmente lo necesite.

- Sólo si las circunstancias lo obligan adquirirá entonces, la apariencia de esas circunstancias, por eso, no lo esperes en caballo blanco ni conduciendo romántica calesita.

- Bien- le contesté molesta, lo esperaré en un desintegrador molecular.

Pareció hacer caso omiso a la ironía de mi respuesta y prosiguió su elucubración con mirada suave y comprensiva, mientras el aire se iba llenando de un aroma refrescante parecido a la esperanza.

¿Es entonces necesaria la confrontación, el enfrentamiento crítico?

-Desde luego, confrontación con el referente que le sirve de espejo. Sólo enfrentándote valientemente a él podrás saber y evaluar qué cosas corregir y cuáles no.

- Espejito, espejito... –

- Más que eso, es profundizar en el “conócete a ti mismo” de Sócrates. ¿Porque crees que le dieron a beber la Cicuta? Fue por obligar a sus interlocutores a enfrentar sus propias posibilidades y descubrir por sí mismos las limitaciones que le impedían acceder a la verdadera libertad. Aplicar la medicina, suele ser doloroso y mientras más dolor, se dice que tienes más posibilidades de que esta surta buen efecto. Entonces, es necesario ir al fondo de las cosas, solemos quedarnos en la superficie colocando la medicina al espejo. ¿Cómo pretender solucionar así los problemas para salir de los momentos críticos?

- ¿Piensas que el venezolano, después de una confrontación profunda consigo mismo, podría recuperar aquellos dones y valores que tanto añora?

- Sólo si se adaptan a las nuevas circunstancias que ahora les toca vivir, sin querer desprenderse de esas leyes y valores que son universales. Valores éstos que siempre trascienden tiempo y espacio, como el valor del respeto, del cual estoy seguro, tu misma harás gala para reconocer a ese nuevo venezolano el derecho a pensar por sí mismo y escoger su propio camino.

- Entonces Federico, ¿de qué le servirán aquellos referentes de los que tanto hemos hablado, a este nuevo venezolano?

- Sólo de eso- Contestó tranquilo – de referentes, espejos que reflejan una imagen de la cual tomar sólo lo que se adecue a esas nuevas circunstancias. Las sociedades que hoy muestran una mayor evolución, son aquellas que aprendieron a medirse y valorarse, luego de tener que enfrentar situaciones extremas.

- ¿Guerra, por ejemplo, Federico, enfrentamientos bélicos, situaciones extremas?

- Así es, sin embargo, el recurso del espejo puede también servirnos para descubrir aquellos valores, con los que una vez nos adornamos y que hoy renovándolos y readaptándolos pueden convertirse en referentes que reactiven también, símbolos, sentimientos y acciones de los que una vez nos sentimos

orgullosos. Como aquel nieto, que no deseará ser idéntico al abuelo, pero siente complacencia al oír cosas agradables sobre él. Ello contribuye a reafirmar su autoestima, dándole una mayor conciencia de su identidad.

- Definitivamente así es. La reconstrucción de imágenes insertas en valores reconocidos como trascendentales, pueden activar emociones y sentimientos, reconociéndote en esos símbolos que fueron, los cuales al traerlos a las nuevas circunstancias históricas nos facilitarían el camino para acercarnos a nuestra verdadera esencia, de la cual nos hemos mantenido apartados por décadas, en otras palabras, reencontrarnos con nuestra verdadera identidad.

A esta hora de la tarde, la evocación va más allá de la intensidad y se convierte en emoción, que sólo puede ser expresada a través del silencio. Callada está también la débil columna de humo que siempre escapa al viejo pocillo de peltre. Juntas mi mano y la de Federico hablan entonces, el lenguaje del tiempo.

-Mañana... Repite un eco familiar a mi voz.

-Mañana.

## CAPÍTULO II

### IMAGINARIO NACIONALISTA VENEZOLANO. ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE SUS ANTECEDENTES HISTÓRICOS...

Otra vez llega el mañana, que se volvió tardecita con perfume navideño. Federico, elegante como siempre, espera sentado en aquel sillón que también pinta el color de los tiempos. Pronto el aroma a café impregnará el ambiente, escapando al pocillo de peltre en mágica y tenue columna de humo. Cuando eso suceda, quedarán atrás aquellos rostros iracundos, deformes por la ira, la ambición, la soberbia, la vanidad. Rostros temerosos que nos miran detrás de las rejas o tratando de encogerse para escapar a través de la pequeña cajita metálica de su teléfono portátil, en la cual buscan refugio, huyendo también ellos, de un mundo que les es hostil.

En la pequeña habitación donde nos reciben viejos libros y retratos, el mundo se transforma. No sabríamos decir, si desde la realidad o desde el ensueño también nos llegan desde tiempos idos, el repique de campanas domingueras y un eco de voces infantiles que depuran el aire de todo rastro de maldad o desconfianza.

¿Dónde están las llaves?

Matarile ríle ríle

¿Dónde están las llaves?

Matarile ríle ron

Confianza, eso es, su sentir me parece ya tan lejano ¿acaso viniste tú también aquí a esconder tus bondades? No sabes cuánto te hemos añorado para reír, cantar, caminar y dormir sin sobresaltos.

A la estrella fugaz, que en ese momento atravesó el firmamento, al unísono pedimos el mismo deseo: conservar siempre la capacidad para poder apreciar el valor de momentos como éste y guardarlos con cuidado en aquella cajita con perfume de sándalo donde, se atesoran los recuerdos que son bálsamos cuando nos arrincona la angustia, en aquel mundo del que queremos escapar.

Entre los arabescos traviesos de la débil columna de humo que escapa al pocillo de peltre, va dibujándose el verdor y el clima suave de aquel pueblito montañoso, sus casitas limpias y blanqueadas, rodeadas de huertos y jardines que dan la bienvenida con afable cortesía al igual que los paisanos que la habitan. Ellas parecen haberse quedado suspendidas en el tiempo, en una lejana dimensión. Llegado a este punto percibo la resistencia inconsciente para pasar la página al adivinar que ese querido paisaje no estará en los próximos capítulos de este elucubrar, sino que, por el contrario, este será reemplazado por otro de construcciones muy feas, de colores sucios y apariencia triste. En cuanto a sus habitantes ya no oírás la frase amable “te regalo una rosa” sino que, seguramente te exigirán sin miramientos que le entregues todo aquello de pequeño a gran valor, solo por el deleite de hacer daño.

¿Qué nueva dimensión será esta? ¿Dónde quedó la despreocupación que antes nos acompañaba? Para mi fortuna, siento la presión suave de la mano de Federico que me dice en su lenguaje de silencio, no temas.

-Quisiera regresar amigo mío, o al menos no pasar la página- Este deseo se me escapa sin obedecer formalismos.

- No hay regreso. La historia es siempre una línea hacia adelante. Lo que es hoy no será más. Y, aunque parezca un contrasentido, siempre será en ese mañana, donde vive la esperanza.

- ¿Cómo lograr ese mañana Federico? Las nuevas generaciones, cuando apenas pisan la adolescencia sueñan con otros mundos, otros espacios, esperanzados

en no regresar ¿crees que algún día volverán venezolanos que quieran a Venezuela como aquellos paisanos que tú y yo alcanzamos a conocer?

- Hasta la forma de querer varía, amiga mía. Cuídate siempre de no quedarte engarzada en lo que fue. En el fondo todo es lo mismo, con nuevas formas y ropaje, pero lo esencialmente humano, siempre estará allí...

- ¿Cómo concebir ese cariño por lo nuestro, ese sentimiento nacionalista? ¿Crees que también el tiempo va proporcionando nuevas formas para manifestarlo? ¿Por qué se nos hace tan difícil volver a la sencillez de una vida tranquila sin grandes ambiciones, ni complicaciones? Dentro de esa simplicidad, siempre sentíamos que lo teníamos todo, que sumando esas pequeñas cosas, transcurría la vida, vivíamos...

- Aunque te parezca paradójico, la sencillez no es tan simple, ni mucho menos fácil de alcanzar. Se necesita, un largo y a veces tortuoso camino de decantación y maduración, para estar en capacidad de separar lo esencial de lo meramente contingente. -Otra vez, la mirada de Federico, tomó el azul oscuro de la reflexión profunda.

- Muy cierto- pensé. Apenas hoy, pude comprobar cómo puede cambiar el paisaje, la forma de vivir y por supuesto de sentir, en apenas pocos kilómetros de distancia. El contraste hiere la vista e impresiona la mente. ¡ay mi pequeña Venecia! ¡ay mi Venecia pequeña!. ¿Volverán alguna vez tus hijos a quererte con el amor desinteresado de otros tiempos? De ser así, ¿Qué forma tomará ese amor renovado?...

- Pidamos ayuda a la historia, quizás sólo ella, pueda desenredar este enredo y contestar tus preguntas.

Ahondando, en lo referente al sentir nacionalista, se dice que él mismo se encuentra directamente relacionado con el surgimiento de las naciones y del Estado Nacional, como una nueva forma de organización socio-política. En este primer momento histórico, el nacionalismo era visto como un principio, el de la

nacionalidad, según el cual se establece que para cada nacionalidad debe haber un Estado. Sin embargo, cuando nos referimos a la evolución histórica de la humanidad y hurgamos en las diversas formas de organización anteriores a los Estados Nacionales así como las tribales, ciudades- estados o imperios, nos damos cuenta de que en estos, podemos también, encontrar lazos de solidaridad entre sus miembros, que bien pudieran asumirse como rasgos proto-nacionales. Por esta razón, para comprender mejor la evolución del nacionalismo, debemos detenernos no pocas veces en estos vestigios históricos que nos dan cuenta de la manera como el nacionalismo se fue originando.

-¿Qué factores, crees tú, determinaron el surgimiento del nacionalismo?

-Desde el mismo instante en que el hombre se convierte en sedentario y se establece en ese solo lugar, que pronto se convertirá en su hogar, surgen también la solidaridad primaria con ese territorio del cual extrae su sustento, luego estos se amplían hacia la familia con la cual convive y más tarde a la tribu a la cual pertenece. Así, en la medida en que el clan o la tribu se va desarrollando, se va también estructurando la forma de convivencia, según la cual cada miembro ocupará un lugar específico dentro del mismo, bien sea como cazadores, guerreros, religiosos, entre otros, creando una estratificación social.

Esta interacción, dentro del grupo genera lealtades hacia la autoridad territorial, líder o jefe del grupo, chamán o gurú religioso, lo cual no quiere decir que todos los miembros del grupo experimenten esa lealtad del mismo modo e intensidad, incluso no todos probablemente experimenten algún tipo de lealtad. Aquí nos referimos a una lealtad primaria, de carácter utilitario. No obstante, en esa constante interacción se va creando una cultura basada en una serie de ritos, lenguaje, modos de vida y de subsistencia comunes, que permiten a este grupo humano diferenciarse de otro y considerar a ese otro, basado en esas diferencias como extraño a su grupo, como extranjero... Ya en ese momento podemos hablar de un sentido de identidad.

- Claro, esa identidad se irá reforzando e incrementando en el tiempo, si ese grupo se mantiene en el mismo territorio durante largos periodos, si las condiciones son favorables y lo permiten, llegan a cooperar y fusionarse con otros grupos, bien sea voluntario o involuntariamente hasta formar alguna otra organización más compleja en su estructura social, política y económica. Esta comunidad, con el tiempo, irá acumulando en su memoria un pasado histórico, con los recuerdos de sus ancestros, guerras, logros y fracasos. Aquí nos encontramos ante una comunidad étnico-cultural cuya identidad es también de tipo étnico.

Es interesante, observar, como en todos los tiempos ha existido algún tipo de identidad que une a los grupos, y que van desde las identidades más elementales hasta las más completas. Estas se reformulan en la medida en que las relaciones sociales, económicas y políticas de la comunidad igualmente se van haciendo más complejas. Entonces, podemos afirmar que la identidad es una condición intrínseca al ser humano, y esa identidad junto con elementos culturales, especialmente de carácter religioso, origina los lazos de cohesión necesarios para formar la identidad colectiva, que con el tiempo, se puede convertir en las bases del patriotismo o del nacionalismo en clave moderno.

Si buscamos hacia atrás, en la antigüedad se pueden encontrar algunos ejemplos de proto-nacionalismo, sin embargo, no se puede hablar de la existencia de naciones para ese momento. Recordemos, por ejemplo, en el Antiguo Egipto, debido a las bondades del río Nilo, los egipcios podían contar con un territorio estable, en el que este grupo humano pudo organizarse políticamente, de forma unificada, bajo un mismo cuerpo de leyes de contenido político religioso. Así, esta civilización contaba con una historia, lengua, mitos, ritos y religión en común e incluso una economía también común aunque de subsistencia, que la diferenciaba de otros pueblos. Según criterio de Smith (2000:41), el antiguo Egipto podría calificarse preferentemente como un Estado étnico.

Si bien es cierto, que no sabemos exactamente, como operaba el sentimiento de identidad en las masas que componían estos Estados étnicos, probablemente, para el esclavo era indiferente estar bajo el dominio de uno u otro imperio. Pero, para el hombre libre la situación era diferente, puesto que tenía el deber de luchar para preservar la integridad de su familia y de la extensión territorial donde descansaban los restos de sus antepasados. Pero, por sobre todas las cosas, el deber de luchar para seguir siendo libre. Anthony Smith llama a esto etnocentrismo...

Recordemos también, que para Khon (1966:131) fue en los griegos y en los hebreos de la antigüedad donde podemos encontrar las “raíces del nacionalismo occidental”, en virtud de que los mismos manifestaban por lo menos, alguna característica del nacionalismo moderno verbigracia: a) Tomar la idea de pueblo elegido para guiar al resto del mundo, lo que los diferencia del resto de los pueblos, b) La importancia de bagaje de recuerdos comunes y esperanzas en el futuro, c) El mesianismo nacional “los griegos compartieron junto a los hebreos el sentimiento de superioridad cultural y espiritual frente a otros pueblos (Khon, 1996: 14).

- ¿Este sentimiento expresa los primeros esbozos de un sentimiento patrio?

-Así es, génesis del patriotismo traducido en amor a la patria, emoción que implica apego, simpatía, fidelidad, esa lealtad que es intuitiva en el hombre (Hayes, 1960: 12).

Fíjate, como la lealtad hacia la tribu, fue sustituida por lealtad hacia el imperio, llámese a este; Asirio, Egipcio, Babilónico o Azteca. Luego, la lealtad hacia el imperio fue sustituida por lealtad hacia la nación y hacia el imperio, disolviendo fronteras y considerando una nueva forma de patria, ya que esta no será un territorio delimitado, sino que la patria será el mundo entero.

-¿Esta nueva visión permitió que los elementos protonacionales se desdibujaran? ¿Y luego?

-La gran extensión del territorio de Alejandro Magno, permitió la fusión de pueblos y culturas, siempre bajo la supremacía griega. A su muerte esta unidad cultural y económica se mantuvo, a pesar de la fragmentación política.

- Y ¿Qué podemos decir en cuanto al Imperio Romano?

- El Imperio Romano, por su parte, hizo suyos el sentido cosmopolita dentro de su territorio y cohesionó otros bajo un código común, aunque respetando las diferencias culturales, lingüísticas y religiosas de sus miembros subyugados todos por la figura jerárquica del César.

- Entiendo, que esa fue la razón por la que, en la antigüedad no existiera evolución de algo parecido al nacionalismo político, que sí conocimos luego, pero este siempre se encontró latente en todos los pueblos y emerge cuando los mismos desearon y tuvieron los mecanismos para adquirir una identidad colectiva propia e independiente de cualquier dominio externo, originando lo que conocemos como Estado Nacional moderno.

- Entonces, ¿Ese sentimiento de amor y fidelidad a la patria, siempre ha estado presente, sólo que se ha llamado en la antigüedad tribalismo, etnocentrismo o protonacionalismo?

-Así es, en la actualidad a este sentimiento se le conoce como nacionalismo, debido a que con el resurgir de la nación, se hace más evidente e influye en la vida del hombre y en sus relaciones con el entorno. El sentimiento al que nos referimos permite dar origen a una nueva forma de organización, más estable y compleja. Por eso, existen autores como: Kedoure (1988), Hobsbown (1991) y Gallner (1988), quienes afirman que no es la Nación que origina al nacionalismo, sino, al contrario, el nacionalismo engendra la nación. Para estos autores la idea de una nación surgida de manera espontánea o por gracia divina es sólo un mito, en su lugar exponen que la nación es producto del nacionalismo, porque es el nacionalismo el que actúa como

ideología y como movimiento político definiendo los elementos que van a diferenciar al grupo que se desea constituir en nación.

-¿Fue la Europa occidental epicentro del nacionalismo como fenómeno político?

- El nacionalismo, visto como un sentimiento de amor al suelo patrio, fue la fuerza que permitió dar origen al Estado Moderno, según el cual la soberanía ya no descansa en el Rey, sino en el pueblo, desmantelando al Estado absoluto y convirtiéndolo, entonces, en el modo de organización político social imperante en el mundo. Durante el siglo XVII y XVIII en Francia, el nacionalismo adquirió las características políticas que hoy le son propias, es decir, la identificación de los ciudadanos con su país de origen. Al siglo XIX le corresponde su periodo de difusión por América y el resto de Europa. Mientras que el siglo XX, con todo su avance tecnológico y científico sellará el proceso de transformación y renovación que el nacionalismo adquirió en su desplazamiento a Europa Occidental y a Europa Oriental.

Fue así, como durante el transcurso de estos cuatro siglos, el nacionalismo como sentimiento de amor propio se convirtió en ideología política que en manos de intelectuales toma forma al agregársele, símbolos, mitos, ritos y todo conjunto de elementos que permitiera exaltar al máximo, los sentimientos que la población tuviera respecto a su nación.

Una vez estructurada la ideología nacional, su utilización por parte de los partidos políticos representa la trasmisión del nacionalismo en movimiento político, de manera que conjugando las tres fases, el fenómeno nacionalista fue capaz de movilizar los grandes conglomerados de población para lograr objetivos políticos, bien sea, la independencia nacional del dominio extranjero o de cualquier otro factor que pusiera en peligro real o imaginario, las supervivencia del Estado.

- He leído –comenté- que algunos autores reconocidos como Hasting (2000), Smith (2000) y Hobsbawn (1998), coinciden en que el nacionalismo como fenómeno político se originó en Europa, específicamente en Inglaterra desde donde se propagó. ¿Fue ello cierto?

- Así es, no obstante, es importante enfatizar que gran parte de esta afirmación se debe al carácter eurocéntrico del pensamiento que predomina en el mundo y del cual es difícil desprenderse. Sobre esto, valdría detenerse a hacer estudios exhaustivos en organizaciones primitivas como Japón y China y también de la América Precolombina para dilucidar en que momento de la vida humana, se manifestó por primera vez, el embrión del nacionalismo y si estas llegaron a coincidir.

Pero, si seguimos la línea de pensamiento según la cual la organización en Estados Nacionales se origina en Europa, es Inglaterra la que experimenta el nacionalismo primero, por ser también la primera que asume una formación nacional y la que estructura su economía bajo el modelo capitalista. Fueron los hechos claves de la historia Inglesa, los que, al parecer determinaron la formación de la Nación y su consecuente nacionalismo debido a que, en los momentos de guerra y caos, es cuando el individuo se sostiene en su identidad colectiva para preservarse.

Sería interesante, tener en cuenta y a propósito del problema que planteamos en esta investigación, la importancia de esta última aseveración, tal vez, pero esos hechos deben ser comprendidos como una consecuencia de la hilación de una serie de hechos históricos previos, tal es el caso específico de Inglaterra donde podría señalarse la Guerra de los 100 años, la Revolución Puritana y la Revolución Gloriosa, las cuales, dieron origen a un proceso político que permitió generar los cambios que cada uno de esos acontecimientos produjeron en la sociedad inglesa y en el resto del mundo.

Así comprendidos los hechos, el nacionalismo inglés del siglo XVII estuvo basado en el protestantismo que veía en todo lo que representaba la iglesia católica,

su principal fuente de peligro a su existencia nacional. Lo relevante de las revoluciones Gloriosa, Puritana e Inglesa se encuentra en la creación de conceptos que posteriormente se convirtieron en los principios universales, puesto que permitieron señalar el camino para desmontar el paradigma del pensamiento político de la Edad Media, el cual ya no se ajustaba a los cambios que el hombre estaba experimentando y proporcionó, así, el bagaje conceptual para estructurar el pensamiento de La Ilustración, caracterizado por el escepticismo nacionalista.

- Pareciera paradójico que esa lucha por la libertad individual, religiosa y política de los ingleses, características de una faceta de su pensamiento nacional, contrariaba sus las tendencias imperialistas que demostraban hacia sus vecinos ¿no te parece?

- Eso sería un tema de discusión aparte- señaló Federico mientras su mirada se hacía de un azul verde mar.

- Lo cierto es, que el nacionalismo se ha ido reconstituyendo y adquiriendo múltiples facetas a través del tiempo. Ese nacionalismo británico del siglo XVII se caracterizó por ser laico y difiere bastante de las oleadas nacionalistas que se produjeron luego. Esa posibilidad de definirse como nacionales va a asestar un duro golpe al sistema estructurado bajo en principio del Derecho Divino de los Reyes, dando paso al pensamiento liberal, en la Reforma Religiosa y en los alcances del Renacimiento. La Reforma, como movimiento revolucionario, cambió la forma como la Iglesia se inmiscuía en todos los aspectos de la vida pública, contribuyendo al despegue del pensamiento científico y a su consecuente influjo en los cambios económicos, sentando las bases para la formación de un gran imperio y para la contribución a la identidad nacional de carácter imperial.

- Y, en Francia ¿Cómo se dieron los albores del nacionalismo?- Pregunté impaciente por entrar a investigar sobre una cultura que siempre me intrigó.

- La diferencia con el nacionalismo inglés del siglo XVII, radica en que en éste, el nacionalismo es de un grupo selecto, mientras que en la Francia del siglo XVIII se descubre la fuerza de la movilización social expresada mediante el mito de la personalidad colectiva. Ahora todos los hombres se consideran iguales, todos son ciudadanos.

- Hermoso ¿verdad Federico?

- Sí, querida amiga, hermoso creo que es la palabra adecuada- y sus pupilas se hicieron, otra vez azul sereno.

“La verdadera comunidad política solo podía basarse sobre la virtud de sus ciudadanos y de su ardiente amor a la patria. La educación pública tenía que sembrar esos sentimientos, en el corazón de todos los niños...” (Khon, 1966: 27).

Allons enfants de la patrie.  
Le jour de gloire est arrivé...  
Contre nous de la tyrannie,  
L'étendard sanglant est levé

Ponle atención, a como el nacionalismo de esta etapa histórica, eleva de igualdad a todos los hombres, lo cual genera una especie de intolerancia de clases, pues produce un choque entre dos fuerzas, una innovadora y otra conservadora. El resultado final será, el choque frontal de ambas fuerzas en las que cada grupo niega el derecho que el otro declara como propio, lo que radicaliza el proceso.

A fin de convertir a las masas en ciudadanos capaces de ejercer sus derechos políticos y cumplir con las nuevas reglas que rigen el Estado, se recurre a la instrucción, la cual se convierte en pública, eliminando el monopolio de la Iglesia sobre la educación y ampliando su radio de acción sobre las mayorías.

Oye, el Estado desplaza a la Iglesia otorgándole al ciudadano los derechos hasta entonces reservados a los dogmas religiosos que limitaban el pensamiento,

asumiendo también la responsabilidad sobre actividades que anteriormente estaban circunscritas al dominio religioso, tales como el matrimonio, las defunciones, los nacimientos, la educación.

- Federico – Todo esto explica los cambios introducidos en Venezuela durante el gobierno de Antonio Guzmán Blanco, todo hemos oído de su admiración por la cultura francesa ¿me equivoco?

- Por supuesto que no. Aquí como en Francia, todo eso contribuyó a la formación del Derecho Civil. Y otro elemento que contribuye a la formación del Nuevo Estado, es la formación del ejército nacional, glorificado como defensor de la patria, salvador de la revolución y forjador de la libertad del pueblo anteriormente oprimido por el yugo monárquico.

## **2.1. Imaginario Nacionalista Venezolano 1920-1960... ó Lo que el viento se llevó**

Nos encontramos a finales de la década de los veinte, la gran depresión económica de 1929 desembocó en la crisis internacional de 1930, la cual incidió catastróficamente sobre las economías latinoamericanas. El cierre brusco del mercado internacional, redujo sustancialmente el mercado, para sus importaciones. Decayó la demanda de los productos primarios, así como sus precios. La crisis no sólo causó perturbaciones económicas, sino también políticas, sucediéndose muchos golpes de Estado, en los países latinoamericanos. La crisis estrechó la viabilidad del crecimiento económico basado en las exportaciones de materia prima y las importaciones de materia elaborada, manufacturada, puesto que la demanda de productos primarios bajó drásticamente en el mercado internacional. América Latina, se encontró de pronto con grandes producciones, sin poder colocarlas y con precios en baja. Los gobiernos Latinoamericanos que basaban su poder en esa estructura exportadora, quedaron debilitados frente a las presiones internas y externas (Pfeiffer, 1999).

El modelo de crecimiento agroexportador, parecía llegar al límite de sus posibilidades. La disminución de las exportaciones produjo una falta de divisas, lo que significó una perturbación para la importación de bienes manufacturados. Pronto comenzaron a escasear bienes de consumo y esa demanda quedó insatisfecha siendo esa presión la que llevó a ciertos exportadores a fabricar en la región aquellos productos que antes importaba. Así, se abrió una nueva vía de crecimiento para América Latina: la industrialización por sustitución de importaciones. En general, se fabricaban artículos de consumo que requerían una tecnología simple y poca inversión de capital, era una industria liviana que nació gracias a la falta de competencia y a una importante demanda insatisfecha.

Este modelo de industrialización, necesitó para desarrollarse y crecer, el apoyo del Estado a través de subsidios, leyes que favorecieran las compras del gobierno a la industria nacional y aranceles aduaneros que la protegieran de la competencia extranjera, sin embargo, esta protección aduanera indiscriminada, sin una política de incentivos para las exportaciones manufactureras, frenaban no sólo las importaciones de productos manufacturados extranjeros, sino que también limitaban las exportaciones de productos industriales nacionales. De esta manera, la industria Latinoamericana sólo abastecía un restringido mercado interno. (Pfeiffer, 1999). Esto no le permitió alcanzar las transformaciones para lograr los niveles de competitividad internacional.

Además, la nueva industria Latinoamericana había adoptado el modelo tecnológico europeo y norteamericano, que se caracterizaba por una mayor inversión en tecnología que en trabajo, lo que hacía que a medida que crecía y se desarrollaba la industria, aumentara la importación de bienes de capital o insumos y con ellos la necesidad de divisas para pagarlas. Las exportaciones no acompañaban este proceso generando más divisas. Este proceso de sustitución de importaciones no produjo una diversificación en las exportaciones que básicamente siguieron siendo materia prima y alimentos. Y por la otra, la crisis de los treinta disminuyó la demanda de los productos exportables. Esto obligó a los gobiernos a realizar políticas de ajuste, para

equilibrar la balanza puesto que, las importaciones superaban a las exportaciones. América Latina siguió creciendo por este camino de éxitos y limitaciones hasta los años sesenta y mediados de los setenta cuando este modelo entró en franca crisis.

No obstante, y de todas maneras el modelo de industrialización por sustitución de importaciones, fue una ola modernizante que atravesó todas las estructuras políticas y sociales. América Latina se urbanizó aceleradamente y su sociedad se masificó con la llegada nuevos trabajadores que migraban desde las zonas rurales hasta las urbanas en busca de trabajo. Ex campesinos, semi - analfabetas que sufrían el brusco trasplante de la zona rural a la vida industrial y urbana, se organizan y aparecen los sindicatos. Se inicia un proceso de transformación social y política todo bajo la acción y directriz del Estado...

Enmarcados por estas circunstancias pretendemos aquí dar vida y emoción a un momento histórico venezolano por demás excepcional e interesante 1920- 1960, en cuyo retablo se desenvuelve el quehacer cotidiano de aquel paisano nuestro, sosegado y apacible, respetuoso y solidario, cuya diferencia con este venezolano de hoy adusto y desconfiado, angustiado y hasta violento ahonda en la distancia y en el tiempo.

Esta etapa de nuestra historia, la cual queremos recordar, está representada por esas misceláneas que caracterizan toda transición: por una parte la supervivencia nostálgica y bucólica heredada del siglo XIX, por la otra, los matices, cada vez más intensos de un modernismo que fue ganando terreno en la mente y en el espíritu de nuestra gente hasta arropar los que fueron nuestros valores, costumbres y tradiciones, cuando la circunstancia petrolera comenzó a trocar lo tradicionalmente nuestro por aportes extraños, que fueron abriéndose paso, impulsados por las nuevas tecnologías asociadas a las nuevas riquezas.

A principios del siglo XX, las ciudades venezolanas congregaban cerca del diez por ciento de la población total, es decir, que la casi totalidad de esa población,

vivía en el campo y se ocupaba de faenas agrícolas y pecuarias. El pequeño porcentaje que vivía en las urbes, lo hacía en ciudades pequeñas, pues, para 1926 sólo veinte ciudades tenían más de veinte mil habitantes. Ellas constituían el lugar de residencia de los propietarios de las haciendas. Hatos y comercios, que eran pocos y cuyo patrimonio no era suficiente como para pagar grandes servicios ni, ser mercado suficiente para que existieran muchos artesanos. La ciudad fue, en gran medida el lugar donde se gastaba el excedente de la población rural, el punto de contacto con los mercados europeos y el escenario de poder político.

Según Briceño Iragorri (1954):

El país que sobrevive a la muerte de Juan Vicente Gómez, sólo contaba con, tres millones de habitantes, en un territorio de un millón de kilómetros cuadrados, sometidos a enfermedades endémicas y a un alto analfabetismo. Con sólo dos universidades de escasa matrícula, donde la investigación y las bibliotecas eran menos que embrionarias.

Sin embargo, y apenas conocida la existencia de la abundante riqueza contenida en el subsuelo, comenzó un proceso de notable desplazamiento, proceso que conducirá de nuevo a tremendos desajustes sociales y económicos, donde los medios tradicionales de vida comienzan a enfrentar, en desventaja, el empuje arrollador de un nuevo medio de producción. Así, “los campamentos petroleros comienzan a aparecer en medio de nuestra geografía, como vitrinas vivientes de una forma nueva y ajena de vivir” (Francés, 1990).

El ingreso petrolero alteró el equilibrio social y contribuyó al auge de una clase media y de una naciente organización laboral. Los inmigrantes europeos y ciudadanos estadounidenses que vivían en Venezuela, la creciente facilidad de los viajes, la comunicación de masas y el comercio, fueron modificando los hábitos de consumo, así como las actitudes de los venezolanos. Tradicionalmente, la clase hegemónica en el bloque de poder, había sido la latifundista, un grupo social históricamente estable y basado en la propiedad de la tierra y la explotación de la

masa rural, estableciendo relaciones de producción equivalentes a la servidumbre y al tributo.

En referencia a lo político, la dictadura Gomecista y luego al advenimiento de su muerte, se estrenó un hacer democrático interrumpido por recurrentes golpes de Estado, como el caso de Medina Angarita y Rómulo Gallegos, lo que conlleva a la entrada de un nuevo gobierno de corte dictatorial de Marcos Pérez Jiménez.

En cuanto al escenario internacional, ya dijimos que la cuestión no podía estar más convulsionada. La desintegración de los grandes imperios europeos y otomanos; el surgimiento de movimientos nacionalistas; socialismo, nacismo y fascismo; depresión de 1929, guerra civil española y por último, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, todo ello se confabula para que estos pueblos latinoamericanos sientan la necesidad de acercarse el uno al otro en busca del apoyo necesario a fin de conservarse más cercanos a sus raíces.

Encontraron medio idóneo para mantenerse comunicados a través de la naciente industria cinematográfica, en los parlamentos de sus guiones, en las claves cifradas de las letras de sus canciones, canales de comunicación y lazos de apoyo continental. Así, al común de la gente le llegaba lo más esencial de esa cosmovisión a través de los gestos y discursos aparentemente incoherentes de Mario Moreno, Cantinflas. Igualmente nos servirán de anclaje para no olvidar nuestros orígenes, aquella canción que nos hablaba de la América descalza contenida en la primera página del popular “Cancionero Picot”, el cual luego se desplazaba en boleros, sones, guarachas, corridos, valeses, joropos etc. Siempre acompañados de las familiares figuras de “Chema y Juana”...:

- El cancionero Picot ¿lo recuerdas Federico?

- Como si fuera ayer, querida amiga. También recuerdo los esfuerzos y la ilusión con la que juntábamos cuanta puya, locha y medicito conseguíamos para ir

los sábados a realizar cualquier mandado a la botica, a fin de hacernos del cancionero de la semana... como si fuera ayer, sí señor.

El cancionero Picot, ahora mismo, no es más que un viaje por las marañas de una nostalgia, que ni nostalgia parece. Pues según Simon Signoret “la modernidad achica la tradición mediante los dispositivos reaccionarios de la nostalgia” (Sánchez, 1998:57)

El cancionero Picot, una síntesis de la sensibilidad hispanoamericana, durante aquellos años en los que éramos “felices indocumentados” síntesis a calcar junto al Almanaque Bristol y de Belloso Hermanos, junto a las películas mexicanas estelarizadas por la rumbera en su ambiente de cabaret, con la figura fea pero inolvidable de Agustín Lara, quién en su afán de redimir a la mujer de vida alegre, se inspiraba para componerle canciones idealizadoras, tarareadas por todo el mundo en su época: viajera, callejera, mujer divina, virgen de medianoche, hipócrita, cabaretera y un sin fin más.

La evocación del Cancionero Picot, nieto legítimo del Cancionero de Baenas, puede aclarar un curioso proyecto de integración cultural de la América Amarga, de la América en Español. Por este cancionero desfilaban, el tango y el bolero, la ranchera y el vals andino, porro y el joropo, la cumbia y el ballenato, el cielito y la milonga, la criolla y el corrido, la rumba y la guaracha, el mambo y el pasillo, el chachacha y el merengue. Así como también, los géneros híbridos como el son montuno, la rumba negra, el bolero moruno, la guaracha flamenca y el tango abolerado.

Más aun, este cancionero aspiraba a que la música sirviera como puente o lazo, nudo o vínculo de la América Hispana, para ello, en las páginas de cada número, se imprimía una canción que afirmaba las posibilidades de dicha unidad o que se tenía por paradigma de cada una de las naciones de este continente. La canción de

Las Américas con sus versos exaltadores de una América grande y fuerte, iniciaba cada uno de los números.

Tierra libre que jamás  
Nadie podrá conquistar  
Unida por el deber  
Por el amor  
Y la amistad  
América inmortal,  
faro de luz, que al mundo alumbrará

Este proyecto de unificación americana se determinaba con una celebración de la diferencia en la unidad. Para ello, el Cancionero Picot acogía una canción idealizadora del país que la inspiraba: Alma llanera, La bella cubana, Ay, Jalisco no te rajes, Lamento borincano, La flor de la canela, Compadre Pedro Juan, La cumparsita. En la música, pues, se aventuraba una posibilidad de unidad en complicidad con el idioma y por encima de la política que se constituía en elemento de franca división. Para entonces, la América Central se representaba por las llamadas Repúblicas Bananeras, que no era otra cosa que un anclaje del dominio norteamericano, a través de United Fruit Company tan criticada por la literatura de Miguel Angel Asturias. Mientras, en la Argentina mandaba el peronismo y en el Caribe azotaban las dictaduras de Batista, Trujillo, Puerto Rico por su parte estaba a la deriva, según el decir de Horacio Quiroga. En todo este desbarajuste político, a este proyecto pionero de integración elemental tan entretenido, como lo fue el Cancionero Picot, debemos altamente agradecer, porque nunca buscó inflar la pretensión o la demagogia, la petulancia o la arrogancia. ¿De qué otros proyectos vinculatorios e integradores de la América descalza pudiéramos decir lo mismo?

- Cierto, lo recuerdo como si fuera ayer-. Y, así, sin darme cuenta, me hundí en aquella mirada para recordar y... recordar.

- La vida de la mujer latina y de la venezolana en particular transcurría entre su preparación para ser buena esposa y abnegada madre, lejos del azaroso mundo de la academia, de la política o la economía. El único camino para medio trascender y

ser conocida por algo más que la señora de tal, era a través de la calidad de sus manjares, que exhibía en fiestas benéficas o reuniones familiares, también por sus primorosos bordados o tejidos. Es cierto que las señoritas de alta sociedad eran educadas con el dominio de algún otro idioma diferente al nativo, predominantemente el francés, o algún arte, preferiblemente la música, para lo cual eran enviadas a colegios especializados, en las vecinas islas de Curazao y Trinidad pero, también, algunas de ellas tuvieron el privilegio de ser educadas en Europa.

Sin embargo, entrada la década de los cuarenta, iniciado el despegue de Venezuela hacia su acelerada modernización, las universidades comenzaron a ser más flexibles en cuanto al acceso de las mujeres a sus aulas, ya para los años cincuenta se observaba su presencia en todas sus facultades.

-Muy cierto, mi querido Federico, de ello puedo dar testimonio privilegiado-  
Y otra vez los recuerdos llegaron a tropel empujándose los unos a los otros.

- Sin duda, son varios los nombres de mujeres que se destacaron en esta época, ya en las artes, la literatura y hasta en el campo científico: Teresa de la Parra, Lia Imber, Lucila Palacios, María Luisa Escobar, Carmen Clemente Travieso entre muchas otras, todo esto sin contar con aquella de mayor mérito por su probada abnegación, nos referimos a la mujer sencilla, sin nombre conocido, pero la misma que a través de todas las épocas ha impulsado el hacer venezolanista.

De Teresa de la Parra, se ha dicho que perteneció a aquella generación de mujeres que abrió el camino a la participación femenina en el quehacer literario de América Latina, contribuyendo con su creación a dar su visión propia, rebotante de poesía de su gente y de su querida Venezuela.

Romántica y realista a la vez, Teresa de la Parra, nacida en París, de padres venezolanos, fue una incansable viajera que sin embargo, echó raíces en esta tierra venezolana. Ella describe en su obra *Memorias de Mamá Blanca*, a sus moradores y a

sus paisajes con entrañable cariño, rescatando de cada uno de sus personajes el hondo humanismo que los identifica con todos los demás hombres de la tierra.

Ifigenia, describe claramente, el conflicto de la joven que habiéndose asomado al modernismo europeo, le era ya difícil conformarse con la vida apacible de un país que se negaba a asumir esa modernidad.

La obra literaria de Teresa de la Parra, así como la de Rómulo Gallegos, Uslar Pietri, Ramón Díaz Sánchez, nos ubican en esa época incipiente de transición al modernismo.

Hoy, se comenta tanto en los círculos académicos como en los literarios el poco gusto que muestra el venezolano por la lectura. Sin duda, la imagen está sustituyendo a la letra. Quizás, en parte, a eso se debe la poca creatividad del hombre de hoy, desde su infancia se le acostumbra a que todo le es dado ya hecho, él en poco o en nada participa de ese hacer. Ni siquiera se toma el trabajo de imaginar cómo sería el rostro de Jesús, de Bolívar o de algún otro personaje de la historia o literatura, puesto que ese rostro a recordar será el del actor que hace su papel en la pantalla grande o chica. No obstante, no podemos dejar de reconocer lo positivo que aportan estos adelantos, entre ellos a la alfabetización. Sin olvidar que los pocos alfabetas de aquella época eran amantes de la lectura.

-Todo esto es cierto, recuerdo ahora que lo mencionas, Federico, como en el hacer cotidiano de aquel hombre o mujer venezolano, tenía como natural el hábito por la lectura, era su distracción por antonomasia junto a las tertulias familiares y los paseos al aire libre. La trepadora, Doña Bárbara, Canaima de Rómulo Gallegos; Cumboto de Ramón Díaz Sánchez, Las Lanzas Coloradas de Arturo Uslar Pietri, no sólo eran familiares por su lectura sino también por la adaptación que de ellas se hizo para la radio, apenas esta muestra de modernismo llegó hasta nosotros a comienzos de los años treinta cuándo y por primera vez se pudo oír la voz ronca del Presidente

Eleazar López Contreras, a quién desde entonces se le conoció como “el ronquito” y su frase célebre “Calma y cordura”.

-Estoy de acuerdo contigo, en cuanto a que la lectura era una distracción natural, nada impuesta, así, no era raro ver como las amas de casa se intercambiaban libros predominantemente novelas, no sólo de la literatura venezolana sino latinoamericana y clásica universal. En ediciones muy sencillas y económicas circulaban El Conde de Montecristo de Alejandro Dumas, Oscar y Amanda, María de Jorge Issac, La Madre de Máximo Gorki, Crimen y Castigo de Dostoievski. De La Madre había una versión para radio a la que se tituló La Panadera.

- Tampoco podemos olvidar las de Vargas Vila, cuyo contenido erótico, despertaba el interés de los más jóvenes y la preocupación de los mayores.

-Y... hablando de la radio, vienen a mi mente aquellos programas ya nocturnos, ya dominicales que esperábamos con impaciencia.

-Sí, lo recuerdo, también las emociones son recurrentes en los recuerdos de esa época.

No sé qué hacer  
Para borrarle de mi memoria  
Para olvidarte  
Y olvidar esta pasión...

- Claro, su título es “No puedo olvidarte”, composición de María Luisa Escobar, al igual que “Desesperanza”, pero quizás la de mayor expresión nacionalista fue su pregón “Naranjas de Valencia”.

Suave corteza de oro  
Corazón de pura miel  
Tanta naranja engañosa  
Y nadie sabe cuál es...

- Sentir nacionalista que, a la vez, deja traslucir la crítica a algunas tendencias hacía la corrupción que ya se vislumbraba con los inicios de la modernización y democratización.

- María Luisa Escobar, no podemos dejar de mencionarla. Nacida en la provinciana ciudad de Valencia en 1912, María Luisa González Gragirena, era su nombre de pila. Según sus biógrafos, inició sus estudios en su ciudad natal, con las monjas del Colegio “San José de Tárbes”, viaja luego a la isla de Curazao, donde ingresa en un Colegio para Señoritas, a fin de seguir sus estudios musicales y de idiomas, luego, viaja a Paris donde estudia con Roger Ducasse, para 1931, ya de regreso en Venezuela, funda el Ateneo de Caracas, donde permaneció hasta 1942. Fue miembro honorario de la Junta Nacional de Radiodifusión (1939- 1953); Directora Artística de Radio Difusora Venezuela y Representante del Gobierno ante diversos Congresos Internacionales. Creó la Asociación Venezolana de Autores y Compositores, y luchó incansablemente por el reconocimiento de los derechos de autor.

-María Luisa González Gragirena, quién tomó el apellido Escobar de su segundo matrimonio con el violinista José Antonio Escobar Saluzzo, solía reunir en su casa a un grupo de mujeres para constituir la Junta que habría de fundar ese centro dedicado a la cultura, el arte y la ciencia como fue el Ateneo de Caracas. Allí se congregaban pintores, escultores, poetas, novelistas, historiadores, músicos y gente del mundo del teatro y del ballet. De allí nació el famoso Grupo Viernes, el cual acostumbraba a reunirse en casa de la compositora para dar lectura a sus obras. Su recinto supo también de luchas políticas de resistencia. El 14 de febrero de 1936 se instaló en su sede la Junta Patriótica Feminista y al día siguiente el Cuartel General de la Guardia Cívica Venezolana, pues se vivían momentos agitados a raíz de la muerte del General Juan Vicente Gómez.

Si bien las posibilidades de realizarse en otros espacios diferentes al doméstico estuvo reservado, casi siempre para mujeres de cierta posición

privilegiada, como fue el caso de María Luisa, no es menos cierto que fue a través de su profunda sensibilidad musical y artística, como pudo la mujer venezolana común, siempre atada a su quehacer doméstico, dejar traslucir de su sensibilidad y su romanticismo.

Nunca me iré de tu vida  
Ni tú de mi corazón.

Así, tarareaba en su hacer cotidiano, la mujer sencilla, haciendo dúo escoba en mano, con famosos cantantes de la época, cuyas voces llegaban a través de un maravilloso, Philco, Phillips, Westinghouse o RCA Víctor marcas muy conocidas de los aparatos de radio. El sentir nacionalista se desbordaba. Naranjas, naranjas de Valencia, pura miel.

En una sociedad cuyos lineamientos básicos fueron extraídos de la cultura occidental, las mujeres, según esta concepción patriarcal, deben tener la cabeza bien atada a la tierra para el mejor cálculo y administración de la diaria sobrevivencia, por ello cualquier intento de incursión por parte de las musas del arte, la literatura o poesía, debían estrellarse contra ese muro de contención.

María Luisa Escobar supo colocarse frente a un reducido número de mujeres venezolanas de su generación, rompió en Venezuela ese esquema tradicional, abriendo camino para las posibilidades de trascendencias de nuevas generaciones a otros espacios y escenarios.

Su búsqueda incesante por comprender el universo y sus leyes la llevó a tratar de penetrar aquella minoría étnica, tan discriminada y subestimada, las de nuestros ancestros indígenas. Se propuso María Luisa hurgar en sus misterios, en la magia de su cosmovisión llevada por la angustia, quizás, de encontrarse a sí misma. En la unión del indígena con su mundo vislumbró la razón de ser de la transparencia india, de su sencillez, de su auténtica belleza. Realismo mágico que la llevó a tratar de

conectarse con sus mitos y ceremonias, traducidos en sincretismos como el culto a María Lionza.

Decíle a la vida mía,  
La que vive en chiriquinduy  
Decíle, que soy papua  
En su pecho murmuró  
Querés que te cante en lengua,  
en lengua te cantaré  
Que machucupé saíra  
Que saíra muchucupe  
(improvisación de los indios mucuchi para María Luisa Escobar)

Es de acotar que en nuestro país la influencia del factor indígena se había investigado poco o nada, a diferencia de otros países como México, Perú o Guatemala, sin embargo, el indio que todos somos no ha muerto y su sangre no duerme. Por la geografía de nuestras venas “se viene hacia nosotros calladamente, taciturnamente e inexorablemente con la calma felina de quién tiene la seguridad de su triunfo indeclinable”.

Fue esa comunión mítica, su vivencia de conjunto, en la que el hombre se identifica con la vida emocional, suprapersonal y espontánea del grupo en su comunión con la tierra, en su sentimiento agrícola, en su entrega incondicional donde quiso beber María Luisa, tema y esencia de sus composiciones como el vals Caribe, el ballet drama Guaicaipuro (1951), Murachi, Upata, Tiuna, coro- danza, música, además del ballet Arichuna y El Dorado.

-¿Recuerdas los domingos en la Plaza Bolívar? A propósito de ello, me viene a la mente el recuerdo de la Pequeña Mavares, orquesta de música tradicional venezolana, fundada en Caracas en 1947, a raíz de un ciclo de conferencias venezolanistas auspiciadas por el Ateneo de Caracas, que en ese entonces estaba bajo la dirección de María Luisa Escobar. Su tema era “Lara como tierra de contrastes”, para ello, se organizó la orquesta, pidiendo reunir músicos larenses residenciados en Caracas. Así nació La Pequeña Mavares.

Juancho Lucena, hermano menor de Napoleón Lucena, confesó años más tarde que había fundado la Pequeña Mavare debido a que los músicos de la gran orquesta ya estaban muy mayores o habían fallecido. El éxito de la Pequeña Mavare en Caracas como orquesta única en su género, fue total.

El periodista Carlos Ortega comenta: “Por años la voz pastosa de Napoleón Agreda Herrera anunció en Radio Continente: Miguel Octavio y Compañía presentan a la Pequeña Mavare... Acto seguido las cuerdas inundaban de armonía exquisita el auditorio principal de la emisora, cuyo mensaje artístico llegaba hasta los radioreceptores de un país que aún no estaba familiarizado con estruendosos ritmos modernos.

Según Ortega, Juancho Lucena cultivó a prueba de adversidades la música refinada y contagiosa de una Venezuela distinta: aquella de los saraos y retretas de principios de siglo, era una época de mejillas sonrosadas y sentimentales arrebatos. Rescató la huella, el ejemplo de sus predecesores y fiel al legado de Miguel Antonio y Ramón Mavare, perseveró en el obsequio de aquellas retretas de vermouth y en las galantes serenatas que hacían tomar discretamente las celosías de numerosas ventanas.

Juancho Lucena logró que Caracas tuviera su Mavare, activando a la vez, como afamado músico y empresario artístico, realizó una continua promoción de la música instrumental larense y venezolana.

En cuanto a la música académica, era frecuente disfrutar en los principales teatros tanto de Caracas como del interior, de hermosas obras que engalanaban aquellas noches de agradable frescor propicias a la elegancia en el vestir y la cordialidad en el trato. En los Teatros Municipal y Nacional de la capital era de gran satisfacción y orgullo, oír las voces del Orfeón Lamas. Agrupación musical venezolana fundada en Caracas en 1930 por Vicente Emilio Sojo, Juan Bautista Plaza, Eduardo Calcaño, José Antonio Calcaño y Moisés Moleiro. Considerada como

la primera agrupación de canto polifónico fundada en el país y la más importante de la época contemporánea. Llamado el Orfeón Primado de la República, su fundación se considera el inicio de la llamada Escuela Nacionalista de la música en Venezuela. Fue bautizado bajo ese nombre como homenaje a José Ángel Lamas, compositor colonial conocido como el más prolífico de Venezuela.

Inicialmente, este grupo tuvo dificultades, encontrando apoyo financiero durante el gobierno de Juan Vicente Gómez, del cual posteriormente recibió apoyo directo a través del Ministerio de Instrucción Pública. También solicitó colaboración de organizaciones privadas, incluyendo a la estación de radio 1BC y al equipo Magallanes, que en cierta ocasión donó las entradas de un juego a la agrupación.

Los fundadores tuvieron una gran influencia en las sociedades corales de otros países como el entonces reconocido Orfeón Catalá, el cual interpretaba composiciones populares y villancicos.

Los primeros ensayos se hicieron en marzo de 1929 en casa de José Antonio Calcaño con piezas folclóricas de compositores venezolanos. Posteriormente se añadieron nuevos integrantes, incluyendo mujeres, hasta alcanzar un grupo de sesenta voces. Su primera presentación pública fue el 15 de julio de 1930 (339 aniversario de la fundación de estudios musicales en Caracas), en el Teatro Nacional de Caracas bajo la dirección de Sojo y Calcaño, se interpretó música colonial, sus partituras fueron transcritas y hasta completadas por Plaza, Calcaño, Moleiro y Sojo. Entre ellas se destaca la Misa en Re de José Ángel Lamas. La presentación de esta se realizó el 31 de marzo de 1933 con cien voces y el acompañamiento de la Orquesta Sinfónica Venezuela.

El repertorio de temas cortos y seculares de carácter nacionalista fue la génesis de la llamada Escuela Nacionalista de composición. Las primeras composiciones se dieron para voces masculinas y habían sido escritas para hacer la parodia de la Coral Rusa, en febrero de 1928. Un mes más tarde se añadieron temas

de voces mixtas. Una vez que el orfeón estuvo establecido, otros autores comenzaron a crear obras similares y el repertorio creció rápidamente. En sentido general, había dos tipos de composiciones en el nuevo género, temas folclóricos y madrigales, con los primeros, siendo composiciones en lenguaje coloquial de temas jocosos del folclore o la vida diaria, a veces incluían versos de canciones infantiles. La popularidad del Orfeón generó la creación de un movimiento coral en Venezuela, que llevó a la fundación de otras organizaciones similares, incluyendo el Orfeón Universitario de la UCV en 1943.

Vicente Emilio Sojo, considerado uno de los mayores propulsores del movimiento nacionalista en la música académica, nació en Guatire el 8 de diciembre de 1887, compositor, interprete, recopilador, arreglista, fundador, director y maestro de música. La austeridad en la que nació y creció trajo como consecuencia el poder cursar primero y segundo grado de primaria únicamente; y el trabajar, desde niño, como vendedor ambulante, torcedor de tabaco y ya de adulto, como pintor de brocha gorda.

La niñez y adolescencia la vivió entre Guatire, Petare y Chacao, después de 1906 se establece en Caracas donde su precaria economía no cambiará sino hasta después de lograr fama como músico.

Podríamos agregar que, Sojo formo parte en 1936 del Partido Democrático Nacional (PDN) y, en 1941 es miembro fundador de Acción Democrática, con este partido será electo diputado a la Asamblea Nacional Constituyente de 1947 y, por último, en democracia, será electo Senador de la Republica por dos períodos, entre 1959 y 1968, más sin embargo, nunca se consideró político... él era músico.

Su maestro de escuela don Régulo Rico lo invitó a formar parte de su orquesta, la Unión Filarmónica, idea que no entusiasmo a la madre del muchacho, pero si fue apoyado por su tío Casimiro Sojo, que era guitarrista. Aprendió entonces a tocar bombardino, trompeta, trombón, clarinete, tuba y flauta. Por otra parte, leía con

avidez y trata de aprender de otros músicos amigos, se interesa en comprender los temas que causan polémica en el pueblo, se convierte en autodidacta. En su juventud observa a maestros como Julián Tovar y Carlos Acevedo, logrando por motu proprio el aprendizaje de la guitarra clásica, instrumento básico para cualquier serenatero.

Tras nueve años de aprendizaje con Régulo Rico, y establecido en Caracas, Sojo busca su integración a la élite musical de la gran ciudad. En 1910 ingresa a la Escuela de Música y Declamación, que formaba parte del Instituto de Bellas Artes de Caracas, recibe clases de armonía con el maestro Andrés Delgado Pardo, aunque él dirá años más tarde que su verdadero maestro fue Hilarión Eslava y su “Tratado de Armonía” Se inicia, así, la etapa documentada y catalogada del compositor.

En 1914 se funda la Sociedad Amigos de la Música en la que Sojo figura acompañado luego, de Juan Bautista Plaza, José Antonio Escobar y María Luisa Escobar, entre otros músicos. Esta tuvo una duración efímera, al igual que otros intentos de músicos de la época.

En 1921 es nombrado profesor de Teoría y Solfeo en aquella misma Escuela. Profesionalismo, responsabilidad y dedicación, serán sus características principales. En 1936, la escuela se separa definitivamente de Bellas Artes y cambia su nombre a Escuela Superior de Música. Allí la iniciativa y fama adquiridas lo llevan a ocupar la dirección del Instituto.

Con él vendrá la renovación de la enseñanza musical en Venezuela. Aumenta las cátedras; le da rango superior al aprendizaje de la guitarra, con el maestro Raúl Borges esta cátedra se llenará de destacados exponentes: Antonio Lauro, Rodrigo Riera, Alejandro de La Torre y Alirio Díaz. Al frente de la Cátedra de Historia de la Música estaba Juan Bautista Plaza que hará un trabajo extraordinario en lo que respecta a la edición de material bibliográfico y de restauración de obras manuscritas. La Cátedra de Armonía la transforma en Cátedra de Composición y se pone al frente de ella hasta su retiro en 1964, sus alumnos serán los compositores y maestros más

relevantes del siglo XX, sobresalen: Antonio Estévez, Antonio Lauro, Ángel Sauce, Evencio Castellanos, Clemente Laya, Gonzalo Castellanos, Luis Felipe Ramón y Rivera, Modesta Bor, Moisés Moleiro, Teo Capriles, José Antonio Abreu, Nazyl Báez Finol, Inocente Carreño, Federico Ruiz entre otros.

En 1928, luego de formar un improvisado grupo de canto carnavalesco, Sojo concreta la idea de fundar el Orfeón Lamas, y para su complemento y la necesidad de llenar un vacío en el género culto, funda en 1930 la Orquesta Sinfónica Venezuela.

El ambiente musical de la capital mejoraba luego de intentos fallidos e improvisados, con la Escuela, el Orfeón y la Orquesta se consolidaría un verdadero movimiento musical en la Venezuela contemporánea; el ejemplo dará pie al surgimiento de corales filarmónicas, estudiantinas, sinfónicas, que han logrado incluso el reconocimiento internacional. El Orfeón estuvo en acción hasta 1962, mientras la Sinfónica sigue en pie, cosechando frutos.

Sojo, en el esplendor de su carrera tiene la dicha que en 1935 se descubran entre las paredes de la antigua construcción de la Escuela, una serie de partituras de la época colonial. Sojo delega en Juan Bautista Plaza y varios alumnos aventajados la restauración de estas joyas que se fueron publicando en cuadernos y grabaciones a lo largo de diez años de trabajo. El maestro, preocupado por la pérdida del sentimiento nacionalista, llevará adelante una campaña recopilatoria de las obras de los siglos XVIII, XIX y principios del XX. Durante 30 años viajará, junto a Teo Capriles, por todos los lugares de Venezuela donde hubiese carreteras, para así sustraer lo más exquisito de la música popular y religiosa, para luego armonizarlas y darlas a conocer al mundo. Al final serán más de doscientos cincuenta títulos recabados. Entre esas melodías olvidadas, estaba lo mejor logrado en Guatire hasta la época, allí se condensan la inspiración de: Elías Calixto Pompa (K-Listo), Henrique León, Régulo Rico, Gregorio Ascanio, Julián Tovar, Blas María Tovar, Carlos Acevedo y Jesús María Muñoz (Chucho); además de las coplas de la Parranda de San Pedro y San Juan. Porque, antes de ser venezolano, Sojo guatireño.

Su admiración por Mozart, los aires de cambio de principios del siglo XX, sus estudios autodidactas sobre nuestro pasado musical, las necesidades de la Escuela, el Orfeón y la Orquesta ; marcaran la amplitud de su extraordinario catálogo.

Entre sus composiciones destacan: Misa Coral (1918), Misa Cromática (1922), Misa Blanca a Santa Eduvigis (1925), Palabras de Cristo en el Calvario (1925), Misa Breve (1933), Misa para Santa Cecilia (1953); y “Por la cabra rubia” y “Serenata”, primeras composiciones polifónicas profanas sin acompañamiento escritas en Venezuela. Además de salves, motetes, cánticos y todo lo que inspirara un sentimiento.

Durante toda su vida el trabajo fue intenso y con fructíferos logros, los reconocimientos no se hicieron esperar desde todos los ámbitos de la sociedad, incluso la creación de un premio con su nombre, así lo sorprende la muerte el 11 de agosto de 1974 en la ciudad de Caracas.

Su legado a través de las áreas desarrolladas y sus escritos fue el crecimiento del sentimiento nacionalista junto al reconocimiento internacional de un movimiento musical sólido, continuado por sus discípulos, la Fundación Orquesta Sinfónica Venezuela, la Fundación Vicente Emilio Sojo, la Escuela Superior de Música, hoy llamada “José Angel Lamas” y una red de instituciones consecuencia de su ejemplo. Fue el Maestro de maestros y siendo el músico más representativo de la Venezuela Contemporánea.

Mientras esto acaecía en el mundo cultural, otros vientos se movían en lo político y económico, Según Briceño Iragorri (1954), dos veces fracasó la United Fruit Company en sus intentos de meterse en Venezuela “cuando creció el presupuesto público, el hombre venezolano se volvió indolente para acumular sin trabajar. La producción de banano fue tal que constituyó un verdadero imperio económico como lo es hoy el petróleo”. A su sombra se multiplica la burocracia y los beneficios se desgajaban como los cambures al racimo. De allí, la expresión tan

popular “cada quién busca su cambur”... A la sombra del cambur nos hemos echado a dormir. Aquí, allá fácilmente o a cualquier costo el venezolano debe tener un cambur; cambures de presupuesto o cambures de comisión. Por ello, mientras se abandona el suelo, crece el bananal del gobierno. Cambures que hoy toman el color del oro negro, pero cambures al fin. Toda la profundidad filosófica venezolana se traduce en “si consigo un buen cambur, estaré resuelto”. He aquí, la gran consigna de trabajo de un país. Un país que debería convertir en día la noche para labrarse un buen destino. Pero la mata de cambures del mismo modo que ha esterilizado el suelo, también ha esterilizado y desviado la voluntad del venezolano.

Inútil, fue el esfuerzo por detener en su nacimiento la entrada en Venezuela de la United Fruit Company. A falta de pan y carne fresca, nos llegaron los enlatados en su gran variedad. Dejando colar el almíbar de nuestra frutas criollas. Todo en combo con el artefacto representativo del modernismo, “el refrigerador”. Toda Venezuela es tierra de mangos, de guayabas, de piñas, de naranjas pero, comenzaron a llegar de exterior sus equivalentes enlatados, “orange juice” y “pineapple juice”, hasta de Cuba nos llegaron mangos enlatados.

Les cuento que, antes de profundizarse este cambio, el venezolano de entonces era tradicionalmente madrugador, con el canto de gallo la casa solía aromatizarse con olor a café recién colado que era luego repartido en pequeñas tazas o en pocillo de peltre. Café negro, tinto, para comenzar el día, luego a media mañana el mismo se acompañaba con leche recién ordeñada junto a la arepa pilada, queso y mantequilla criolla, majares que hacían las delicias del desayuno. También con el sol, se abría la puerta principal, que daba a la calle, la cual no se cerraría sino hasta la hora de dormir.

- ¿Cómo amaneció la gente por acá? Llamaba a la puerta la vecina en su acostumbrado paseo matutino, o el muchacho zagaletón ofreciéndose para cargar agua o hacer los mandados del día.

La palabra confianza parece ser la apropiada para describir aquella sensación de tranquilidad de espíritu. Hoy, solemos hablar de esperanza como algo a lo que nos aferramos con notable desesperación.

Sí... confiadas y solícitas, las mujeres atendían sus diarias labores dentro de la casa. Todos, hasta los niños, tenían sus tareas u obligaciones que cumplir dentro del hogar donde no había espacio para el ocio.

“La ociosidad es la madre de todos los vicios” solíamos oír con mucha frecuencia.

Cuando el padre desempeñaba sus labores lejos de la casa llevaba su alimento o “bastimento” en un pequeño saco o en el porta-vianda. Los niños desayunaban frugalmente para ir a la escuela o a sus faenas, luego de haber cumplido su obligación en la casa: ayudar a su aseo, darle agua a las matas o comida a los animales y otras. Las obligaciones crecían a medida que el niño se hacía mayor y “el varón se iba alargando los pantalones”.

Por las tardecitas, ya terminadas las labores del día limpios y acicalados sacaban sus sillas a la calle, para sentarse en ellas y esperar al paisano transeúnte que por lo general, se detenía a comentar los últimos acontecimientos de la vecindad.

“Me voy corriendo, porque va a comenzar la radio novela” decía presurosa la vecina, ya cercana la siete de la noche, mientras se despedía deseando buenas noches. A partir de ese momento las sillas volvían al interior de la casa y el aparato de radio se convertía en el centro de atención de familiares y amigos, tanto se emocionaban que llegaban a sentirse parte de la trama.

“¿Por fin habló Don Rafael?” preguntaba la paisana, temprano en la mañana cuando, escoba en mano salía a barrer el frente de su casa, antes de la fiscalización del policía encargado de vigilar la limpieza de la calle. ¿y, María Dolores, todavía no ha revelado que Albertico Limonta es el hijo de María Elena?, inquiría la mujer que,

portando un azafate en la cabeza, recorría el pueblo, calle arriba calle abajo, sin perder nunca el equilibrio. Era una bandeja con frutas jugosas, sabrosas golosinas criollas, empanadas, leche y toda clase de ricos manjares.

Durante el día, la vida de la familia se hacía predominantemente hacía dentro de la casa, esta podía ser de largos corredores, con helechos colgantes, patio y traspatio o también, más pequeñas y sencillas, pero en ninguna, faltaba el patio con su limonero o palo de mango, de guayaba, de níspero o de anón. También era raro, no tener el hablar dicharachero del loro real y la compañía del perro criollo, quién a pesar de no tener pedigrí, le era muy fiel a su amo.

Casa para la familia extendida, abuelos, padres hijos, tíos, primos, hermanos de crianza, tía solterona o “niña vieja”. La soledad, así como la desconfianza eran muy poco conocidas.

Una estampita con figuras religiosas adornada con una cinta y una monedita de plata “medio real”, veinticinco centavos de bolívar o simplemente mariquita” era el mejor recuerdo a repartir en los bautizos. Un simple jabón de olor con su correspondiente atado de cinta, podía decir ¡feliz cumpleaños! Los famosos “estrenos” de ropa y zapatos para Navidad casi siempre confeccionados por el sastre o la costurera del pueblo, servían para alimentar el ego por todo un año. Asistir de madrugada a las misas de aguinaldo y a las patinatas, completaban la verdadera fiesta, el niño no necesitaba ni conocía de juguetes caros “los papagayos” que hacía ayudado por el hermano mayor, el padre, el tío, lo hacían sentir creador del universo, mucho más, cuando lo remontaba más arriba... más arriba hacía el infinito. Los cuentos de hadas, los de tío tigre y tío conejo, junto a la oración al ángel de la guarda, hacían dormir profundo y sin sobresalto a menos que fuese sábado, cuando en las madrugadas, el rasgar de una guitarra solía romper el silencio con sus canciones de amor.

Pero, nada comparable a tratar de alcanzar la fruta casi en la copa de los árboles, ni cruzar el río a nado, ni saludar la lluvia y hasta los aguaceros hasta quedar bien “ensopados”. Amigos del niño eran: el gurrufío, la perinola, el trompo, las pichas o metras, las chinas u hondas. Él era creador y artífice, amo y protagonista de sus juegos, dueño y señor de sus fantasías.

Las rondas de juegos y canciones lo familiarizaban con el compañerismo y la confraternidad.

- Eso es cierto, era muy raro ver a un niño, jugar en solitario porque aunque fuese uno de la bandada se acercaba para convertirse en su amigo por siempre. Ese aislamiento que a veces notamos en el niño de hoy ¿contribuirá a su acentuado individualismo una vez que llega a adulto?

- Tal vez, dijo la mirada reflexiva de Federico... tal vez.

- Federico, tu que también conociste aquella época porque fue para entonces, cuando aquella tarde te metiste en mi vida, con tus manos sonrosadas y tus ojazos azul mar ¿la recuerdas igual que yo? ¿Tienes por ella, la misma añoranza?

- Claro, claro... pero, te será muy difícil hacerte entender por las nuevas generaciones, con lo compulsivo que es hoy el mundo que a ellas les toca vivir, les costará imaginar que en alguna época existió una Venezuela sin grandes alteraciones ni sobresaltos. Una época, en que la confianza y la buena Fe, eran la mejor compañía.

- Sí, sí lo recuerdo, la “palabra de honor” valía más que todas las firmas notariadas ¡Qué cosa! Que marcada diferencia con la volubilidad y desenfado que mostramos ahora.

Además, Federico, quizás hoy, al niño le es fácil acumular toda clase de juguetes incluyendo los virtuales pero, le cuesta mucho más que antes tener a su lado,

alguien con quién confiadamente compartirlos. Ya, a muy corta edad, comienza su aislamiento y soledad que puede luego desdoblarse en resentimiento y violencia.

Para entonces, el tiempo era un amigo fiel que nunca tenía prisa y ello proporcionaba una agradable sensación de seguridad. Todo permanecía casi inalterable tras una ausencia por larga que ella fuera.

-“Para toda la vida” decían los novios ante el altar.

-“Para toda la vida” pensaba el maestro carpintero, albañil o talabartero acariciando el producto de sus manos, con el que enviaba su recuerdo a muchas generaciones venideras.

Con el recuerdo de esa sensación tal vez, comienzo a entender el desasosiego de todos estos paisanos que hoy “sobreviven” aferrados a rejas y escapularios, porque todo se le hace huidizo, hasta los afectos han adquirido la naturaleza de lo deleznable, de lo desechable “vive el hoy, mañana se verá” “como va viniendo, vamos viendo”. Ya no hay puertas abiertas a las cuales acudir buscando la palabra y el gesto amigo. La confianza que solía acompañarnos para hacer apacible nuestros sueños, se mudó a otras lejanas latitudes y solo nos dejó una intermitente esperanza. En ese ayer, el viaje por la vida, tenía una vara por patrón y un rumbo fijo, hoy, ese rumbo nos es desconocido.

Quizás, entre la gente más sencilla y humilde todavía podamos encontrar restos de lo que fue. De allí, que el debate conceptual en torno a la cultura popular adquiere particular importancia, en tiempos de escepticismo, en tiempos de dislocación de los valores éticos que rigen el acontecer social, en tiempos de desconcierto, en los que la gente se resiste a directrices. Se hace aún más pertinente, cuando los valores de la tradición y la modernidad se enfrentan, unos para desaparecer y otros para sobrevivir plenos de vitalidad a fin de guiar a la sociedad hacia el porvenir.

En el hacer de la Venezuela contemporánea, es en la cotidianidad de las barriadas populares donde se muestra la mayor vitalidad para enfrentar la disolución y el olvido impulsados por la cultura de masas. Es la cultura popular la que se resiste a perder la memoria colectiva o el saber sustentado en la tradición, tratando de aferrarse a sus producciones, para afirmar su autoestima y preservar en lo posible su identidad. - Reflexionó Federico sin perder su aire de solemnidad.

- Más importante, es lo que puede hacerse en el campo educativo. Así, Venezuela no sólo puede verse como un accidente de la geografía, como ese mundo de abstracción que ha fomentado el desarraigo del suelo y el apego a todo lo externo a través de una mirada ajena, sino a partir del acercamiento y la confrontación con la realidad de sus gentes, las tradiciones y manifestaciones culturales para palpar y sentir al país como algo propio.

- Se dice fácil, querido amigo, pero... ¿quién le pone el cascabel al gato? Ya quedan pocos de aquellos educadores, que con la palabra y el gesto, transmitían al educando la identificación y el amor por lo nuestro. La veneración por lo virtual subestima todo lo demás.

- Está bien, pero recuerda que, toda época histórica, aun cuando tiene sus propias características, no está sin embargo aislada, siempre guarda relación con la que la preside y también con la que luego vendrá- Prosiguió Federico.

- Ay, amigo mío ¿crees tú posible, con la magia del recuerdo y la añoranza, poder trasladar al presente a alguno de aquellos caballeros andantes que nos acompañaron durante la infancia, ¿Qué tal, Tamacún o al menos uno de Los tres Villalobos? ¿Quizás, cualquiera de ellos pudiera enderezar los tantos entuertos en los que hoy vivimos?

Se hizo muy azulita la mirada burlona de Federico.

- La historia no regresa, y tu bien lo sabes. Ellos ya tuvieron su época, como bien dice aquel tango “ya les pasó su cuarto de hora”. Pero, recuerda también que los hombres pasan pero sus ideas perduran. Nada mejor que los recuerdos y la nostalgia para conservar la memoria colectiva... conocer a través de ella, aquellos principios y valores que dieron sentido a su visión del mundo. Muchos de esos valores, remozados y adaptados a las nuevas circunstancias tal vez podrían ayudarnos mucho.

- ¿Lo intentamos mi Fede? ¿Crees que podemos quedarnos un rato más disfrutando este capítulo. Me resisto a pasar la página y encontrarnos con la dura realidad. Regálame unos instantes más, para recordar.

Su respuesta, fue el silencio, pero casi al instante, se sintió el aroma a café recién colado y volvió a hacerse la magia en la débil columna de humo que salía de mí pocillo de peltre que tiene dibujado un caballito de mar... así, remando en humo regresamos de nuevo al ayer.

¡La pelota sabanera! Casi siempre de fabricación casera, hecha de trapo, fuertemente atada con hilo de hacer alpargatas, junto a los papagayos hacía la delicia de los juegos en la amplia sabana. Así organizaba sus partidos de beisbol la muchachada humilde. El beisbol, había entrado en nuestro país con el proceso de transculturación norteamericana, luego del advenimiento de la industria petrolera. Ya, para 1942, existían en Venezuela dos equipos bien reconocidos: Magallanes y Cervecería Caracas. Con motivo de los juegos nacionales, ese año, las madrinas de ambos equipos se disputaban el reinado nacional: Oly Clemente proveniente de familia de clase media alta y una humilde maestra de la caraqueña parroquia de Montalbán, su nombre Yolanda Leal. Esta contienda se asimiló a la política, ambas recorrieron el país en campaña electoral, pero, por lógica, la decisión final la tomó la mayoría del pueblo votando por Yolanda Leal, luego de oír a un conocido locutor de radio pronunciar un odioso y discriminatorio slogan “Oly Clemente, para gente decente, Yolanda Leal, para gente vulgar”.

Pronto, los partidos políticos imitaron de esta contienda, la manera de identificarse a través, de tarjetas de colores. Un aporte del beisbol al hacer de la política. Parecía abrirse así, un horizonte de posibilidades para nuestro país... ¿Pero, contábamos con todas las herramientas para asumir la modernidad?

### **CAPÍTULO III**

#### **BON JOUR MODERNIDAD...O...TANTO NADAR PARA MORIR EN LA ORILLA...**

Bon jour Modernidad o, tal vez, sería más elocuente llamar a este capítulo Bonjour Tristesse, plagiando así, el título de la famosa obra de Francois Sagan, con toda la melancolía que ella encierra. Es esa la misma sensación que nos invadió al abandonar las páginas del capítulo anterior, plenas de reminiscencias, de recuerdos queridos y hermosos. Una resistencia inconsciente a saltar la página para inexorablemente, entrar a un paisaje, a un ambiente totalmente extraño. Aquellos pueblos limpios adornados con hermosas flores, risas infantiles y pájaros multicolores ya no son más. Al venezolano sencillo, alegre dicharachero y cordial lo han trocado en otro muy distinto, uno que representa el lado más oscuro del ser. A la confianza, que daba calidez al ambiente, la reemplaza hoy la inconstancia y la incertidumbre.

Lo escatológico se ha superpuesto a lo romántico, lo obsceno gana la partida a lo sagrado y en muchos aspectos, el ser humano dejó de ser humano para volver al comienzo de la escala desde las especies más primitivas. El héroe o “muchacho de la película” ya no es el príncipe azul, por lo general, ahora cubre su rostro con “pasa montaña”, mientras se transporta en corcel de alta cilindrada. Con orgullo encarna el perfil del “landro”, mejor dicho del “Mal andro”, quien por obra y gracia del miedo y la adulación vemos convertido en “Señor malandro”, cuyas tropelías son hazañas heroicas para la fantasías de los niños y jóvenes de hoy día. Ciertamente, muchos de aquellos sencillos campesinos venidos a la ciudad, encandilados por su novedad, reinan, ahora, en los suburbios, habiendo reemplazando sus mochilas de ingenuidad, por la de violencia y amarga crueldad. Lo encontramos, ahora, por ejemplo, como

antihéroe en el guion de la puesta en escena *Mi pobre gente*, tal como no lo presenta Espinoza (2011) en su obra *el Héroe que llevamos dentro*. Donde nos introduce, magistralmente, en el mundo de los cordones marginales que tanto han proliferado, luego del advenimiento de la modernidad, tanto en Venezuela como en muchos otros países.

La aventura que, aquí, emprendemos, a fin de dar respuesta a la suerte corrida por el antiguo y bonachón campesino venezolano, la asimilamos a un viaje en avión, en medio de una gran turbulencia, cuando el miedo nos hace preguntarnos ¿cómo suspendo este dichoso viaje? ¿Cómo podré bajarme de este aparato, cuyo rumbo es tan impredecible como lo es, hoy, el futuro de Venezuela? En este caso específico, el vuelo no aterriza en un agradable campo con nombre poético, sino por el contrario, con muy poca suavidad nos deposita en un ambiente por demás hostil y desagradable. Para su descripción, mejor adentrarnos en lo que reflejan las páginas de la, arriba citada, obra de Espinoza (2011)

Las noches en el barrio son amarillas, las alumbran postes herrumbrados, altos perdidos en la temprana tarde. En la espesura de la media noche, en la liviandad de la madrugada, han quedado las voces gangosas de los borrachos regadas en las orillas de las esquinas. Las puertas santamaría suenan y el motor de los autos, la lluvia de los baños, el canto de los gallos, el eco de unos pasos y la sombra del hombre de los pasos... (p. 98).

¿Cuándo y qué circunstancias dieron inicio a esta singular cosmovisión? Sabemos que en el portal de la modernidad, la razón interna del mundo es mecánica y se rige por las matemáticas. Es concebida pues, desde la huella epistemológica de la cantidad. Solo vale lo medido, lo contado. En criollo, “cuanto hay pa’ eso”

Guiados en ese conocer por las reglas epistémicas de lo particular- individual, en razón, de un orden cuantitativo- matemático. Emerge, por consiguiente la otra interrogante ¿Cómo podía aquel venezolano de mentalidad rural, lidiar con lo mecanístico propio de la modernidad?

Pensaba Francis Bacon, que solo conociendo a la naturaleza por dentro, es cómo podemos “apropiarnos de sus leyes y utilizarlas siguiendo su propia vida”. Por consiguiente, en la búsqueda del conocimiento está en juego, la búsqueda del poder.

Lo no racional, es barrido de la existencia. El conocimiento es llevado así, a conocerlo todo como individuos de una sola manera de ser, de modo que las diferencias entre seres son simples diferencias, no individualizantes ni individualizadoras. Hablamos, según Moreno (2005) de diferencias, no de distinciones.

También entran como distintivos de la modernidad, el método como praxis connatural a la razón. El aislamiento, hasta el extremo, de los objetos –individuos, como manera de conocer. Aceptación pasiva y pacífica del sistema. La evidencia como presencia obligante de la realidad ante el yo. El orden como producción suprema en el análisis. La cantidad matemática como estructura de la totalidad de la síntesis. Prevalencia del conocimiento científico, el mundo encerrado en sí mismo.

Si la razón interna del mundo es mecánica y, se rige por la matemática, lo natural es destructivo e inútil y el hombre tiene que dominarlo para convertirlo en constructivo y útil.

Para Descartes, la razón no es un punto de llegada, sino de partida para llegar al yo, totalmente yoisado, que desde ese momento se convierte en punto de partida. En Descartes brilla el individuo como sujeto de la episteme moderna. La omnipresencia del Yo. Individuación absoluta, rompiendo toda relación con la historia y el conocimiento del pasado “ruptura con el mundo negando la relación sensorial. Ruptura con el propio cuerpo” definición del hombre como alma-conciencia, pensamiento individual. (Moreno 2005, 241)

Necesidad imperiosa de la seguridad. Satisfacción individual como criterio de acuerdo. Así, repasando lo expuesto, al respecto, por este autor, no podemos menos que preguntarnos ¿Fue a esta máquina de reestructuración cerebral a la que

sometieron aquel venezolano campechano, espontáneo descrito en los capítulos anteriores de esta investigación?

Bon Jour Tristeza...Buenos días incertidumbre...

Consuela pensar en lo expuesto, luego, en la misma obra “El espíritu tendrá, no obstante, larga vida con la filosofía pura, por lo menos hasta Hegel. Pero se sabe, la filosofía para la ciencia será un conocimiento no objetivo y por lo mismo inválido, mientras no se someta a servirla”. (ob. cit., 351)

Entonces, el hombre no es por su naturaleza social, como decía Aristóteles, sino radicalmente individual, encerrado en procurar conseguir su fin, que es su propia conservación y, a veces, su sólo propósito.

“La naturaleza individual, totalmente individual del hombre, es lo primero. La sociedad sólo es pensable como segunda, y en cuanto corrección de lo natural” (ob.cit. 355).

En un mundo de comunicaciones, como el de hoy, todo aparece. Hoy, ni escena, ni espejo, sino pantalla y red. No trascendencia ni profundidad, sino superficie inmanente del desarrollo, de las operaciones, superficie lisa y operativa de la comunicación (Baudrillard, 1988).

El entendimiento mismo tiene que ponerse como objeto de visión ante sí. Lo real desaparece dando su lugar a la imagen. Posesión y poder están implicados en la episteme visual moderna. La imagen sustituye a la idea. La información al conocimiento. La presunción a la sabiduría. La cultura del espectáculo, la total entrega a la distracción y al ocio desplazan la cultura del esfuerzo y del trabajo, como diría Mario Vargas Llosa, en su obra *La Cultura del espectáculo* (2012). La sensibilidad de la puesta en escena, recogida por Espinoza, nos conduce, aun, más allá:

“En ocasiones la calle queda a oscuras, la luz no viene, los postes desaparecen y en su lugar se escuchan voces arrastrando el regaño de un trago de ron... Arriba un radio suena y se escucha la voz distorsionada de Ismael Rivera “Vamos muchachos a la marina,... a comer pan y sardinas” (Espinoza, 2011)

¿Qué pasó con la frescura y transparencia de aquellos paisajes venezolanos celosamente guardados en nuestras mentes infantiles? Por el contrario, veamos la contemporánea descripción de una puesta de Sol “El sol, derramado sobre el carro entre gamelotes y árboles de caucho, atravesaba el hule de papagayos enredados en los cables y estallaba en los techos de zinc, convirtiéndolos en una gran marea de espejos” (ob. cit. 351).

Mientras en el capítulo anterior los lugares se bautizaban, Paso Real, Altagracia, Bello Campo, ahora tal como expresa Espinoza. “Este lugar es bautizado Camboya, en el nombre del ladre, del tiro y del espíritu leandro...”... montón de ranchos ensartados en un cerro que puede venirse abajo con un buen estornudo... (ob. cit. 451).

Atrás quedaron las casitas de paredes de barro, techo de palma, blanqueado con cal y azulillo, de aire limpio y revitalizador.

Este nuevo venezolano, nos referimos al cerrícola vive, una frontera que requerirá, de asiento firme. Pues, aun cuando, la casa criolla se pierde con la migración del campo a la ciudad, aquella casa criolla con zaguán, corredor, patio, jardín central, es un símbolo arquitectónico que, todavía, perdura en nuestro inconsciente colectivo, independientemente del estrato social puesto, que, en la sociedad rural ha sido referencia habitacional. Con el impacto migratorio pospetrolero, se produce una escisión en esta referencia, a tal punto, que la vivienda real pasó a convertirse en rancho, vivienda humilde provisoria, casi siempre de una sola pieza construida con laticas de zinc, cajas de zapato y madera, producto de invasión a terrenos baldíos. Ella rinde admiración al superbloque, espacio de cemento con más habitaciones, muchas veces obtenido con ahorros o favores partidistas, pero

no termina allí ese hacinamiento de la familia que otrora tenía los espacios de campos montes y sabanas, donde no se conoce la aglomeración.

“Rancho y apartamento, son el viaducto que une al pasado rural con el presente de lucha, para llegar al futuro prometido por el espejo del bienestar petrolero encarnado en el caudillo de turno...” (Espinoza 2001, 208). Puente inconciente e inestable que porta la energía escindida de la contradicción no resuelta entre la casa criolla del inconsciente colectivo y el rancho de la consciencia. “El venezolano tiene un rancho en la cabeza” Así expresamos la manera simplista, como solemos, enfrentar nuestros problemas.

La descripción del barrio no puede ser más triste “Montón de ranchos ensartados en un cerro que puede venirse abajo con un buen estornudo y tiembla con cada grito en las noches”. Espinoza (ob.cit., 49)

Si bien, Mariano Picón Salas nos anunció que, como país, hicimos nuestra entrada a la modernidad a la muerte de Juan Vicente Gómez, al parecer sólo llegamos al zaguán, porque fuera de quedarnos, allí, encandilados con las luces del modernismo, no nos hemos preocupado por entender el real sentido de la modernidad,

“El cerrícola pareciera un alma en transición entre el campo y la ciudad, quizás sus huesos reposen en los solares junto los granos de café, bajo el óxido de alguna cerradura olvidada” (ob.cit., 228).

Y tan es así que, no se hace fácil borrar de la memoria los recuerdos de la infancia, ni la noción de las cosas y la identidad de las personas ni, aún, la consciencia del propio ser, aunque al final terminamos por convertirnos en seres sin pasado. Por eso es fácil entender la razón por la que tejido de la vida rural se prolonga en el cerro.

“Esta separación abrupta del terruño o tello mater (Eliade, 1984 orig. 1948) o el éxodo a través del cual se emprende la huida en el espejo de la búsqueda, se halla catalizado por un “común remordimiento de consciencia”.

Entonces, quizás sea, la naturaleza de esta separación la que dio inicio a ese proceso de disociación de nosotros mismos como individuos. O, tal vez, allí se encuentre la causa de ese sentimiento de desprotección que nos embarga como pueblo y que nos lleva, a menudo, a buscar un padre amoroso en todo aquel que nos hable con calidez. El autor que citamos, nos sensibiliza ante, lo que tuvo que ser, trasplante doloroso, separación abrupta sufrida por aquel venezolano, hasta entonces, de costumbres sencillas y vivir despreocupado, al asomarse a un mundo, con todas las exigencias que tiene la modernidad. La aventura, ese llamado irresistible a la conquista de la geografía desconocida, tiene correspondencia en el mundo interior. Quizás, puede ser la necesidad de fusión con la naturaleza. “El asentamiento se ha dado no sólo en la geografía objetiva, sino en la subjetiva, en el paisaje del alma”. (ob. cit. 346)

“Hacer el claro exige la tala de árboles o la limpieza del rastrojal, conquistar el ámbito necesario para sembrarse aunque sea con barro y caña brava. Crear el mundo a pedazos iniciales de senderos de tierra, trozos de madera, hojas de zinc...” (Moreno, 2005, 128)

Con la mirada en una ruidosa ciudad, ese espejismo fabuloso que baja del cerro y se pierde más allá de su neblina cerrada, estas aldeas mantienen uno o varios claros en el conjunto de viviendas. Quizás ello sea la expresión de la necesidad psicológica de mantener un centro originario, un claro o espacio vacío que oriente a la psique en el tránsito por el urbanismo de la cotidianidad. Reminiscencia del patio, centro de la casa donde todo converge. Es el espejo del espacio interior donde la consciencia puede reposar, volver a posarse, la vuelta a la casa como cueva protectora... “Es un recurso inmediato para la calma... Cuando el patio no es posible hay que salir a tomar aire”. Para ello, nada más vivificante que la visión de ser

acariciados por un helecho inmenso, que nos va respirando”...Uno de los destinos del guerrero, parece ser entonces, la vuelta al patio. Y su árbol para reposar de la aventura... “del lugar que no existe o no es, la u-topía” Espinoza, (ob. cit., 278)

Luego de leer y releer, de pensar y repensar el contenido de las anteriores citas, no puedo evitar volver a preguntarme, con real angustia ¿Qué pasó con aquella idea de bienestar y progreso que tanto entusiasmo causó en la Venezuela posterior a la muerte de Juan Vicente Gómez, cuando del brazo del boom petrolero hizo su entrada a la modernidad? Entonces todo auguraba un futuro promisor. Fe de ello, eran todos los signos de un modernismo acelerado y de una democratización no menos rápida. Entonces ...¿Porque surge la imagen del “landro” como la reencarnación de aquel campesino venezolano con ingenuas ocurrencias, de ingenio fácil, de chiste a flor de labios, que nos hacía ver la vida como una constante fiesta? ¿Qué circunstancias lo llevaron a transformarse en este malandro de hoy, tan temerosamente respetado?

Como hipnotizada, no aparto la mirada de esta puesta en escena, que absorbe nuestras mentes y nuestras almas y que ocupa nuestros días y nuestras horas, como inevitables escenas de un cine continuado de terror y suspenso. Suspenso y terror del que no somos, ya, simples espectadores, sino actores participando, hasta el cogote, en su trama y acción. ...

“¿Cómo van a sacar a los jibaros de la calle? ¿Cómo van a sacar a la policía del negocio?... Para apoyar la justa depredación ante el robo permanente de los extranjeros, los ricos, los amos de toda la vida... aquellos que viven en el Este de Caracas”. Espinoza (2001, 205)

... Sin duda, la búsqueda del progreso material a expensas de la satisfacción proporcionada por el desarrollo interno acaba desterrando los valores éticos de nuestra vida y esta es una situación que considera a largo plazo, genera infelicidad, porque no deja lugar a la justicia y la honestidad en el corazón del ser humano, algo

que comienza afectando a los más débiles y genera una gran desigualdad más el consiguiente resentimiento que acaba afectando negativamente a todo el mundo.

Tampoco es fácil, salir de la cueva originaria por medio de la tragedia del esfuerzo y trabajo. No es fácil hacer camino al andar.

Para Ramírez (2007)

Lo real de Hispanoamérica es lo rural... La modernidad urbana, el sueño político que se ofrece en un futuro siempre propuesto y, en esa sociedad rural, donde reina la mitología de la exageración y perviven la fe en el destino implacable y las bondades fortuitas de la suerte, sobreviven también tanto el lenguaje arcaico rural con toda su riqueza represada, como el escrito que proviene de las floridas construcciones parabólicas de los pliegues y mandamientos coloniales.

“... el hombre de combate, el héroe de verdad, acusa el rechazo de la justicia en el aro de la modernidad...” (Moreno, 1993)

Desde nuestro puesto de observación procuramos adivinar cuales de aquellos rasgos tradicionales conserva, en general, este venezolano de hoy.

Hasta, casi mediados del siglo XX, los niños venezolanos solían dormirse acariciados por la lectura o libre invención de las fábulas de Tío Tigre y Tío Conejo, en las voces ya de la madre, ya de los abuelos. Por eso, entre nosotros la picardía o viveza criolla, se hizo parte de nuestra naturaleza, acompañada casi siempre de buen humor o simple guasa. Recuerdo de aquel Lazarillo de Tormes (1954), donde, el protagonista, un niño errático, sobrevive en medio hostil gracias al arte del timo, a través de su labia generosa, arte que en Venezuela llamamos “pico é plata”.

Se trata, pues, de la necesidad de sobrevivir en un ambiente adverso, sirviéndonos del arma del engaño, de una elocuencia florida a la cual se añaden los sentimientos, la improvisación que posee el pícaro, al cual las condiciones socioeconómicas no le dejen otra alternativa. Además de la socioeconomía, la sospecha y la crueldad inminente vuelven tan pequeño el mundo que es

imprescindible ganar hoy, ganar ya. La ganancia rápida es el botín más estimado por el pícaro.

Estas características convierten al pícaro en un antihéroe, en tanto que “va a contrapelo de la gloria consustancial al heroísmo prometido, rescate romántico de la dignidad, gallardía, el desprendimiento, la fuerza, la traición de que es víctima, la muerte, la resurrección”. (Capriles, 2011). Sin embargo, hay muchas coincidencias entre el héroe y su antihéroe.

Otra característica es la narración en primera persona; a manera de epístola, con cargos de desengaño, cinismo e insensibilidad... En su narración “recoge episodios sociales o comunitarios que articula con los hechos personales...”

La salsa, la música caribeña junto al alcohol, son ángeles y demonios en la comunidad popular. Su oferta y consumo sustentan muchas economías y es la materia más penetrante, junto al sexo, del transcurrir cotidiano, en especial los fines de semana. Señala Espinoza (2011)

Nunca había faltado caña, así que le dieron a un pecho cuadrado de Pampero. Había llegado la hora del frío, el ron siempre fiel o el calumniado anís en lugar de a cerveza... Nosotros con una monchae carterita de anís y una de Motatán... botella en mano para despistar la mente, dibujándole galaxias improbables y otras fantasías bazuquero pencosas... (p.320).

La amistad y la muerte se hayan entrelazadas, pues, la mayoría de estos personajes literarios son malandros sonrientes. Sus preocupaciones transitan las diversiones, “la jodedera o guachafita. Juventud, alcohol y drogas como vehículos para el dinero y el sexo fácil”. Son “guerreros” por lo general, fieles a su grupo, a la familia. Son recurso para el acecho o defensa de la zona, la hembra, la hombría y el orgullo viril. (ob. cit.)

La muerte llega temprano, una fuerza que detiene, el misterio mayor que se embosca en callejones y canchas de basquet, el enfrentamiento casi ineludible entre pandillas rivales o con la policía.

Por estas calles la compasión ya no aparece  
y la piedad hace rato que se fue de viaje  
cuando se iba la perseguía la policía  
oye conciencia mejor te escondes con la paciencia.

Por eso cuídate de las esquinas,  
no te distraigas cuando caminas  
que pa' cuidarte yo solo tengo esta vida mía.

“Adentro la madre y su temblor en las mandíbulas vencidas, los panas y la  
“jodadera” frustrada. Ven a ver cómo quedó, veinte disparos no es cualquier cosa...”  
(De la puesta en escena, la obra “Mi gente pobre”)

La pobreza, el hambre y los valores materiales, en general, cuya percepción se agudiza cuando se da el contraste a que invita la publicidad omnipresente y el contacto con los productos y servicios y su dispendio en la ciudad contribuyen al acicate en el espíritu y mente del pícaro.

...Entre nosotros, la matraca se ejerce con todos los poderes, siendo, al mismo tiempo, agente de soborno (matraqueo) de manera más o menos compulsiva. Ahora también, la malánda es figura de la heroína masculinizada.

Lo recurrente en la historia del malandraje es la destructividad propia y ajena. El individualismo exacerbado, irresponsabilidad, incapacidad para formar pareja estable, el destino como juego, la épica de la violencia... “sangre, puñal y carajazo...”. (Espinoza 2011).

Para conservar su superioridad es menester inferiorizar al otro. La subestimación del diferente, el del otro bando, el sifrino, el tierrúo, el extranjero. Prevalecen la intolerancia y la rigidez psicológica que conllevan al irrespeto y la repulsión de todo lo ajeno... En esta trama es obvio que la vida y la propiedad del otro son insignificantes. Cuando los extremos se agudizan, el alejamiento y aun exterminio del otro, puede ser justificado como parte de la contienda.

Para López Pedroza (2000-2005) la principal actividad de la secta, ha sido cantar alabanzas en honor al líder, así como la obediencia absoluta, la sumisión con la consiguiente pérdida de la individualidad.

Otro elemento que también, muchas veces motiva a la violencia es la utopía. La imagen de otra necesidad que supere definitivamente el ladre, de no tener necesidades o de salir expeditamente de ellas... “Parece ser que la destructividad por sí sola es una reacción desesperada ante el ladre” Capriles (2011); Pero la destructividad se ha ejercido no sólo como un anhelo de justicia social, sino igualmente natural. Nuestra historia como continente se ha visto caracterizada por el ansia de conquista territorial, especialmente por parte de los hispánicos y otros Europeos en su motivación por la obtención de espacios utópicos, lo que incluye la riqueza súbita, garantía de felicidad”. López Pedroza (ob cit, 134)

Al despotismo de los poderosos se suma el de la naturaleza, muchas veces inclemente en sus requerimientos. Las salidas a este dilema sociopolítico se presentan en múltiples perfiles. Uno de ellos, no es propiamente una salida, sino el simple plegamiento al poder por miedo, conveniencia o fatalidad... Según Capriles (2005)

Cuando el miedo se apodera de una sociedad, ella busca un gendarme fuerte que la salve y le facilite así la sumisión protectora. Es la humillación y el ridículo como mecanismo de exclusión de quienes puedan disentir. En la limitación de la información y el reforzamiento de la ignorancia, todo lo cual facilita la manipulación emocional de construir enemigos y concentrar la lucha en su enfrentamiento, dando la sangre y alma para orgullo de un solo héroe... (p.205)

“La segunda opción, la conveniencia, crudamente expresada en la picardía...”  
señala Capriles

Se acata pero no se cumple” oculta una de las más escondidas formas de sumisión atada paradójicamente, al personalismo anárquico. De entrada pareciera que el tipo altanero, díscolo, el vivo, el alzado que hace los que le da la gana, es opuesto al hombre dócil y manejable. El pícaro no se revela, no se opone a la fuerza ni a la arbitrariedad. No se enfrenta al poder no lo confronta, se adapta sin seguirlo. Acepta en la superficie los dictámenes de la autoridad y pasa, por lo general, agachado, a pesar de su anarquismo y despreocupación acepta tácitamente las reglas de juego del poder. El pícaro es indiferente a los valores y

contrario al héroe que busca cambiar al mundo con base en un patrono ideal. El pícaro se somete sin vergüenza al mundo del más fuerte, al que luego burla con su astucia, no tiene sentido trágico del destino personal o colectivo y disuelve sus propias contradicciones en el chiste y el humor. Manifiesta una falta de obediencia a la vez que obvia la ley, pero al saltar la norma en lugar de transformarla se convierte en un factor conservador que mantiene el status quo y el orden... (2005)

Tradicionalmente, se ha tenido al indio como taimado, al parecer, así solía defenderse de los mandatos abusivos del conquistador, acata callado pero sin obedecer el mandato. Palacios (2000) señala que:

Hacerse el loco, recostar la carga o soltarla, tres formas muy venezolanas de dejar pasar las cosas. De que las cosas no “nos” pasen, sino que ocurran siempre afuera, cargando la atmosfera para que sea la situación o el País quién cargue con todo.... (p.99).

La sagacidad de Tío Conejo no conoce límites, todo es cuestión de entrar por la ventana si te cierran las puertas. Moreno Olmedo (2007) comenta:

...Cuando no puede negociar, entonces aplica la viveza y así evita la confrontación directa... Desde el marullero “pasar agachado” ó “echar carro” o la directa ruptura sin aviso y sin palabra. (p.86).

Como va viniendo vamos viendo. Para el pícaro, el ahora es el tiempo único, el existente, aquel que basta para vivir, mañana, no se sabe. “El resuelve, chamba, rebusque, billete” tiene la urgencia de la oportunidad que debe aprovechar ahora”. “aunque sea fallo,” “más vale pájaro en mano”.

Ante el hallazgo del tesoro defenderlo por todos los medios o huir con él. “El pícaro es un individuo desventurado y golpeado por la vida, que se mueve sólo en la sociedad, sin proyectos definidos, evadiendo responsabilidades y aprovechando cualquier oportunidad para vivir un presente” (Capriles, 1996: 135).

El pícaro llegó a ser en el siglo XVII un pseudo héroe popular, precisamente por esa actitud de desafío a lo que, hoy, denominamos el orden burgués, la organización capitalista, la economía del pícaro es, fundamentalmente, una economía de la aventura que no difiere en sustancia por los elementos de su magia y sorpresa que lo alimenta de la economía del conquistador (Picón Salas, 1978: 50).

Según Capriles (1996) quizás, esto último guarde relación con la actitud displicente del funcionario menor que ejerce su poder a través de la lentitud en su atención al público que hace una larga cola en la taquilla de la oficina o, tramita con extorsión, simples requisitos que la inercia burocrática convierte en obstáculos para que el usuario, sólo pueda superarlo a través de pagos extras. Esto se agrava cuando se trata de otorgamiento de crédito donde la cadena de extorsión se hace más larga, pero como es tan familiar la situación, nos preparamos para estos pagos extras, así, como también, para soportar las interminables colas.

También la imagen del pícaro se acerca al clientelismo político general o al electoral en particular cuando, los partidos disidentes se hallan amordazados o inhabilitados y el gobierno instrumenta, con los que le son fieles “el bozal de arepa” una forma de designar la sumisión a cambio de comida y otros beneficios.

“La buena mala suerte a veces decide la encrucijada”

El rostro religioso de este asunto es “poner en manos de Dios” aquello que se nos hace incomprensible o nebuloso como para tomar decisión. “mejor es lo que pasa” se oye a menudo.

El ingrediente del humor presente, sobre todo cuando se constela la imagen de vivo, que puede exasperarse hasta tornarse en burla, que se expresa normalmente en tecnimorfismo del lenguaje en especial para desvalorizar la apariencia o los rasgos de algún rival o de alguien que se considera ajeno a la comunidad, o a sus intereses.

El héroe y el pícaro son elementos importantes en la compleja dinámica de la delincuencia. El respeto por la vida y la propiedad ajena no tiene para ellos sentido alguno. No vale un par de zapatos.

La madre, no obstante, aún en un ambiente carenciado en lo material está pendiente de cada uno de los componentes de la familia, para ella, lo afectivo es otra cosa. Esta gran madre lo provee y es lo que permite “el tejido primigenio, la urdimbre que sustenta la trama” Moreno (2005). Esto facilita el machismo del cual la mujer es

coautora por motivos pragmáticos como la exclusividad relacional con el hijo, evitar la homosexualidad y el incesto biológico. El abandono paterno suele desembocar recargando al hijo de sensación de indeseable soledad que remite, muchas veces a la destructividad material y espiritual. Esta satanización de la figura paterna en la sociedad venezolana, quizás, contribuya a explicar el éxito que, bien por esa picardía acomodaticia o, por estricta supervivencia, alcanzan, entre nosotros, los líderes carismáticos, populistas, vestidos de justicieros que en la imaginación de las masas, viene a sustituir al padre ausente.

Con la dispersión sexual del padre se inicia el abandono del hijo que, a veces, no sabe de su verdadero parentesco, lo que al final confluye en una disgregación psíquica, obstáculo para encontrar esa voluntad titánica en las grandes transformaciones y contingencias en la vida nacional.

Hay diferencias entre identidad y alma nacional, la primera apunta a algo colectivo, alma en cambio, sugiere algo preocupación más flexible y profunda. Con el alma nacional se entra en la geografía de la psicología profunda, la urdimbre o inconsciente colectivo.

Para Moreno (ob.cit.), la modernidad es poder opresor y, por tanto, fuente de desigualdad. Con lo que coincide con los teóricos de la postmodernidad, no sólo con respecto a esa praxis civilizatoria globalizadora sino a las ciencias en general y en particular sus productos culturales y académicos.

Parece haber en esas críticas vestigios de la lucha de clases, cuando enfrenta tan radicalmente, el mundo- de vida- popular con la sociedad moderna. Una de las insignias más notorias de la modernidad en el sentido de que condensa el polo irreductible de la libertad la igualdad y la fraternidad, las viejas utopías de la emancipación, aunque más cerca de la ideología de la liberación. “Desde mi vocación como venezolano y psicoterapeuta, percibo un desierto existencial y teórico lleno de espejismos...” (Moreno p.58)

Nuestros antepasados necesitaban contar los cuentos de hadas y los mitos, nosotros los interpretamos hoy... Tiene un efecto vivificante la interpretación psicológica, es la forma moderna de contar historias, ya que seguimos necesitándolas igual que antes y seguimos aspirando a la renovación que comporta la comprensión de las imágenes, de los arquetipos... sabemos que la interpretación es simplemente nuestro mito. La hermenéutica es una forma interpretativa psicológica... Como caminantes o errantes, podemos tornarnos en pícaros o vivos. Y, debemos tener plena conciencia de ello... Agrega refiriéndose a la inclinación novelesca de muchas de nuestras interpretaciones históricas.

Hace, también, un llamado de reflexión que nos permita salir de nuestro laberinto como pueblo.... La invitación al reconocimiento de rasgos del alma nacional que pueden potenciarse para no seguir puliendo espejos ideológicos, espejismos, sin vernos tal cual somos en los espacios interiores o exteriores donde la consciencia puede re- posar es decir, volver a posarse, como en la vista de un espejo que permite la concentración que premia con la paz del espíritu.

En cuanto a la solidaridad familiar o comunitaria considera que ésta no tiene por qué verse amenazada con la individuación... La historia no consiste en el panegírico de los superhombres, sino en su lectura desde la cotidianidad familiar, en el re- poso de lo materno, aún, con las emociones o pasiones que surgen en nuestras discusiones. Tal vez el futuro deje de ser una ilusión más en el desierto de la arengas y personificaciones para tornarse en la posibilidad de nuevas acciones individuales para hacerlas colectivas con el con-sentimiento

“Quizás de esta forma, los venezolanos, no estaremos condenados a cien años de soledad, ni sea nuestro destino el amar, sufrir o esperar”.

Aprovechando esta alusión a la cotidianidad, nos permitimos transcribir parte de la reflexión, recientemente, publicada por un conocido actor y cineasta venezolano, Miguel Ángel Landa:

Lo confieso: no tengo idea en donde estoy ni para donde voy. Las que fueron mis referencias para ubicarme en Venezuela han desaparecido. Es como volar en la niebla sin radio y sin instrumentos. Nací y crecí en Caracas pero ya no soy caraqueño: no me encuentro a mí mismo en este lugar convertido hoy en relleno sanitario y manicomio, poblado por sujetos extraños, impredecibles, sin taxonomía.

A lo largo de mi vida recorrí casi todo el país, lo sentí, lo incorporé a mí ser, me hice parte de él. Hoy no lo reconozco, no lo encuentro. El extranjero soy yo. Ocho generaciones de antepasados venezolanos no me ayudan a sentirme en casa. Nos cambiaron la comida, los olores de nuestra tierra, los recuerdos, los sonidos, las costumbres sociales, los nombres de las cosas, los horarios, nuestras palabras, nuestras caras y expresiones, nuestros chistes, nuestra forma de vivir el amor, los negocios, la parranda, o la amistad. Forzosamente nuestro cerebro y nuestro metabolismo se fueron al carajo, ese ignoto lugar carente de coordenadas.

La reflexión se hace más angustiosa cuando expresa:

Hoy somos zombis, ajenos a todo, letras sin libros, biografías de nadie. Nos quedamos sin identidad y sin pertenencia. Una forma muy ocurrente de expatriarte: en lugar de botarte a ti del país, botaron al país y te dejaron a ti. Hoy Venezuela agoniza en algún exilio, pero no en un exilio geográfico. No, Venezuela se extingue aceleradamente en un exilio de antimateria, sin tiempo ni espacio. Cualquiera sea el intersticio cuántico en donde se desvanece Venezuela, no podremos llegar a él.

El país desapareció de la memoria de las cosas universales; no existen unidades o instrumentos capaces de medir su extraña ausencia. No hay un cadáver que sepultar, ni sombra, huella, o testamento que atestigüen una muerte. Todo se perdió en un críptico agujero negro. Más que una muerte esto ha sido una dislocación en el espacio-tiempo.

Pronto se dirá: “¿Venezuela? Venezuela nunca existió.” Se me ocurre que en ausencia de muerte formal procede ausencia de llanto. Aquí no habrá velorio. La cosa no merece ni un palito de ron. Los pocos dolientes potenciales que pudieran darse, se irán poco a poco al mismo no-lugar en donde el país se escurrió para desvanecerse para siempre...

De las entrañas de esta angustia surge la temida interrogante ¿Qué somos?

## CAPÍTULO IV

### BIENVENIDA GLOBALIZACIÓN ... O... ACELERADO PROCESO DE DESARRAIGO.

¿No es el mejor y más sereno símbolo de la vida intelectual de un país ese dialogo, ese cuestionario a veces angustiado, a veces caviloso, con que cada generación quiere aprender e interrogar a los que le precedieron?

Alemán (2001), señala:

Venezuela es una nación delimitada, espacialmente, por unas medidas físicas. Al norte, al sur al este al oeste. Un espacio que contiene el mar, la selva, el llano, la montaña... También en los registros oficiales están contenidos, aquí y en el mundo, quienes son y quienes no son venezolanos. Este país tiene un nombre al que nos hemos acostumbrado: en el concurso de los países, este se llama Venezuela, también tiene una cédula, un pasaporte, un himno, una bandera y un asiento en la Organización de Naciones Unidas... Hay pues datos empíricos para argumentar que Venezuela existe... Pero ¿Y los Venezolanos? ¿De qué manera construyen o no la venezolanidad los venezolanos?, ¿Existen los venezolanos, así como existe Venezuela? ¿Elaboran, tejen, diseñan, dibujan, una ó, múltiple identidad simbólica, estética, religiosa, perspectiva de sí mismos, de su pasado de sus apetencias y disgustos? ¿Existe una idiosincrasia Venezolana? ¿Cómo se relaciona simbólica y sentimentalmente el venezolano con Venezuela?

¿Qué somos? ¿Quiénes somos? ¿Cómo somos? La identidad y la historia rinden cuenta de cómo los pueblos se autodenominan y se perciben en relación con sus congéneres y vecinos, aliados o enemigos.

Durante los años sesenta del siglo XX el interés por la temática asociada a la discusión política sobre cultura popular y cultura de resistencia, incentivó a

investigadores como Michele Ascencio y Esteban Emilio Mosonyi, quienes defendieron la categoría de identidad cultural, bien militando en organizaciones destinadas a rescatar y revalorizar la presencia de grupos étnicos, así como las culturas afrovenezolanas.

Omar Rodríguez, desde su cátedra de Antropología venezolana participó activamente en el debate donde se fusionan identidad cultural y reivindicación sociopolítica. En esa época hablar de identidad cultural se tornaba en “debate político”. Este pasaje de lo político a lo cultural y de lo cultural a lo político, es parte de la dialéctica histórica de los pueblos colonizados. La identidad de los pueblos sometidos, está muy lejos de ser neutra. Hablar del indio y del negro, nos lleva instantáneamente a la toma de posición. Allí nadie permanece indiferente (Rivas-Rivas en Mosonyi, 1982:8)

Sin embargo hoy, la discusión no es la misma, han cambiado tanto el contexto histórico como los conceptos y categorías, notándose un vacío al respecto en el mundo intelectual venezolano, lo que no pasa en otros países latinoamericanos donde, investigadores de distintas áreas como sociología, historia, arte, comunicación social, siguen hablando sobre crítica cultural y crítica política de cultura. Entre esos investigadores Martin Barbero, y antes Monsivais, expresaron, “el poder trama el quehacer cultural en América Latina”.

Se nota, una resemantización de los conceptos de cultura y política y la posibilidad de redefinir la propia categoría de identidad cultural. Se podría hablar de una hermenéutica de la identidad cultural, para referirnos al nuevo tipo de estudios propuestos como el acto mismo, en el que se concreta la producción de representaciones de identidad, no obstante, también en esto, lo político está presente.

Refundando el debate sobre identidad cultural, cabe primero preguntarnos ¿Quiénes somos? Nos ubicamos así, en el campo de la hermenéutica, en el territorio de lo simbólico y lo representacional.

Ante la pregunta ¿Quién soy? ¿Quiénes somos? La reflexión de Heidegger sobre la hermenéutica del ser, concluye que sólo el ser humano tiene la posibilidad de preguntar y preguntarse sobre sí mismo. Y es eso, lo que precisamente caracteriza su modo de ser. El ente humano, existe comprendiéndose. La comprensión del ser, es ella misma, una determinación del ser. (Heidegger 1998:35).

En otras palabras, se es, se existe, comprendiendo-se. “Pienso, luego existo”, En esa medida, la comprensión hace a la existencia misma, es decir, se existe en actitud comprensiva, en actitud hermenéutica por lo tanto, la más clara e indicativa manera de ser es preguntar-se por él mismo, sobre sí mismo. “El planteamiento de esta pregunta, como modo de ser de un ente, está determinado esencialmente, por aquello por lo que, él se pregunta por el ser” (Heidegger ob. cit., 30)

Entonces, si el existir supone ser, el ser es, estamos hablando de una situación de identidad y esta solo puede hallarse si buscamos en la comprensión de sí mismo, pues allí se estaría definiendo quien soy, quienes somos.

Si nos adherimos a esta idea de Heidegger para hablar de nuestra identidad cultural refundada, tendríamos que comenzar por buscar como los individuos se piensan a sí mismo, es decir, como se re-presentan.

Si el “ser” es en la existencia, ya no es cuando deja de existir, mientras tanto, si existe es, pero, y refiriéndonos al tema de la identidad, “rescatar” identidades, supuestamente perdidas, parece hasta ingenuo, pues nadie existe, y nadie es sin identidad. Entonces, pensar-se, representar-se, constituye el punto de partida para la construcción de identidades. Hablamos de la hermenéutica de la identidad en cuanto forma de existir.

Si el existir se funda en el comprender, se deduce que la hermenéutica no es solo una herramienta que nos permite examinar la producción de representaciones de identidad cultural pues, esa misma producción, es ya un acto hermenéutico.

Esa actuación de pensar-se debe ser ubicada, pues no ocurre en un vacío de significaciones. El preguntar por la identidad, sale y se responde desde un horizonte semiótico que podemos llamar cultura.

Así, el sentido de las representaciones de identidad que llegan a producirse en una comunidad, viene determinado por un universo simbólico llamado cultura. Como se ha formulado desde allí, la pregunta sobre el ser y como ella sea respondido ello es, un asunto, entonces, estrictamente cultural. Esto es así, porque así ocurre el proceso de la comprensión de sí mismo, desde el horizonte de sentido que es anterior a nosotros mismos, al cual pertenecemos y que otros autores han definido con diferentes términos, Dilthey, por ejemplo lo llama vivencia, Husserl el mundo social de la vida, Heidegger pre-comprensión y Gadamer tradición.

Todos ellos se refieren a un pre-conocimiento, a un remanente de sentido que no se elimina, ni desaparece aunque nos formemos como científicos, investigadores, ilustradores, siempre pertenecemos a otro saber.

Ese pre-saber que convierte a la vida en estructura de significados puede llamarse cultura. Desentrañar su sentido, requiere también de una operación hermenéutica que nos permita ver cómo es que la cultura, en cuanto horizonte de significación, se apropia de los individuos hasta imponerles una forma en particular de pensarse a sí mismos. Así comenzamos a pensar la cultura, en cuanto a estructura semiótica pero también, ejerciendo funciones de poder y control.

No se trata solo de saber que, la historia nos determina, sino también entender como la conciencia, o no, que podamos tener de esa determinación, es igualmente un producto histórico. En esa medida no escapamos nunca de la historia.

Nuestra tradición histórica, si bien es convertida en todas sus formas en objeto de investigación, habla también de lleno desde su propia verdad. La experiencia de la tradición histórica, va fundamentalmente más allá, de lo que en ella es investigable.

Ella no es solo verdad o no verdad en el sentido en el que decide la crítica histórica, ella proporciona siempre una verdad en la que hay que participar. (Gadamer 1977:28)

Según Max Weber, el hombre es un animal inserto en tramas de significación que el mismo ha tejido, la cultura es esa urdimbre y su análisis no debe ser una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Esta opinión se asemeja a la de tradición histórica expuesta por Gadamer, la cual va más allá de lo tradicionalmente historiográfico, con su secuencia de hechos y acontecimientos.

“En realidad no es la historia la que nos pertenece, sino que somos nosotros los que pertenecemos a ella”. Mucho antes de que nos comprendamos a nosotros mismos, en la reflexión, nos estamos comprendiendo ya de una manera autoevidente en la familia, la sociedad y el estado en que vivimos (Gadamer, ob. cit., 148).

Lo consagrado por la tradición y por el pasado, posee una autoridad que se ha hecho anónima, y en nuestro ser histórico y finito, esta determinación por el hecho de que la autoridad de lo transmitido, y no solo lo que se acepte razonadamente tiene poder sobre nuestra acción y nuestro comportamiento. (Gadamer, ob. cit., 308).

Toda tradición debe encarnar autoridad y no supone imposición física o violenta de la autoridad, del poder, sino que más bien tiene una actuación semiótica sobre los individuos, uno de los mayores éxitos es lograr que se construyan unas representaciones de sí mismos ajustados al sentido de la tradición.

También Gadamer, como Heidegger, considera a la comprensión como el modo de ser del ser humano, pero le agrega el concepto de “historia efectual” vale decir, la apropiación semiótica que ejerce la historia a través del proceso de la comprensión.

El proceso de comprensión de los fenómenos históricos, está sujeto a esa situación de pertenencia a la historia, es comprensible pensar que, en la comprensión de sí mismo, fuera del ámbito científico ocurra lo mismo.

La forma como opera la historia, la historia hecha ya tradición, en el proceso de comprensión de sí mismo, en cuanto configuración de sentido, se define como historia efectual, lo cual significa que la tradición, le asigna sentido a las representaciones sobre el sí mismo y que esto no solo suele permanecer oculto en la conciencia de los individuos, sino que también el hecho de construir un tipo determinado de representaciones de identidad cultural, cualquiera sea, es cosa de la tradición y no la escogencia personal o colectiva.

La modernidad opera como historia efectual, des-valorizando el sentido de la propia mismicidad. También opera con éxito en el olvido de nuestro pasado colonial, en esa falta de reconocimiento de nuestra ancestralidad africana, dándole contenidos de significación suficientes, para que muchos individuos se precisen a sí mismos, sin entrar en contradicción en la tradición.

Pienso que tal vez el verdadero alcance de la cultura radica, precisamente, en no cuestionarla, quizá sólo en el encuentro con nuestras tradiciones, proceso nunca inocente donde se apuesta al poder y al control, hasta la confirmación de vencedores y vencidos, es cuando surgen los cuestionamientos. El mayor éxito de una tradición será, la victoria a nivel simbólico, esa que, se conquista sin violencia física y que puede medirse, por lo tanto como historia efectual. Altez (1996)

En Venezuela, algunas veces, se trata el tema de la identidad nacional asumiendo peligro y miedo tanto a las exclusiones como a los chauvinismos. Origen de todo fascismo, nazismo, racismo, segregación, totalitarismo, uniformidad a la fuerza. Miedo a las limpiezas de sangre, a la guerra. Eso por un lado, en el otro extremo la globalización. Tabula rasa, manipulación política, cultura para la eliminación de las diferencias. Quizás ellos sea una nueva forma de totalitarismo y aniquilamiento. Los dos extremos llegan a cero.

Para acercarnos a la comprensión de todo esto, habría que partir del análisis desde la identidad homogenizante latinoamericana, hasta la discusión y reflexión de los diversos y múltiples factores que la han ido transformando entre ellos,

migraciones, cruce de tiempos históricos, plurilingüismo, hibridaciones, recombinación de memorias de saberes, “Un ecosistema comunicativo”, conformado y modelado por el mercado cultural, el consumo, la publicidad, las nuevas tecnologías y redes comunicativas, redefiniendo así una nueva manera de vivir en el mundo, precaria, plural, contradictoria, desterritorializada en constante dinamismo.

Todo ello, obliga a emprender un viaje en busca de aquella identidad, la cual comienza con la visión de sí misma y la mirada de otros. Identidad, que se desplaza donde aquella Venezuela básicamente rural, de relaciones y modos sociales marcados por lo familiar e íntimo, realidad esta que se desmorona arrasada por los vientos urbanos. La casa puede constituir, la metáfora para simbolizar esa manera de ser propia, que no se opone a los embates de progreso y la modernidad, mientras que las partículas en un haz de luz, nos da idea del constante movimiento, destrucción y transformación del universo que convenga en la despersonalización que hoy caracteriza el proceso de globalización. Despersonalización ésta, que nos empuja a dar respuesta a esos espacios vacíos y a crear un lugar íntimo, secreto, que nos dé significado y sentido como personas, deslastrándonos de informaciones paralizantes y admitiendo nuestra diversidad desde un espacio concreto, la aldea, para desde allí, dar cabida a nuestras imaginaciones y así formar parte de la gran comarca del mundo...

Partiendo de la perspectiva físico-espacial, la construcción de una identidad venezolana explicita las ventajas de una situación geográfica privilegiada y de una zona tropical. Mientras que, los efectos de la explotación y riqueza petrolera y el populatismo político que han desembocado en el crecimiento de los grandes ciudades, sin canalizaciones, donde confluyen en un caos deshumanizador, las torres de concreto y las viviendas improvisadas (ranchos) que dan origen a aglomeraciones de seres, a una subcultura o cultura de la pobreza, que problematiza e imposibilita un equilibrio y desarrollo social. Un buceo en las emociones y sentido de la vergüenza, que nos hace denigrar de la riqueza petrolera, en vez de aprehenderla como parte de la heterogeneidad.

El escritor Miliani (2001), denuncia la carencia de conciencia histórica por desconocimiento y mala memoria colectiva. Nos dibuja una Venezuela sumergida en una crisis de valores, en una regresión del proceso educativo. Más dada a improvisar que a pesar, sin un proyecto nacional coherente, que permita enfrentar la globalización que se ha entendido mal. Las dudas y escepticismo persisten en un discurrir sobre lo que pueden hacer los actuales protagonistas de la historia. Simón Alberto Consalvi, por su parte, hace una revisión del proceso histórico venezolano desde sus inicios; La Colonia y su pobreza, el siglo XIX convulsionado por guerras. El siglo XX retratado con la marca del petróleo, en el cual persisten, las desigualdades sociales, y el fin del siglo, caracterizado por la insuficiencia de los recursos petroleros, pone a prueba la identidad del venezolano frente a la globalización. Todo lo cual explica la importancia de la revisión histórica para enfrentar la aventura del futuro.

Por su parte, Brito García (2001), habla de la ciencia positivista y una ficción en la configuración de una imagen negativa del venezolano: una visión, que él llama, estereotipada, producto del credo racista sostenido a lo largo de milenio de existencia venezolana.

Caballero (1998), abre la reflexión con la afirmación de que la conciencia nacional es, ante todo, conciencia histórica. El idioma, la cultura y la religión hispánicas, el conocimiento del espacio geográfico, las opciones políticas, crean los límites de esa conciencia nacional. Conciencia que, como toda creación histórica sufre modificación en el tiempo.

Mientras Cartay (1998), establece las nociones de Nación, Patria y Estado, para definir el papel que ha jugado el símbolo patrio como soporte de la identidad nacional, a partir del proyecto de nación de Guzmán Blanco. Al rechazo de todo lo venezolano en una etapa de la vida venezolana, lo sustituye la utilización del símbolo patrio, en función de intereses políticos que lo han despojado de su verdadera condición, vaciado de sentido y prostituido en la vacuidad de la forma.

Entretanto Briceño León (2001), afirma la necesidad de una reconstrucción de la identidad volcada hacia el futuro en el contexto de un proceso modernizador de la sociedad, dada las dificultades de forjarla con una mirada solo hacia el pasado.

Martin Barbero (1998), plantea la identidad como una construcción que se relata, lo cual apunta a la crisis de las mono identidades y la emergencia de las multiculturalidades, que desbordan tanto lo étnico, como lo nacional. La globalización económica y tecnológica, disminuye la importancia de lo territorial devaluando los referentes tradicionales de la identidad, contradictoria y complementariamente las culturas locales y regionales se revalorizan exigiendo cada día una mejor autodeterminación, que es derecho a contar en las decisiones económicas y políticas y a crear sus propias imágenes. La multiculturalidad, se hará entonces visible en la configuración de unas sociedades, que si de un lado evidencian la remodelación de las costumbres y los consumos, siguiendo patrones de comportamientos transnacionales, de otro, muestran de modo palpable que los diferentes grupos que los conforman, conservan rasgos de la heterogeneidad regional con lo que se explicita su negación a dejarse disolver por la globalización o globalidad. Hay un malestar en lo nacional, pues las dinámicas de la economía y la cultura mundial movilizan, no solo la heterogeneidad de los grupos y su readecuación a las presiones de lo global, sino la coexistencia de códigos muy diversos al interior de un mismo grupo, conmocionando la experiencia que, hasta ahora, teníamos de identidad si lo que constituye la fuerza del desarrollo, es la capacidad de las sociedades de actuar sobre sí mismas y de modificar el curso de los acontecimientos y los procesos, hoy resulta imposible enfrentar los retos de la globalización, sin potenciar los diversos sustratos culturales de cada país. Pues, la forma globalizada que hoy asume la modernización, choca y exagera las identidades generando tendencias fundamentalistas y sectarias, frente a las cuales es necesario actuar, introduciendo como ingredientes claves del desarrollo, la formación de una conciencia de identidad cultural. No estática ni dogmática, sino que, asuma su continua transformación y su historicidad, como parte de la construcción de una modernidad sustantiva, que no se reduzca a procesos de nacionalidad instrumental,

eficacia productiva y unificación por la sola vía del consumo. Solo una visión profundamente crítica de la modernización desarrollista que ha significado en nuestros países una oposición excluyente entre tradición y progreso, podrá hacerse cargo de la tarea decisiva que pasa por educar, en una nueva concepción de la cultura, de la que haga parte el conocimiento científico y la mediación tecnológica y en una concepción de modernidad que supere su identificación con la nacionalidad puramente instrumental a la vez que valore, su impulso de universalidad como contrapeso a los particularismos culturales.

Hasta hace no muchos años, el mapa cultural de nuestros países, era el de miles de comunidades culturalmente homogéneas, fuertemente homogéneas, pero aisladas, y dispersas, casi incomunicadas entre sí y muy débilmente vinculadas a la nación. Hoy el mapa es otro; América latina vive un desplazamiento del peso poblacional, del campo a la ciudad, que no es meramente cuantitativo, sino indicio de la aparición de una trama cultural urbana heterogénea, esto es, formada por una densa multiculturalidad, que es heterogeneidad de formas de vivir y de pensar, de estructuras del sentir y del narrar, pero muy fuertemente comunicada. Se trata de una multiculturalidad que desafía nuestras nociones de cultura, de nación y de ciudad, con marcos de referencia y comprensión, forjados sobre la base de identidades nítidas, de arraigos fuertes y deslindes claros. Pues, nuestras ciudades son hoy, el ambiguo y opaco escenario de algo no representable ni, desde la diferencia excluyente y excluida de lo étnico-autóctono, ni desde la inclusión uniformante y disolvente de lo moderno. Estamos, ante cambio de fondo en “los modos de estar juntos”, esto es de experimentar de la pertenencia al territorio y de vivir la identidad.

En cuanto a Latinoamérica, hay una larga experiencia de inversión de sentido, mediante la cual, la identidad nacional es puesta al servicio del chauvinismo de un Estado que en lugar de articular las diferencias culturales, lo que ha hecho es subordinarlas al centralismo desintegrándolas. Pues, hasta hace bien poco, la idea de lo nacional era incompatible, tanto para la derecha, como para la izquierda, con la diferencia de que el pueblo era uno e indivisible, la sociedad un sujeto sin texturas ni

articulaciones internas y el debate político cultural se centraba entre esencias nacionales e identidades de clases.

Es esa equivalencia, entre identidad y nación, lo que la multiculturalidad de la sociedad actual latinoamericana hace estallar. Pues, de un lado, la globalización disminuye el peso de los territorios y los acontecimientos fundadores que telurizaban y esencializaban lo nacional, y de otro, la revalorización de lo local redefine la idea misma de nación. Mirada desde la cultura- mundo, lo nacional, aparece provinciano y cargado de lastres estatistas y paternalistas. Vista desde la diversidad de las culturas locales, la nacional, equivale a homogeneización centralista y acartonamiento oficialista. La identidad entonces, no puede seguir siendo pensada como expresión de una sola cultura homogénea, perfectamente distinguible y coherente. En monolingüismo y la uniterritorialidad, que la primera modernización reasumió de la colonia, escondieron la densa multiculturalidad de la que está hecho lo latinoamericano y lo arbitrario de las demarcaciones que trazaron las fronteras de lo nacional. Hoy, nuestras identidades incluidas la de los indígenas, son cada día más multilingüísticas y transterritoriales. Y, se constituyen, no solo de las diferencias entre culturas desarrolladas separadamente, sino mediante las desiguales apropiaciones y combinaciones que, los diversos grupos hacen de elementos de distintas sociedades y de las suyas propias.

Lo que nos devuelve a la multiculturalidad de la ciudad, es que en ella, mucho más que en el Estado, se originan las nuevas identidades hechas de imagerías nacionales, tradiciones locales y flujos de información transnacionales y, donde se configuran nuevos modos de representación y participación política, es decir, nuevas modalidades de ciudadanía. Pues, las fronteras entre posiciones hoy, no son solo borrosas sino móviles, trasladándose de uno a otro campo, desplazándose el sentido de las identidades culturales, etnia, razas, géneros, tanto como el de las ideologías políticas, confundiéndolas y traspasándolas.

Lo cual, no debe alegrar por la desaparición de fronteras y el surgimiento de una comunidad universal, ni en la liberación de la diferencia que son claves del tejido societario y de las formas elementales de la convivencia social, pues ya existe una

esfera pública internacional que moviliza forma de ciudadanía mundial, de ellas son muchas las organizaciones internacionales de defensa de los derechos humanos y las ONGS que, desde cada país, median entre lo internacional y lo local. Sin embargo, también está ahí, la otra cara de la moneda, la presencia de los fundamentalismos que, vestidos de políticas modernizadoras de las economías o de derechos laborales de los nativos frente a los emigrantes, refuerzan la exclusión social y cultural, sin olvidar las perversiones de los excluidos; comunidades y minorías que se atrincheran en una perversa reconversión del racismo. Es preciso, entonces reasumir el desafío, planteado por la complejidad de las imbricaciones entre fronteras y mediaciones que secretamente enlazan las figuras y los movimientos de la identidad lo que nos lleva a preguntarnos ¿desde cuándo, la identidad cuando sus referentes y significados, sus territorios y discursos, tienen la frágil textura de un palimpsesto, ese texto en que un pasado borrado emerge tenazmente, aunque borroso, en las entrelineas que escriben el presente?

América latina, ha dejado de significar la búsqueda de aquella autenticidad en que se conserva una forma de ser en su pureza original, para convertirse en la indagación del modo desviado y descentrado de nuestra inclusión en, y nuestra apropiación de la modernidad. Fuertemente cargada aun, de componentes pre modernos, la modernidad se hace experiencia colectiva de las mayorías latinoamericanas merced a dislocaciones sociales y perceptivas de cuño claramente postmoderno, efectuando fuertes desplazamientos sobre los comportamientos y exclusiones que la modernidad instituyó durante más de un siglo, es generando hibridaciones entre lo culto y lo popular y ambos con lo masivo, entre lo autóctono y lo extranjero, entre lo vanguardista y lo tradicional.

Un vuelo rápido sobre los principales cambios en el mapa cultural de nuestros países, ubicaría estos en tres planos: en los modos de percibir la identidad y de narrar la memoria nacional, en las culturas tradicionales y en las culturas urbanas. En lo primero están las transformaciones de una identidad nacional, hoy doblemente desubicada: de un lado, por el movimiento de globalización que producen la economía y la cultura mundo, y del otro por la revalorización de las culturas

regionales y locales. Quizás, otro rasgo característico de la crisis que atraviesa lo nacional, sea el hecho de que en esa crisis se plantea la revaloración o revalorización de lo local para desde allí, contrarrestar los procesos de globalización, a lo cual se añade la desagregación de la hasta ahora, unificada historia nacional, ante el surgimiento de movimientos sur culturales étnicos, raciales, regionales, de género, que reclaman el derecho a sus propias memorias y a la construcción de sus propias imágenes. Estamos así, ante un desgarramiento de lo nacional que responde a la emergencia de la multiplicidad de actores y voces, hasta ahora, desconocidas o acalladas por el relato de la historia oficial. No hay una sola manera de ser colombiano o venezolano. No le echemos la culpa solo a la televisión y al rock en cuanto a que, los adolescentes y jóvenes de hoy no vibren con lo nacional, se debe tener conciencia de la incapacidad del sistema escolar para conectarse con la sensibilidad de los más jóvenes y narrar una historia distinta a la oficial, una historia plural.

En lo que se refiere a las culturas tradicionales, campesinos, indígenas y negros, estamos ante una reconfiguración profunda de esas culturas por su puesta en comunicación, integración e hibridación con otras culturas del país y del mundo. Pero a su vez, esas culturas tradicionales, cobran hoy una vigencia estratégica en la medida en que nos ayudan a enfrentar el trasplante puramente mecánico de otras culturas del mundo, a la vez que, en su diversidad, ellas representan un reto fundamental a la pretendida universalidad deshistorizada de la modernización y su presión homogenizadora.

Al hablar de las nuevas culturas urbanas, estamos nombrando las nuevas formas de estar juntos, ello nos permite entender, como, en medio de los desgarramientos que viven los países, el beisbol, el futbol, o la telenovela, pueden llegar a ser una de las pocas maneras en la que nos sentimos juntos. El estallido de lo nacional adquiere su mayor visibilidad en las descentralizadas ciudades que hoy habitamos. Pues, esos cambios responden a unos procesos de urbanización salvajemente acelerados y estrechamente ligados con lo imaginario de una

modernidad identificada con la velocidad de los tráficos y con la fragmentariedad de los lenguajes de la información.

Una de las expresiones más fuertes y desconcertantes de la ciudad actual es, el surgimiento de culturas des-territorializadas, especialmente entre las generaciones más jóvenes, quienes son distantes de culturas que no son colombianas, ni anti venezolanas o anticolombianas, sino de culturas densamente mestizas hechas con pedazos y restos de las culturas locales y de las de muchos partes del mundo, esas culturas remiten a nuevas sensibilidades que resultan del cruce entre la hegemonía del movimiento globalizado y las fuertes pulsiones de reterritorialización de la vida cotidiana. También la conformación de un ecosistema comunicativo, configurado por nuevos lenguajes y saberes, por nuevos modos de aprendizajes y nuevos campos de experiencia, hibridaciones de la ciencia y el arte, del trabajo y el juego, de las literaturas escritas y orales que están produciendo los medios y tecnologías audiovisuales especialmente el computador .

En la manera como, hasta hoy, se aferra al libro, la escuela desconoce todo lo que de cultura se produce y circula por el mundo de la imagen y de la cultura oral; dos mundos que viven justamente de la hibridación y el mestizaje, de la revoltura de memorias territoriales con imaginarios des-localizados. Sociedad multicultural significa que, en nuestros países no solo la diversidad configurada por las diferencias étnicas raciales o de género, significa también aceptar, que en nuestras sociedades conviven hoy, “indígenas” de la cultura letrada con indígenas de la cultura oral, y de la audiovisual, estas tres culturas configuran muy diferentes modos de ver y de oír, de pensar y de sentir, de sufrir y de gozar. Al reivindicar la existencia de la cultura oral y audiovisual, no se desconoce la existencia de la cultura letrada, pero si, la pretensión de ser la única cultura digna de ese nombre y el eje cultural de nuestra sociedad. El libro, es y seguirá siendo, la clave de la primera alfabetización, la cual no debe encerrarse sino constituirse en base para la segunda alfabetización que nos abre a las múltiples escrituras que, hoy, conforman el mundo de lo audiovisual y de la informática, pues, estamos ante un cambio en los protocolos y procesos de lectura, lo cual no significa la sustitución de un modelo de leer por otro, sino por la articulación

de uno y de otro. Todo esto exige la construcción de ciudadanos que hoy sepan leer tanto periódico y libros como noticieros de televisión, videos clips e hipertextos.

En tal sentido, Touraine (1971), nos habla de dos tipos de cambios. El primero, los trastornos en la imagen mental del mundo que habitamos y de las coordenadas mismas de la percepción de espacio y del tiempo, es decir, una nueva manera de estar en el mundo pues, el globo ha dejado de ser una figura astronómica, para adquirir plenamente significación histórica. “Donde el conocimiento acumulado sobre lo nacional responde a un paradigma, que no puede ya “dar cuenta, ni histórica ni teóricamente de toda la realidad en la que se insertan hoy, individuos y clases, naciones y nacionalidades, culturas y civilizaciones.

La primera imagen que tuvimos del mundo desde el espacio, tanto de aquel donde navegan satélites y astronautas, como del otro que aceleró nuestra percepción del tiempo, también aceleró una percepción referida a la globalización, nos hizo ver el mundo como la condenación de territorios, con sus tensiones e hibridaciones que atraviesan las relaciones entre lo territorial y lo global del lugar y del mundo, de la calle y la televisión. Más lentos que la economía o la tecnología, los imaginarios colectivos arrastran, conservan huellas del lugar, que intensifican las contradicciones entre viejos hábitos perceptivos y nuevas destrezas técnicas, entre ritmos locales y velocidades globales. Pero es a través de las redes, que el mundo aparece por primera vez como totalidad empírica, “pues el proceso global de producción, la circulación prevalece sobre la producción propiamente dicha y hasta el patrón geográfico es definido por la circulación, ya que esta es más densa, más extensa, y detenta al comando de los cambios de valor del espacio. Lo que las redes ponen en circulación son a la vez flujos de información y movimientos de integración a la globalidad tecnológica, tecnoeconómica, la producción de un nuevo espacio que debilita las fronteras de lo nacional y lo local al mismo tiempo que convierte esos territorios en puertas de acero y transmisión en los que se transforma el sentido de comunicar.

En lo que se refiere al tiempo, este aparece como elemento determinante de cambios cuando la modernidad introduce el valor tiempo, tanto en la aceleración del ritmo de los procesos económicos, como en el de la innovación técnica y estética,

poniendo en marcha una contradicción central: la aceleración de la movilidad como también la propia obsolescencia de lo nuevo. La comprensión tiempo-espacio, que acelera el ritmo de la vida, a la vez que tiende a borrar linderos y barreras espaciales, se hace más ostensible hoy en una contemporaneidad que confunde los tiempos y los aplasta sobre la simultaneidad de lo actual. La aceleración del tiempo transforma la percepción del espacio, el cual deja de estar constituido por territorios y fronteras.

Según Virilio (2003), asistimos a “la aparición de un tiempo mundial susceptible de eliminar la referencia al tiempo local de la geografía y de la historia” sin embargo, aun Virilio asume que romper toda dependencia local, nos deja la indispensable perspectiva temporal, es lo que estamos experimentando aun atravesando por las redes de lo global, el territorio local sigue estando tejido por los parentescos y las vecindades e introduciendo ruido en las redes, distorsiones en el discurso global a través de las cuales emergen las palabras de otros, de muchos otros, la palabra del comandante Marcos desde la selva por ejemplo, sacudiendo el uso que de la red hacen multitud de minorías y comunidades marginadas o grupos anárquicos.

Harvey (1989), en su obra “La experiencia del espacio y el tiempo”, ha reconstruido las etapas que siguen el estrechamiento de los lazos entre la comprensión del tiempo-espacio y las lógicas del desarrollo del capitalismo. Habla de la línea de montaje de Ford, primera aparición del dispositivo de fragmentación al servicio de la aprehensión globalizada de la producción en serie. También el arte y la literatura que con Picasso, Braque, Jorce, incorporarán muy pronto la fragmentación del espacio y del relato, abandonando tanto el espacio plano de la pintura, como la narración lineal, el resultado de ese entrelazamiento de lógicas va a ser un proyecto de espacio nuevo, que rompiendo por primera vez con nacionalismos y localismos proclama el modernismo estético, como una dimensión del internacionalismo revolucionario. Sin embargo, será en la década de los 70 cuando el sentido de la espacialidad sufre cambios de fondo, determinados por las nuevas condiciones del capitalismo “las condiciones de una acumulación flexible” hechas posibles por las nuevas tecnologías productivas y las nuevas formas organizacionales conducentes a la descentralización, desintegración vertical de la organización del trabajo, multiplicación de las redes,

subcontratación, multiplicación de los lugares de ensamblaje y una creciente centralización financiera. (Harvey, 1989).

Por otra parte, los mercados de masas, que introducen nuevos estilos de vida aparentemente democratizadores, pero cuyos productos son la más clara expresión del proceso de racionalización del consumo, pues aceleran la obsolescencia no solo de los productos, sino también de los estilos de vida y de moda y hasta las ideas y los valores, “lo que preocupa hasta ahora al capitalismo, en forma predominante es la producción de signos y de imágenes” (Harvey, 1989).

La competencia en el mercado se centra en la construcción de imágenes, lo que pasa a ser tan o más importante que el de la inversión en nueva maquinaria. Las reconstrucciones del espacio adquieren una profunda significación social “la paradoja de que, cuanto menos decisivas se tornan las barreras espaciales, tanto mayor es la sensibilidad del capital hacia las diferencias del lugar y tanto mayor el incentivo para que los lugares se esfuercen por diferenciarse como forma de atraer el capital”. La identidad local es así conducida a convertirse en una representación de la diferencia que la haga comercializable, esto es, “sometida al torbellino de los collages e hibridaciones que imponen el mercado”. De allí, la necesidad de diferenciación, por más intrincadas que se hallen las lógicas unificantes de la globalización económica de las que mundializa la cultura. Pues la mundialización cultural no opera desde afuera sobre esferas dotadas de autonomía como lo nacional o lo local. En ese sentido sería impropio hablar de una cultura global cuyo nivel jerárquico se situaría por encima de los culturales nacionales o locales. El proceso de mundialización es un fenómeno social que para existir se debe localizar, enraizarse en las prácticas cotidianas de los pueblos y los hombres. La mundialización no puede confundirse con la estandarización de los diferentes ámbitos de la vida que fue lo que produjo la industrialización, incluido el ámbito de la cultura, esa industria cultural tan duramente criticada por la escuela de Frankfurt. Ahora nos encontramos ante un nuevo tipo de proceso que se expresa en la cultura de la modernidad mundo, que es “una nueva manera de estar en el mundo”. De la que hablan los hondos cambios producidos en el mundo de la vida: en el trabajo, en la pareja, la comida, el ocio. La jornada continua

de trabajo, ha hecho para millones de personas imposible almorzar en casa, y porque cada día, más mujeres trabajan fuera de ella y porque los hijos se hacen autónomos muy tempranamente y porque la figura patriarcal se ha devaluado tanto como se ha valorizado el trabajo de la mujer, que la comida ha dejado de ser ritual que congrega a la familia y así, des-simbolizado la comida diaria ha sido sustituido por el fast-food (comida rápida) de ahí el éxito de Mc Donald y de la pizza hut que habla menos de la imposición de la comida norteamericana que de los profundos cambios de la vida cotidiana de la gente, cambio que esos productos, sin duda, expresan y revitalizan. Pues, desincronizada de los tiempos rituales de antaño y de los lugares que simbolizaban la convocatoria familiar y el respeto a la autoridad patriarcal, los nuevos modos y productos de la alimentación “pierden la rigidez de los territorios y las costumbres, convirtiéndose en informaciones apostadas a la polisemia de los contextos”. (Harvey, 1989).

Reconocer eso no significa desconocer la creciente monopolización de la distribución, o la descentralización que concentra el poder y el desarraigo empujando la hibridación de las culturas. Ligados estructuralmente a la globalización económica pero sin agotarse en ella, se producen fenómenos de mundialización de imaginarios ligados a: músicas, imágenes y personajes que representan estilos y valores desterritorializados y a los que corresponden también nuevas figuras de la memoria. Pues, los cambios en el proceso cultural subyacen a la globalización y conducen a la formación de “una comunidad mundial” que según Margaret Mead, se halla conformada por hombres de tradiciones culturales muy diversas que emigran en el tiempo, inmigrantes en una era para la que no hay mapas de futuro. Necesitamos pensarnos en el mundo, desde nuestro territorio, pero en el mundo. La multiculturalidad está ya en el camino de nuestras propias rutas, en la borrosidad de las fronteras, en la movilidad de las sensibilidades, en el entrecruzarse de los saberes y el espesor de las redes que atraviesan y conectan nuestro territorio (Martin Barbero, 1999).

Para Edgardo Rodríguez Juliá, en Biografía de una idea que enloqueció de amor, 1996 “Mientras seamos sociedades colonizadas, es decir, sociedades que

hemos adoptado, pero no creado, modo de civilización, esa obsesión con la llamada identidad siempre estará ahí como la loca de la casa. Es como si todo, inclusive la lengua, se hubiese inventado en otra parte, y a nosotros nos hubiese tocado escribir la crónica de esa particular adaptación, el surgimiento de algo que vagamente llamamos “criollo”. La idea de lo criollo forjó la necesidad de nuestras ciencias sociales, y también el proyecto de una literatura propia.

Según Monsivais (1998), los inicios de nuestro romanticismo y costumbrismo y el inicio de nuestras literaturas nacionales tanto con el surgimiento de nuestras ciudades, surgen como con una necesidad de caracterización. Quizás, la inmadurez de los géneros narrativos en nuestras sociedades postergó, hasta la llegada del naturalismo y realismo, esa imagen fuerte que identificamos con la novela. Para entonces, también estaban la crónica, la estampa de costumbres, el artículo satírico, el periódico y su inclinación crítica, que remedian las deficiencias de nuestras jóvenes sociedades. El periódico es el vehículo urbano por excelencia, Monsivais sugiere que fue el periódico y sus géneros impuros y fronterizos el primer intento nuestro por satisfacer y crear la imagen de una sociedad ya identificada desde hace tres siglos, con la nación-estado.

Cabe recordar que, en la región del Caribe, los años 30 y 40 fueron fecundos con respecto a esa búsqueda de nuestra caracterización, de nuestra identidad: Alejo Carpentier, Nicolás Guillen, Antonio Pedreira, entre otros, tuvieron una visión eminentemente hispanófila, mientras que Pales Mato y Fernando Ortíz, redescubrieron una especial complejidad en cuanto a que, la memoria histórica de estas islas está ligada a la humillación de la esclavitud. Nuestro español atlántico se diferenciaba cada vez más de la madre patria, la mulatez, el espacio cimarrón y el sacrificio, estos se vuelven temas que incitan a una indagación cultural más profunda. Estaríamos, llegando a la visión más compleja posible respecto de nosotros mismos. El Caribe fue lugar de crímenes innumrables, entre los que se encontraban la degradación de la cultura africana aquí trasplantada.

El país fundado sobre la cimarronada, daría paso al país sin fronteras de la inmigración, curioso reverso de imágenes contrapuestas, es decir, la de un país

volcado hacia su interior y la del país en fuga de su territorio. El estado nacional vuelve a ser cuestionado por la emigración. La imagen de la cimarronada, tanto blanca como negra, está en el fundamento de la nueva historiografía, tan dada a buscar en lo popular y lo marginal como fuentes de explicación, tanto de nuestro pasado popular, como de nuestro presente político, donde la idea de la nacionalidad no convive necesariamente con la idea de la dependencia política.

La emigración dispersa la idea de la identidad, la idea de la emigración vuelve compleja a la idea de la identidad hasta el cuestionamiento radical de su propia utilidad y de la idea de la inmigración como crisis de la identidad. De allí la pregunta ¿Cómo cambiamos y a la vez permanecemos? En el siglo XX comenzó con la emigración de nuestros braceros a trabajar en los cañaverales de Hawai y con ellos la certeza de que nuestra música y nuestra comida sobrevivieron en el pacífico distante. Luego, la primera emigración a New York, cuando Rafael Hernández compuso “Lamento borincano” en 1929, ya soñaba con un Puerto Rico rural y autártico en vías de desaparecer, es decir, “la vieja felicidad colectiva”, añorada por el líder nacionalista Pedro Alvizu Campos. El campesino, el Jibarito montando en jaca con canastas, llevando los productos de su parcela al mercado de la ciudad, es la imagen de un Puerto Rico anterior. El jibaro puertorriqueño ya había sido proletarizado en el cañaveral. El emigrante vive no solo en la ilusión de recuperar el espacio distante, sino también el tiempo pasado. La emigración posibilita una identidad marcada por la ensoñación. El emigrante se consuela con un país casi emblemático, a veces de cartel turístico. Hay aquí una particular ironía y una catástrofe íntima, porque entonces el regreso será al desconsuelo, a la desilusión.

¿Es posible el regreso a nosotros mismos, ese acercamiento cauteloso a un pasado que identificamos con la identidad? Durante los años 1960-70 cuando ya comenzaba a aparecer la resaca de la modernidad, surge ese tema en un cuento capital de José Luis González, La noche que volvimos a ser gente.

La identidad entonces, se desplaza hacia detalles algo ensimismados en su propia significación, emblemas a veces intraducibles a otros contextos culturales, así de personales son. Ese particular estado de encantamiento, que la imaginación infantil

alcanza, cuando vemos los letreros de productos importados, convertibles en hojalata para techumbres y tabiques de las viviendas pobres. Es, en ese tipo de detalles, donde reside una paradójica elocuencia sobre nosotros mismos. Cuando crecíamos, la vivienda de bahareque se transformaba en casa de cemento. En las ciudades, en los barrios pobres las columnas de las esquinas se rematan con varillaje, es la promesa de un segundo piso cuando la fortuna comience a mejorar.

La idea pura de la identidad, como objeto ideal ya no es pertinente, su añoranza resultaría un empecinamiento a destiempo, buscamos, entonces, consuelo en la posibilidad de rescatar la memoria histórica, sobre todo, de aquellos que han permanecido en silencio todo este tiempo. Y, será la búsqueda de esa identidad, o más bien, la nostalgia que ella implica, la que nos obligue a la reinención de la escritura, a través de ella, hemos descubierto la voz de la mujer, el testimonio de los emigrantes y los sistemas de Chiapas o el rap juvenil, debemos hablar por lo que piensan en silencio.

Esperamos que, la magnífica posmodernidad, ese espacio cibernético del que tanto se habla cumpla, al fin, con lo tanto añorado, hablar menos y así la literatura pueda recuperar algo de su idealismo, es el deseo de lo imprescindible. Avasalla tanta información y desconsuela tanta pluralidad en la oferta. Deberíamos tener menos, ir más ligeros de equipaje, justo como los hijos de la mar y de la playa. “Confieso que los entusiasmos por la internet me obligan a la indiferencia, igual que la recién estrenada televisión dejó indiferente a mis abuelos por allá por los años 50. Ellos pertenecían a otra época. Yo también. Pero, les deseo suerte”. Vargas Llosa (2012)

Al igual que yo y, que tantos otros venezolanos, nos mueve la imagen de la vieja casa donde transcurrió nuestra infancia, mitad vivienda urbana y mitad vivienda rural, vida campesina que acompañaron el posar de los venezolanos modestos de aquel tiempo, sin excluir a los encopetados terratenientes. Teresa de la Parra hablaba “del campo con paredes”, para definir las parroquias caraqueñas de 1920. Casa ésta que, al decir de Salvador Garmendia, nos dejó por siempre sabor a nostalgia cuando debió ser demolida para dar paso a modernas avenidas, “una enorme maquinaria despachó el trabajo en cosa de horas. El terreno vuelto a su estado natural, parecía

demasiado pequeño para haber podido contener en sí mismo, tanta vida junta”.  
Garmendia,

Pero, en la Venezuela actual coexisten ambos mundos: el mundo moderno y el mundo popular. Las relaciones entre ambos son muy complejas, de allí la dificultad para comprender y explicar a la sociedad venezolana. Se dice que el mundo moderno es el mundo de las elites y el mundo popular es el de la mayoría de nuestra población.

Según Moreno en, *El pueblo Venezolano acontecimiento y sentido*. (1995), la diversidad no es solo un dato, sino que es reconocida, tanto en el plano jurídico como en el plano social, político, económico y eclesiástico. Para cada grupo, se legisla, se toman disposiciones y se asienta en los libros. Se diría que reconoce tres identidades, pero pronto, esto empieza a complicarse al aparecer las nuevas identidades no previstas en ningún ordenamiento jurídico: mestizos, mulatos, zambos, tercerones, cuarterones, es serie que tiende al infinito. La única solución posible es englobarlas a todas en una sola identidad: los pardos. Se cuenta que, alguien afirmó de otro que era blanco y el interlocutor, preguntó ¿Blanco, blanco, blanco? Esos tres golpes, no los aguanta nadie en Venezuela. El venezolano, es pardo, pueblo pardo es pueblo nuevo. El orden jurídico inaugurado en la independencia estableció la igualdad de todos antes la ley “No somos europeos, ni indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles (Discurso de Angostura). En efecto, nuestra diversidad con respecto al extranjero, es de raza y de cultura, pero también de impreparación para la democracia surgida de la Revolución Francesa. La diferencia con el extranjero es la consecuente necesidad de adoptar principios teóricos y métodos supuestamente universales a nuestra particularidad, ella nos ha acompañado siempre y se replantea en estos tiempos de globalización. Refiriéndose a la “Falsa universalidad de los medios, instrumentos y políticas en materia monetaria, cambiaria, financiera, fiscal”. Maza Zabala escribía que “aquí hay que adaptarles, ajustarles, incorporarles el ingrediente de nuestra manera de funcionar”.

Estamos de nuevo ante una preocupación ética; igualdad ante la ley, se orienta a suprimir las injusticias originadas en la diversidad, pero ¿no genera esto a su vez una nueva injusticia?

De la multiplicidad de identidades de la colonia, pasamos con la independencia a la unicidad de la única identidad del venezolano. Sin embargo, en el plano social y económico surgirá una nueva diversidad, la que establece la propiedad, pero esto en sentido interno, externamente se habla de nación. No será ahora, la fe, el principio unificador sino la humanidad. Los tiempos habrán sido más largos para unos que para otros y esta lentitud o rapidez, marca diferencia y diversidad entre ellos. Unos se han quedado atrás, y otros marcharan con lentitud, y otros privilegiados marcharan a la cabeza de la historia. Ello, les da el derecho natural de guiar, de dirigir, de enseñar y hasta imponerse por la violencia. Por supuesto, son estos, los privilegiados, los que definen la barbarie, el atraso y el peligro de los demás. “Esta idea general en multiplicidad de formas, atraviesa la historia de América latina y también la nuestra durante los últimos siglos: civilización y barbarie, atraso y progreso, desarrollo y subdesarrollo hasta el proyecto actual de modernización acelerada para ingresar en la globalización. Esta idea se ha construido sobre y ha marcado al mismo tiempo, una diferenciación interna muy clara por un lado y muy conflictiva por el otro: élites y pueblos. El concepto de un único pueblo, se ha conservado como ficción ante la ley, pero en la práctica cotidiana se remarca cada día más esa diferencia. Se manejan pues, dos conceptos de pueblo; uno moderno entre la ley y las instituciones para los cuales todos nos constituimos un único sujeto colectivo de derechos y deberes y otro más antiguo y más tradicional que reserva ese nombre para aquel sector de la población que no participa directamente en la dirección de los que se consideran sociedad venezolana.

Aquí se nos plantea un primer problema de identidad ¿a cuál de los dos sectores élite o pueblo, se atribuye la identidad venezolana? ¿Participan, ambos, de la misma identidad?

Pareciera existir un consenso entre los que investigan al respecto en buscar de este pueblo, no en las elites, sino en su folklor, en sus creencias, en sus formas de

organización, etc. Estos en grupos considerados como tradicionales, pues, la identidad no se entiende sino en la continuidad de una tradición y ésta por antítesis, es contraria a la modernidad. Indirectamente, pareciera que la población venezolana se supone dividida en dos grupos uno moderno y otro tradicional.

¿Quiere decir que el grupo moderno no es venezolano, no participa de nuestra identidad? ¿Será más bien, moderno en la tradición? ¿Son compatibles ambos conceptos?

Para Moreno (2005), hay que ir más allá del simple entender para lograr respuestas, hay que llegar a la comprensión. La cual implica un doble proceso: aprehender y ser aprehendido, en el mismo acto y en el mismo acontecimiento pero, “en-con” en la realidad comportada: “Puesto que, esa realidad es un practicar la vida, comprender implicaba dejarse prender en la vida, convivida, en su discurrir cotidiano, en su vivimiento”... “Solo así, podía en sus códigos, ser vividos por ellos”, en cuanto desde dentro rigieron mi vivir la vida “comprender así, suponía salirme de todas las armaduras mentales y vivenciales que mi formación había tomado en mí, la armadura quedaba en pie, pero deshabitada.”...

Según sus propias expresiones debió salirse de todo bagaje clásico de teorías y métodos para la investigación. La investigación se convertía por tanto, en una acción de reflexión de comprensión, y sobre ella, como herramienta para apalabrarla la actividad hermenéutica, de comprensión e interpretación El discurrir cotidiano de la vida y la historia de cada persona, su vivimiento a lo largo del tiempo, enraízan y toman su sentido de la familia popular venezolana.

Entonces encontramos que, la familia Venezolana se muestra claramente matricentrada, en ella, se da un tipo de hombre y un tipo de mujer del todo particular y distinto, del que acostumbramos esperar. La vida, se vive no en sentido abstracto, científico o filosófico sino en concreto, como acaece en la existencia, históricamente se revela, constitutivamente, no como esencia sino como ejercicio del vivir mismo, es como un ejercicio viviente... “ni madre ni hijo, en este sentido son pensables como seres, como entes existentes. Solo son pensados como relaciones y por tanto

acontecimientos que siempre acaecen. Relaciones en cuanto acontecimientos, relación Madre-Hijo”. Moreno (2005, 210)

Entre nosotros la relación humana es privilegiada “En el venezolano el ente, el ser en cuanto tal, es segundo a lo humano, no primero”. La palabra Humaneza inventada por, Ortega y Gasset, para otros fines, dice que la fuente popular del significado está en un mundo originalmente humano en el que tiene centrado el natural y no al revés como sucede en la modernidad, pero humano viviente (Moreno: 248)...“el venezolano viviente -en- madre solo es comprensible como relación viviente y más que viviente conviviente. “Sobre esta base, me he atrevido, a definir al venezolano popular como “homo convivalis” no cuanto a concepto abstracto, sino en cuanto a “practicación”, “tenemos pues, una practicación fundamental que constituye el sentido raigal y originario. La llamo practicación primera. Todas las practicas del vivimiento, en cambio, las llamo practicas segundas.

En la participación primera se encuentran, coinciden y confluyen todos los vivientes de la gran comunidad del pueblo venezolano. Las segundas varían según lugares, comunidades particulares, experiencias, historia y personas. En la práctica primera, se unifica todo el mundo popular, que es, con propiedad un mundo de - vida. Este término difiere del utilizado por Husserl y Habermas. Aquí se refiere a la práctica concreta del vivir que no se da de manera genérica sino, que es un ejercicio histórico de un vivir histórico. No es un mundo genérico, sino que acaece ya como particularizado, históricamente ejercitado.

Según Moreno (2005), “el mundo venezolano constituye, así, un mundo- de vida, regido y sentirizado por una practicación primera del vivir”.

De ser así, el estudio de la modernidad permite, solo, acceder a la practicación primera que la constituye un mundo-de-vida, mediante un proceso de interpretación hermenéutica que busca su sentido fundamental, más allá de su enorme complejidad fenoménica. En la practica primera queda sentado el mundo-de-vida moderno, es el individuo practicado como ente individual en todas sus manifestaciones no sólo como individuo humano. Si la modernidad practica al individuo humano, y el mundo popular la relación, esto no significa que en la

modernidad no se practiquen las relaciones sino que estas son, en ella, practicas segundas, producidas desde el ser del individuo. No significa, tampoco, que en el mundo-de-vida popular no se practique la singularidad sino que, esta es una práctica producida y elaborada a partir de la relación. No hay, pues, contradicción ni oposición entre individuos y relación sino dis-tinción: Lo opuesto a individuo es la masa o la indiferenciación de los sujetos singulares en la fusión de lo colectivo y lo opuesto a la relación es el aislamiento y el encierro, cosas que dentro de ciertos límites son normales en el individuo. Así, el yo moderno y el yo popular venezolano, son estructuralmente distintos, externos el uno al otro, esto es, producidos en marcos de distintos horizontes vitales. El primero es un Yo individual, el segundo es un Yo relacional. El yo individual, establece relaciones desde su individualidad, las produce, y por lo mismo las controla como propiedad suya; el segundo vive en la relación y como relación. El primero construye un orden de relaciones, el segundo viven una trama de relaciones. En el hombre moderno las relaciones son arte-factos, producidas técnicamente con predominio de la razón y dinamizadas, no constituidas, por el afecto; ahora, en el hombre popular, las relaciones son dadas estructuralmente en el afecto y manejadas con razón afectiva no en-sin-razón como erróneamente se tiende a pensar. El afecto no es sinónimo de emoción, esta se corresponde a momentos, el afecto es estable y constituye todo el sistema personal y la manera integrada de vivenciar la existencia. En la modernidad esta función integradora está encomendada a la razón.

Deducimos que, el afecto es tanto el apego como el desapego, el amor como el odio, la generosidad como el egoísmo, la convivencia solidaria como la convivencia agresiva. En el mundo-vida moderno la convivencia, como practica segunda, debe hacerse interviniendo la educación, mientras en la popular emerge directamente de la práctica. Son convivencias estructuralmente distintas, por ello implican distintas éticas; una es la ética del individuo otra es la ética de la relación.

Entonces, según la pauta trazada por este autor, en Venezuela, actualmente, coexisten ambos mundos: el mundo moderno y el mundo popular, siendo las relaciones entre ambos muy complejas. En una primera aproximación, pudiera

decirse que el mundo moderno es el de las élites y el mundo popular el de la mayoría de nuestra población. Sin embargo, la mayoría de nuestras elites se mueve en el mundo moderno: el de la ciencia, el de la academia, el de la política, el de los negocios, el de las instituciones públicas o privadas pero en las profundidades de su constitución como personas late encubierta, su popularidad.

Una gruesa capa de modernidad reprime y oprime su constitución popular que emerge con libertad, solo en algunos ámbitos aislados y en momentos los cuales la represión moderna cede ante la fuerza de la autenticidad emergente. En el pueblo el mundo-de-vida se expresa abiertamente, en las elites esta encubierto.

Entendemos, así, que el venezolano moderno está dividido en dos identidades que no se contradicen pero si se excluyen: una identidad de fondo, encubierta, reprimida, incluso rechazada pero no suprimida, con su propio sentido y una identidad ficcional, en cuanto esfuerzo continuo por construirla y cuyos resultados son solo fenoménicos... “Esta identidad moderna, forma su sistema de ideas, conocimiento, operatividad y hasta gustos. Pero flota sin sentido propio y en conflicto con sentido raigal que constituye a quienes la portan, en este sentido, las elites son venezolanos en conflicto de identidades”. (ob.cit.)

La relación, es en la modernidad, un ente fabricado por el individuo, pero en el mundo-de-vida popular es un acontecimiento que acontece y le acontece a cada persona, siempre nuevo y fuera de cualquier posibilidad de decisión. En ella, y como ella se produce la vida.

Ahora bien, el pueblo venezolano acontece, pero no como acontecimiento disperso, anárquico, sino como acontecimiento en- un- sentido, su mismo acontecer genera el sentido y se inscribe en él. Así, hay una continuidad de sentido en el acontecer y no un ser del sentido. Solo de esta manera podría hablarse de identidad, que ya no sería identidad, pues el término tendría que trasladarse a otro horizonte... la continuidad en el tiempo de la práctica de la vida, en cuanto acontecer de la madre y el hijo, en familia matricentrada venezolana, es lo que podría llamarse tradición. (ob. cit.)

¿Qué hacer con la modernidad?, ¿podemos eludirla?. Es evidente que hay que tenerla en cuenta pero ¿se necesita un mundo de vida raígalmente moderno para convivir positivamente con ella? No parece, el pueblo se ha mostrado muy capaz de servirse de los instrumentos de la modernidad sin cambiar por ellos su mundo- de- vida. Sucede que los modernos exigen modernidad a ultranza desidentificando al pueblo de sus propios sentidos.

Cree, el citado autor que está mejor pensada una modernidad no integral, sino instrumental, elaborada sobre el sentido propio del mundo- de- vida popular.

“El tema de nuestra identidad sigue navegando en aguas éticas”. El proyecto de modernización integral impuesto desde más de quinientos años atenta con el derecho de nuestro pueblo a ejercer su propia práctica de la vida; “se encamina a eliminar lo más propio y profundo que puede tener un pueblo, su sentido raígal”. Es además, un proyecto de sustitución de éticas, implantar la ética del individuo en lugar de la ética de la relación. (ob. cit.).

“Todo ello implica la destrucción de una comunidad humana desde sus raíces... El problema de la identidad venezolana va más allá de lo cultural... Implica una opción ética de fondo” (ob. cit.)

Señala Briceño León (1990) que “toda sociedad tiene su identidad... la identidad es la parte de la cultura que se rescata cuando una sociedad se mira en el espejo” ¿Quiénes somos? Nos preguntamos, y a partir de esta interrogante comenzamos a construir una imagen propia que es una “mezcla de lo que vemos y lo que deseamos ver de nosotros mismos; de nuestras realidades, nuestros deseos, de lo que queremos reforzar y de lo que pretendemos ocultar, de lo que produce orgullo y de lo que genera vergüenza”.

En cuanto a la identidad en la tradición ¿Cómo es posible pensar la identidad en una sociedad en transición entre la tradición y la modernidad? La identidad debiera corresponder a ciertos aspectos de la transición y a otros tantos de la modernidad. Pero ¿cuán modernos somos y cuanto de tradiciones tenemos?

La modernidad puede ser entendida de distintas maneras Giddens (1990), Touraine (1992) pero ninguna de las acepciones dominantes existe plenamente en

Venezuela. No podemos asociarla con el industrialismo porque no tenemos un parque industrial importante. Tampoco la modernidad como capitalismo por la presencia dominante de la reserva petrolera. Es un capitalismo especial, rentístico pero no un capitalismo de mercado. Tampoco pudiéramos hablar de la racionalidad moderna, pues no existe en Venezuela tal racionalidad.

“Privilegiamos los estatutos sobre los roles, aún estamos muy atados a nuestros vínculos de parentesco y amistad, la familia mantiene un rol esencial en la política y en la empresa” Briceño León (1952).

Tenemos muchas fachadas de modernidad que la urbanización y la riqueza nos han dado, pero no los procesos sociales y culturales que constituyen su fundamento.

“La presencia de la renta petrolera, como elemento clave en la economía, y el papel del Estado como su distribuidor, no nos han permitido avanzar hacia esa sociedad moderna, a pesar de que nos ha puesto el decorado” Briceño León (1990).

A fin de contribuir a la mejor comprensión de esa identidad nacional en el contexto de la tradición y de la modernidad, Briceño León nos remite a estudios por él realizados, sobre los aspectos de orgullo y vergüenza que los que aquí residimos, tenemos por Venezuela. Se entrevistaron 1297 Personas en el área metropolitana de Caracas. En la primera parte los interrogados debían nombrar tres aspectos de los que sentían orgullosos de su país.

Los resultados dieron que el 3% de las personas no encontraron nada de lo que sentir ese orgullo, pero casi nadie dejó de sentir cierto grado de vergüenza. Es decir, tenemos más facilidad para decir lo que nos avergüenza que lo que nos enorgullece.

En cuanto a los resultados: El Primer motivo de orgullo, está vinculado a las bellezas naturales y riquezas del país; el clima, la vegetación, los ríos, el petróleo, el hierro. En Segundo lugar aparece “La manera de ser venezolano”, la calidad humana, la amabilidad, la cordialidad, es decir las virtudes de la gente. Luego un grupo de respuestas ligadas a la gente, no a sus virtudes sino a las personas, procesos, reinas de belleza, deportistas, uno que otro intelectual o científico. Otro grupo describió

algunas virtudes de la organización social. Así un 2,5% se siente orgulloso de la democracia, un 2% de la libertad, 0,5% de la Universidad.

En referencia a los motivos de vergüenza relacionada con la coyuntura social y política del país: un 35% se avergüenza de los políticos y los gobernantes, un 18% de la corrupción y los corruptos; un 6% del sistema judicial, 15% de la inseguridad personal, 12% de la situación económica reinante en el país y un 4% de la pobreza.

¿Qué pueden decirnos estos resultados con respecto a nuestra identidad? Primero, los motivos de orgullo están asociados a las riquezas naturales, a la naturaleza y no a la obra de los humanos, nos enorgullecemos de lo que está en la naturaleza no de lo que los hombres hemos podido construir a partir de ella. Celebramos nuestra manera de ser como actores sociales, pero esas virtudes no incluyen el esfuerzo, el trabajo, las iniciativas, la tenacidad, el cumplimiento de los compromisos.

Otro tema a tomar en cuenta en la construcción de las identidades se refiere a los símbolos patrios. Cartay (1998), se hace las siguientes interrogantes: ¿Qué rol juega el símbolo patrio y como se vincula con la nación y con la patria? Estado, nación y patria se funden en un territorio delimitado por unas fronteras donde se comparte una realidad histórico-social y se ejerce la soberanía del Estado. “una nación es una comunidad política, imaginada como inherentemente limitada y soberana”

En este mundo de abstracción, de imaginarios, la complicada percepción de lo real se construye a través de un sistema de representaciones, donde los signos movilizados por los elementos alusivos a la patria alimentan el imaginario colectivo de la sociedad. El símbolo, figura con el que materialmente se representa un concepto, se impone como un mediador hacia lo cual la semiótica de la patria evoluciona a través de numerosos soportes. La bandera, el escudo, el himno, el respeto a los fundadores de la patria. Los símbolos patrios actúan como un soporte que proclama profesión de fe por la nación, expresando un inquebrantable optimismo en su destino. Pero esos sistemas, esos soportes, no son rígidos, no están

embalsamados ni están a salvo de interpretaciones interesadas, sino que actúan al lado de otros sistemas o soportes de representación propias de cada época.

Según Pino Izturrieta (1998):

Los mitos son imprescindibles, porque la función social de los mitos es expresar dramáticamente la ideología en que vive una sociedad, mantener ante su conciencia los valores que reconoce, los ideales que persigue de generación en generación y especialmente mantener los elementos, los vínculos y las tensiones que la constituyen y justificar las reglas y prácticas tradicionales, sin las cuales su ser y su estructura y todo lo suyo se dispersaría (p. 28).

El símbolo patrio tiene, pues, una identidad práctica para un colectivo: le explica su origen, le justifica su pertenencia, le transmite sus valores, virtudes humanizantes y le eleva su autoestima nacional. Su cometido es cobijarnos y agruparnos. La sociedad se siente reflejada en sus señales, ¿De dónde surge esa imagen? Esta identidad, casi siempre, es buscada en el pasado de la cultura y de la sociedad, ¿podemos construirla sobre una sociedad rural y colonizada? ¿Ó, fundarla en la sociedad, rentista, paternalista y clientelista? En esta transición esa búsqueda de la identidad no es deseable. Sólo orientándonos abiertamente hacia el futuro, reconstruyendo esa identidad no rescatándola, aunque por supuesto, hay aspectos de ella, que hay que rescatar como la tradición pero desechando el clasicismo, el machismo, el racismo.

Recordemos que, entrado el siglo XIX, Venezuela ya independiente era aún un estado en formación. Una vez disuelta la Gran Colombia sin haber logrado edificar la paz, Venezuela se presentaba como un país desarticulado, física, política y económicamente. Fue, Antonio Guzmán Blanco quien comprendió, claramente, durante su gobierno que mientras, se hacían caminos y se construyen ferrocarriles, se instruía a la gente y se levantaban edificios, se organizaba la hacienda pública y reducía el enorme peso de los caudillos regionales, se debía, al mismo tiempo, formar un mito nacional, alimentar una conciencia nacional de pertenencia a una patria. Porque para entonces, era preferible ser tachirenses o guayanés que ser venezolanos. Anclado en la estrechez del terruño, ser andino o llanero es primero, se antepone el orgullo más por el terruño que por la patria. Se cuenta, también, que en

algunas élites, “La Marsellese” causaba más furor que el himno nacional. Era impostergable forjar un nuevo mito nacional cónsono con la Venezuela republicana. El sextenio Guzmancista, se caracterizó por el fuerte empeño en crear un sentido de lo nacional, a tal efecto se establece el sistema monetario nacional prohibiéndose la libre circulación de moneda extranjera; se refuerza jurídicamente el sentido de lo nacional, y se apuntala la pertenencia a una nación a través de la construcción de un mito nacional.

En la época en que se refuerza los símbolos alusivos a la patria que alimentaban el imaginario colectivo venezolano, se valora la bandera, el escudo y el himno nacional. Se manda erigir una estatua ecuestre del libertador en la Plaza Mayor de Caracas. Se transforma la iglesia de la Santísima Trinidad en Panteón Nacional; se construye el Capitolio y se encarga al pintor Martín Tovar y Tovar la realización de 43 pinturas sobre procesos y batallas; se decreta la construcción del Monumento de la Batalla de Carabobo y se publican, sufragados por el Estado, documentos relacionados con la vida y obra de Bolívar (Cartay, 1988: 286).

Sin embargo, esto no fue suficiente señala Cartay

Una nación es más que un territorio y una autoridad gubernamental. Una nación requiere de algún sentido compartido de identidad, de pertenencia, pero también de un sentido coherente y compartido de propósito y dirección... es pues, tradición y proyecto... en fin, una suma de voluntad organizada hacia un objetivo que se traduzca en un efectivo bienestar general... (ob. cit., 288).

No obstante, siempre hemos estado muy lejos de alcanzarlo de la voluntad aglutinadora, de la conciencia nacional que habían tenido los próceres de 1.810, se pasaba a la anarquía y disgregación de las contiendas civiles... Independencia y Federación eran como las dos caras de la historia venezolana, los dos símbolos, las dos claves históricas en que se desencadenaba el drama de nuestra nacionalidad. Una primera época afirmativa en que los venezolanos ofrecían a la libertad de América un caudal excedente de ideas y energías, y una segunda época negativa en la que recludos ya de nuevo en nuestro escenario cantonal, nos devoramos unos a otros.

Señala Picón Salas (1939):

Matamos venezolanos porque ya no hay godos ni españoles; guerreamos y peleamos y nos “alzamos” porque se ha destruido en el rincón fraticida, todo concepto y toda idea de convivencia política. A los libertadores se oponen, ahora, los dictadores, los jefes de la mesnada adulante, en quienes la ley se convirtió en látigo de cuero retorcido y la “cosa pública” se volvió despojo privado... (p.12).

El símbolo patrio, apropiado por los militares en el poder se volvió religión de culto obligatorio para el civil, en las jornadas de la Causa de Diciembre o en La Semana de La Patria, desvinculado de un proyecto democrático y prostituido por una apropiación indebida e interesada.

Luego, esos símbolos se desfiguraron por los regímenes de la democracia representativa, en ella, más que un proyecto colectivo, ha prevalecido la razón del partido o el móvil del beneficio a corto plazo de los particulares, sin importarle a nadie los medios puestos en práctica para conseguir tales fines... Así, el símbolo patrio se banalizó y utilizó como un medio justificativo ornamental del poder...“el culto al héroe se volvió insustancial de tan mal y de tanto venerarlo” el culto a Bolívar es una fachada: el poder político se asumió como reparto y rapiña...” Briceño Guerrero (1983:12-15). También el concepto de patria se desdibuja y pierde su horizonte.

Por otra parte, Kelly (2001), argumenta que estamos, ahora, en un momento propicio para hablar sobre identidad, porque vivimos en un tiempo de inseguridad acerca de nosotros mismos. Sin embargo, estamos también, frente a una gran oportunidad para definirnos. La identidad no es una sustancia fija que requiere que indagemos sobre su naturaleza absoluta, buscando sólo vestigios en el pasado lejano, sino que es un complejo de actitudes, memorias, comportamientos y deseos que se van formando en el transcurso de nuestras vidas individuales y grupales. Cada éxito o fracaso forman nuestros conceptos con respecto a lo que somos. Por eso, hablamos de capas de identidad.

En el caso concreto de la experiencia política venezolana es posible, trazar la línea de los eventos clave que han forjado nuestra identidad y que explican, en su conjunto, la situación actual del sistema político venezolano.

Los años 50 y 60 contienen las raíces de la problemática actual. Ellos representan ese punto de inflexión importantísimo en la identidad. De la inestabilidad del siglo XIX había surgido durante el gobierno de Juan Vicente Gómez, la aceptación de una realidad venezolana que satisfacía pero no agradaba ni daba gran orgullo. Desde arriba desde las élites políticas hasta el pueblo llano, existía el concepto de que Venezuela era un país con una historia Bolivariana digna, heroica pero también ingobernable y atrasada. Esa población anárquica requería de una autoridad férrea para asegurar un mínimo de paz en una ambiente esencialmente rural, donde la élite pequeña tomaría las decisiones en nombre de los demás. El gomecismo representaba una conciliación, una perspectiva de equilibrio bajo. Pero, aquellas personas generalmente provenientes de una clase educada, aspiraban a más, generalmente una gente educada que tenía más acceso a información de afuera, del exterior, información que le permitía imaginarse un país con otras características, un país que podía crecer, educar a su gente y lograr una mejor ubicación en el aprecio del mundo. El éxito de este grupo es lo que contribuye a crear otra capa de nuestra identidad en los años 50 y los 60. Con las transformaciones de este lapso se formó una nueva identidad de una Venezuela con potencial que poco a poco fue difundándose en la población total.

No sería correcto, políticamente, atribuirle a la época de Marcos Pérez Jiménez un rol positivo en la evolución de la identidad nacional. La Dictadura representaba continuismo, un rechazo a los brotes de desorden y democracia. Pero Pérez Jiménez, dio un impulso importante a la idea del desarrollo económico, de la posibilidad de construir y crecer y de ser un polo de crecer hacia el mundo. Fue un momento fugaz. Un estadio todavía insatisfactorio, pero abonó, definitivamente, una nueva etapa.

Pese, a todo lo que en contrario pueda decirse, este régimen dio posibilidades al venezolano para pensar en un futuro diferente, con grandes obras, grandes

universidades, carreteras y puentes, edificios a imitación de los de Chicago y Nueva York. No es, para nada insignificante, la experiencia de la identidad venezolana, porque, por primera vez, era posible concebir al éxito como nuestro. Por supuesto, no había desaparecido la capa anterior que decía que el país seguía ingobernable en su esencia, que siempre iba a ser necesario tener una autoridad central capaz de controlar los aspecto permanente en el venezolano como ser indisciplinado, que siempre necesita un padre severo para asegurar su buen comportamiento.

La década de los 60 abre otra capa de igual importancia, quizás, no fue tan importante la instauración de la democracia en 1958, como lo fue en la época de la institucionalización en la década siguiente. Una vez más, el desorden amenazaba con acabar con el experimento. Una izquierda renuente a aceptar el carácter modesto de la democracia adeca, una izquierda que se inspiraba más en la izquierda europea que en las tradiciones venezolanas fracasó al cuestionar el liderazgo.

Las elecciones de 1963 y luego 1968, con orgullo ciudadano hicieron pensar que Venezuela había pasado a umbral de la modernidad. Se habrían combinado exitosamente el desarrollismo de los 50 con la democracia. Venezuela parecía completa, tenía un nuevo look. La fresca cara del país satisfacía y daba orgullo nacional.

El boom petrolero de los 70 constituye otra etapa en la constitución de la nueva identidad exitosa del venezolano... Venezuela se crea expectativas más allá de sus desbordadas esperanzas. Ese “boom” afectó tan profundamente nuestra identidad que se puede considerar como otra capa, esta vez con ciertas contradicciones que pocos percibieron en el momento. La ascendencia de la OPEP y el liderazgo de Venezuela en la organización, el caudal de dinero que permitía que el país diera ayuda a otras naciones menos favorecidas y planificación de grandes desarrollos industriales a imagen de los países más desarrollados le confirmaban al venezolano la seguridad de que ocupaba un lugar en el mundo.

“Habíamos superado nuestro pasado y ya no era necesario retener los viejos conceptos acerca de los límites o el rol de la autoridad, había para todos, todo era posible”.

A finales de los 70, esta identidad del venezolano exitoso y también soberbio había llegado a su punto más marcado. Señala Kelly (2001)

La movilización de la población, su urbanización y acceso a los medios de comunicación aseguraba que esta nueva etapa de identidad llegaría a casi todos los ciudadanos. Hasta el pobre en su barrio, con poco éxito en lo personal se sentía parte de la transformación aunque quizás, en sus conversaciones hogareñas, humorísticamente tenía presente la realidad de las penurias que le aquejaban. Venezuela era un país rico y nadie dudaba del hecho, aunque todas las señales, todos los hechos, todos los ranchos sin agua hablaban de una contradicción entre identidad y realidad...

A finales de los setenta y sobre todo después de la crisis de 1983 y su recordado Viernes Negro, el país ha seguido luchando por preservar la identidad formada en la época de los éxitos. Y constantemente nos repetimos, somos un país rico, democrático, igualitaria, pujante. Nos negamos a quitar esa capa que tanto nos gusta.

“Los taxistas conservan el discurso del perejimenismo, los adecos conservan el discurso de la lucha democrática, los fundaayacucho conservan el discurso de la globalización y la ilustración. Todos nos resistimos a ver la realidad presente”. (ob. cit.).

Puede ser, que lo que está pasando ahora, sea la búsqueda de una identidad más acorde con esta realidad, pero la gente tiende a hurgar en su pasado para encontrar las soluciones y para definirse. Así, tenemos más de 30 años en esta conversación acerca de lo que somos. Durante los gobiernos de Herrera Campins y Lusinchí pensamos que la crisis era algo temporal, solo una “mala racha”. Con el advenimiento de la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez, lo convencieron de que faltaba un vuelco importante para ajustar al país a sus reales condiciones. Pero, no había ocurrido una transformación real en la autopercepción del venezolano, donde, en muchos sectores, todavía imperaba el concepto de la fórmula del éxito, que tanto había servido en los treinta años anteriores.

No se cambia la identidad por el razonamiento, sino por los hechos que tocan a la gente. Aquel venezolano de la época del gran viraje poco había cambiado en cuanto a sus creencias y actitudes, nada en él había cambiado como para que aceptara un modelo diferente de país. Lo ocurrido en 1989 nos convenció, más aun, de que todo pasado era mejor. Algo andaba mal para que las fuerzas del orden atacaran con ametralladoras a la población civil, enojada con los trucos de los comerciantes, quienes escondían la comida para subir su precio. Algo andaba mal cuando la inflación superaba el 80% y los ingresos reales se desplomaban. Significaba entonces, que el Gran Viraje era una equivocación, en franca contradicción representada por la identidad del éxito. Venezuela es un país rico, pero alguien está robándole sus recursos.

La corrupción es una característica nuestra, aunque antes no nos habíamos percatado de ello, cegados por los pequeños beneficios que nos adjudicaron en gotas. Estas sospechas encontraron expresión en el Golpe de Febrero de 1992. El resentimiento silencioso, las dudas en cuanto a nuestra identidad fueron expuestos por un alzamiento (ruidoso) un grito de rechazo que de repente actuó como una voz colectiva. Cuando los venezolanos ricos y pobres hicieron batir sus cacerolas, estaban asumiendo una nueva actitud.

No aceptamos el fracaso, estamos unidos en contra del fracaso del sistema, aunque no sabemos que hacer al respecto. La identificación con ese movimiento casi espontáneo dio inicio a algo nuevo, pero ha quedado como un fenómeno incompleto, aunque con grandes posibilidades.

La búsqueda de una nueva identidad ha sido una constante desde 1992. Su primera manifestación, fue la elección Caldera como una búsqueda del pasado; somos un país rico lo que pasa es que ha habido corrupción en nuestros líderes. Los partidos políticos ya no sirven para inspirar. La política de mercado no asegura la justicia. Pronto vamos a volver a los que éramos cuando las cosas iban bien, sólo hace falta que los líderes sean pulcros. Pero de nuevo hubo decepciones, en lugar del éxito continuamos por la ruta del fracaso. La persistencia del desorden en nuestro

vecindario y el ocaso económico. Quién más alto gritó en 1992, vuelve a la palestra y asume la representación de lo que el pueblo sentía.

Pero... ¿Qué pasa si, por fin, admitimos que el país no es rico y que la identidad del venezolano no reside en sus líderes sino en su gente? El concepto del líder que pone el orden, es una capa importante de la identidad del venezolano, pero está asociado a un pasado no satisfactorio. Esta lucha de identidades es lo que caracteriza al venezolano de 1998. Llevamos todas las capas de las distintas identidades asumidas en el pasado y que todavía constituyen nuestro mestizaje cultural ¿Qué mezcla de estas actitudes nos conformarán en los años venideros? Ello por supuesto no es predecible. Los eventos concretos confirmarán la validez de una u otra. El desorden y la violencia tenderán a dar fuerza al descubrimiento de la vieja identidad autoritaria; el civismo y la tolerancia impulsarán el reajuste de un modelo poco realista de la Venezuela rica pero dañada por sus élites tradicionales.

Los referentes éticos del venezolano parecen haberse perdido en el tiempo, al desdibujarse la tradición que los contenía. Sólo en momentos realmente críticos se han asomado pero no se han impuesto. Con muy poca valentía nos colocamos ante el espejo de la historia ¿quiénes somos? El temor se hace miedo al adivinar la respuesta, no somos un país, tendremos que realmente esforzarnos noche y día para lograr un lugar de desarrollo respetable en este mundo globalizado ¿Somos integralmente modernos? Como individuos, de suyo despreocupados, indisciplinados y ahora, muy poco solidarios. Estamos ¿chévere? Oh, ese cheverísimo, es solo una frase cortante para no enfrentar nuestra propia realidad e identidad.

Para Wieviorka (2002). “Los asuntos relativos a identidades culturales, racismo y democracia varían de una sociedad a otra, estamos, vivimos en una época de confrontaciones culturales nuevas o renovadas que demandan, en diversos dominios, el reconocimiento de la identidad del actor”. Es así, que aparecen o reaparecen movimientos étnicos, regionalistas o nacionalistas, así el movimiento homosexual, el de los discapacitados, el feminista, todos intentan transformar sus otrora deficiencias en diferencias. Por otro parte, aquellos para quienes la exclusión o las desigualdades sociales, cada vez más fuertes y eventualmente conjugados con

discriminaciones sociales, se saldan por la afirmación de una identidad cultural. Así, para poder soportar una experiencia difícil, en la cual ya no es deseable o posible luchar socialmente, algunas personas se remiten a ciertos referentes culturales, comenzando por los que ofrece la religión. Otros sectores de la población se identifican con una identidad nacional, que estaría amenazada desde afuera por la globalización económica, por el debilitamiento del Estado, por su pérdida de soberanía y encuentran en esta identidad parámetros que les permiten marcar una distancia frente a los pobres, los inmigrantes, o incluso de las regiones que ellos juzgan de dificultad creciente para ellos.

Deducimos, entonces, que las identidades culturales, muestran que la diferencia cultural, plantea preguntas específicas y conduce a terrenos de disputa que le son propios. En otros casos, mantiene lazos con los problemas sociales, con la desigualdad y la injusticia social.

Hasta los años sesenta y aún los setenta, el racismo era, todavía, el heredero del pasado. Subrayaba la existencia real o fantasmal de particularismos físicos, el color de la piel, el cabello etc., para deducir de ahí una inferioridad para aquellos a quienes tenían en la mira, para a partir de ella, poder explotarlos y dominarlos mejor. Es este el momento en que las cuestiones culturales, el racismo se transforma y se convierte en un “nuevo racismo” o “neoracismo” (Martin Barker, Gran Bretaña) racismo cultural o referencialista (Pierre-André Taquieff, en Francia) o por un racismo simbólico en Psicología Social y Ciencias Políticas en Estados Unidos.

A partir de ese momento, el racismo consiste en afirmar según sus blancos, que los otros son culturalmente diferentes, irreductiblemente diferentes, incapaces de integrarse, de manera fundamental, de integrarse a la sociedad y de compartir los valores del grupo dominante.

“Los inmigrantes de Europa son acusados de vehicular un Islán que no reconocerá la separación de lo religioso y lo político, siempre será bárbaro con las mujeres. Los negros estadounidenses son acusados de no compartir el credo

dominante en ese país” el cual sostiene que hay trabajar, que hay que mantener una familia armoniosa para asegurar la movilidad social. (Kelly, 2001).

Todas estas tradiciones, no son opuestas a la modernidad, por el contrario nuestras sociedades modernas inventan las diferencias, incluso dándoles el aspecto de tradición, componiendo lo que inventan a partir de materiales tomados del pasado, de las costumbres, de las tradiciones para lo cual Levi-Strauss utiliza el término de “bricolage”. La producción de las identidades colectivas, está ligado al ascenso del individualismo moderno.

Puesto que, las diferencias colectivas se han manifestado insistentemente y con mayor énfasis a partir de los años setenta, han surgido apasionados debates acerca de que hacer o no hacer con ellos. ¿Qué es bueno o malo, justo o injusto como propuesta para responder a este desafío, al empuje de estas identidades?

Estos debates, se centran en identidades específicas; el Islán, el Judaísmo, la cultura vasca, sin embargo, en nuestras sociedades hay fenómenos considerables de mezcla, hibridación, mestizaje cultural, criollización que hacen que las culturas se interpenetren, se conformen mutuamente, se transformen constantemente.

Según las orientaciones filosóficas que se prefieran, según el tipo de diferencias culturales que se encuentren en un país, el tratamiento político puesto en práctica puede variar. Entre las respuestas concretas de los últimos treinta años, está el “multiculturalismo” siendo este una política inscrita en las instituciones y la acción gubernamental o local, para dar a las diferencias culturales un cierto reconocimiento en el espacio público.

Cuando en países como Venezuela, por ejemplo, se sustituyó “negro” por la denominación “afro descendiente” “afro venezolano” se está reconociendo a esa identidad con un pasado, una historia propia. En esa práctica social, se da a los individuos mejores oportunidades sociales a fin de paliar las desventajas que sufren estructuralmente por el hecho de pertenecer a ciertos grupos minoritarios maltratados

por la historia, es luchar contra las desigualdades, para que estas no se reproduzcan y refuercen.

Así, el multiculturalismo, relaciona con el poder político, a cada cultura definida por él de manera estable. Sin embargo, el multiculturalismo debe enfrentar dos peligros: el comunitarismo que surge cuando una diferencia se encierra en ella misma, despoja de toda libertad individual a sus miembros, les prohíbe construirse como sujetos y corre pronto el riesgo de tomarla contra el resto de la sociedad de una forma violenta. Opuestamente, la segunda, es la del universalismo abstracto, que considera que, debe tenderse hacia un ideal donde el espacio público no sea poblado más que por individuos y para el cual las identidades particulares son amenaza a rechazar. Todo el problema para una democracia, es aprender a circular entre estos dos peligros, aprender a dejar de oponer lo particular y lo universal para poder articularlos.

Volviendo a lo específico venezolano, de todo lo expuesto por estos autores nos queda la impresión en lo referente al proceso de desarraigo de nuestra identidad que, aunque pudo iniciarse en la década de los 50, tuvo su punto de ebullición luego de los años ochenta. A este respecto, en su obra *En nombre del pueblo, nación, patrimonio, identidad y cigarro*. Yolanda Salas se propone captar las imágenes y representaciones que sobre cultura popular, identidad, patrimonio, y nación, ha ido construyendo la cigarrera Bigott de la British American Tabacón (BAT) conocida en Venezuela por C.A. Cigarrera Bigott, que según la cultura, bajo cuya hegemonía han quedado subyugados, la identidad y cultura nacional, se entiende que la política, es un asunto de lucha por la obtención del poder elementos discursivos y materiales penetran en las nociones de identidad, patrimonio cultural y nación, contribuyendo a crear en el venezolano nuevas imágenes y referentes que lo alejan de lo propio y tradicional.

Su investigación, se formula preguntas básicas como localización en tiempos de investigación, para qué y cuál identidad se fortalece en el contexto del Estado débil, frente a una cultura nacional apropiada para una empresa transnacional.

A este respecto, señala Guss (2000), además de la apropiación de la cultura popular por parte del Estado como un instrumento de cohesión ideológico, existen otras fuerzas que también operan sobre ellas, por ejemplo las corporaciones multinacionales, que en el contexto globalizado, buscan la homogenización de sus consumidores, mediante el reconocimiento y explotación de las diferencias locales. Lo local y lo nacional, se convierten en fetiche para disimular las fuerzas globales dispersas, que movilizan el proceso de producción. Sostiene también que, a pesar, del discurso desinteresado de la Fundación Bigott por auspiciar la cultura popular en su forma más auténtica, la realidad es otra, pues en la creación de nuevos contextos y audiencias, en la relación y promoción de eventos y géneros artísticos específicos en exclusión de otros, así como, en la difusión de cultura a través de tecnologías y estrategias específicas, la empresa está redefiniendo la construcción de identidades nacionales, así como, la forma de ver y entender estas imágenes. (Guss, 2000).

Según estos autores, dos hechos importantes precedieron y contribuyeron a consolidar un piso sólido, para que el colectivo aceptara esta estrategia. Por un lado la impronta dejada por el movimiento intelectual de izquierda antes de la “pacificación” de 1969, cuando transformaron su lucha armada en lucha cultural bajo el lema de “recolonización a Venezuela”.

La cultura popular representaba para este movimiento, un espacio fértil de poder y resistencia, donde el espíritu del campesinado rural y el de las masas proletarias urbanas se congregarían como una forma de combatir la penetración de las fuerzas del imperialismo cultural, en la cultura popular ellos veían elementos contestatarios capaces de movilizar y transformar conciencias. Este espíritu rebelde, que se percibía inherente a la esencia de la cultura popular, propiciaría una alianza basada en, según ellos, los auténticos valores venezolanos entre campesinos,

trabajadores, estudiantes e intelectuales, con el fin de enrumbar un proyecto cultural alternativo de resistencia, patriótico y antimperialista. En el ámbito latinoamericano, estaban jugando papel importante “La Nueva Canción” en Chile y Argentina y la “La Nueva Trova” de Cuba. Esta ideología progresista de la izquierda dio un fuerte impulso a la música popular en los años setenta en Venezuela, también ocurrió durante esta década, la bonanza petrolera. Bajo este espíritu nacionalista, se emprende una cruzada de apoyo a la cultura popular, por parte del sector cultural oficial, los intereses del Estado, convergen con una ideología progresista de izquierda. Es la época pujante de grupos como; “Un solo pueblo” “Madera” “Con \_Venezuela”, por demás vigente Alí Primera, Cecilia Todd, Lilia Vera, Soledad Bravo. Ellos representaron, entonces, un espíritu de nacionalidad, empeñados en el rescate de una cultura que definía la autenticidad de la nación. Se creó un espacio oficial, en este contexto, provisto de abundantes recursos económicos, que permitieron las diferentes ramificaciones culturales.

No obstante, la realidad financiera cambia para los años de 1980, ello se representó en el recorte oficial de la ayuda financiera para programas de difusión de la cultura popular y de programas educativos para su difusión. Esta orfandad va a ser llenado, oportunamente, por instituciones privadas como es el caso de la Cigarrera Bigott, de Las Empresas Polar, a las que siguieron, luego, muchas otras.

En el seguimiento que hace Guss (2000) a la historia de la evolución de los talleres populares de la Fundación Bigott, da cuenta del camino recorrido por ésta, hasta llegar a convertirse en el centro de producción cultural. El incuestionable éxito de estos talleres se dio en medio de tensiones ocurridas alrededor del tema ideológico ¿Cómo despolitizar el discurso contra-hegemónico de la cultura popular, para privilegiar el hecho folklórico? El éxito de la agrupación musical “La Clavija”, y la autonomía de que ésta hacía gala no le resultaba conveniente a los intereses de la corporación multinacional. Para neutralizarle, era necesario convertirlo en algo propio de la empresa. Se abre el camino a la desmovilización de la cultura popular con la

apropiación de la misma por parte de dicha empresa, la cual la convierte en parte de su imagen publicitaria (p.55).

Bajo esta óptica, la cultura popular ya no es ese agente liberador que pudiera conducirnos al “hombre nuevo”, sino que, se convierte, en iconos para el consumo. A través de sus campañas se percibe, que nuestra nación no tiene rostro propio, sino que deviene de la fusión, de un mosaico de semblantes e imágenes que nos integra culturalmente.

En resumen, la Fundación Bigott, no ha ocultado la razón de su creación, simplemente, la ha revestido de una imagen auspiciosa y de beneficio colectivo, faltaría por responder, para quien son los beneficios, si para la empresa, o para el interés público. Si bien, desde un comienzo la Fundación Bigott, definió su perfil comunicacional, su misión iba a ser promocionar y difundir la cultura tradicional venezolana, para ello debieron valerse de los medios masivos, trabajando con símbolos o signos la identidad de cultura tradicional. Así mismo, cabe recordar que la formación y consolidación de la noción de estado nación, que apeló a la cultura popular o folklore, como recurso de integración “con la misión de transformar en símbolos unitarios, ciertas manifestaciones populares son seleccionadas y privilegiadas para representar conceptos abstractos como el alma nacional, cuyo halo protector deberá ejercer la función de elemento cohesión del colectivo” (Salas, 2001).

La cultura popular, se encuentra invertida en este discurso de un lenguaje técnico propio de la publicidad. Se le percibe, como un producto creado para el consumo, que debe ser de calidad, para cumplir con las aspiraciones de capitalizar los mercados.

La cultura popular, convertida en fetiche y objeto se ve reverenciada por sus cualidades mágicas y su fuerza espiritual. Ella representa los valores del alma en el drama de la nación, cabría preguntarnos ¿la conjunción del alma nacional junto a la representación idealizada por lo popular, no estaría ofreciendo también un uso populista de la tradición? El populismo, convierte a la cultura en fetiche y en

mercancía. La nación se transforma en blanco y objeto de consumo el pueblo, el sujeto y actor de lo popular es sustituido por el producto que debe ser defendido a través los medios masivos.

El repunte de la cultura popular en el colectivo venezolano, constituye un tiempo histórico indefinido, no obstante, fue a partir del 1948, cuando el pueblo como protagonista, escenificó la cultura de la nación, en la toma de posesión presidencial del gobierno de Rómulo Gallegos. Cabe recordar, la ayuda promocionada por la Fundación Pampero y la Fundación Polar.

La cultura popular, convertida en industria popular es domesticada y cosificada, secuestrado su sentido contestatario. Para ello, se le idealiza y descontextualiza de su entorno social. La cámara fotográfica, no enfoca los rostros de la pobreza, sino el colorido, la luz, los movimientos, las danzas y el arte ensalzados para mostrar su lado luminoso.

En la noción de identidad forjada en el sincretismo y la búsqueda de raíces, tampoco existen los problemas que engendran el racismo, la exclusión social y la pobreza, no se habla sobre rebeldía y luchas populares, cimarronaje, esclavitud, vicisitudes del pueblo, la cultura subalterna y turbulenta de los masas.

La identidad, se hace colectiva y se aloja en la noción de patrimonio cultural de la nación. Para hacerlo colectivo hay que masificarlo. La tradición, se hace más permeable y eficiente para penetrar los distintos sectores sociales. Así, la revalorización de la memoria y patrimonio cultural, se ofrece como técnica fértil para la expansión de la industria cultural.

Vemos a menudo como, los políticos, intelectuales, la academia y la voz letrada, hablan por y sobre la nación. A través, de publicaciones de revistas o periódicos, desde imágenes televisivas se nos acerca al pasado colonial y republicano, para ir construyendo una representación de cómo se ha ido construyendo la nación. Se habla en nombre de la memoria y patrimonio histórico, haciéndose invisible el

sujeto, el verdadero sujeto de la cultura, primera fuente de identidad. Virtualmente, reconocemos nuestra geografía y nuestra cotidianidad, la historia pasada y la actual. Se modela una imagen, una ilusión de lo nacional desmontada de su actor principal, el venezolano, cuya imagen, casi siempre, nos llega distorsionada.

Las representaciones de nación, identidad y patrimonio, poco a poco han sido atrapadas por una economía simbólica, que a la vez que privatiza el espacio público y se adueña de él, crea paradójicamente, la ilusión a la gente, de que esas representaciones pueden conservarse. Así, una nueva esfera de círculos, reestructuran la memoria cultural, reorganizando las relaciones entre consumismo, ciudadanía y derechos humanos.

Para Lander (1994) vivimos en una época en la cual se plantea el fin de la historia. “El trayecto cubierto por los países centrales representa el curso que tiene que ser recorrido inexorablemente por las demás sociedades del planeta; la humanidad habría llegado al agotamiento de las ideologías, ocaso de la utopía, cese de las alternativas”. Estamos, igualmente, en la era del fin de la política como debate y toma de decisiones sobre las metas individuales y colectivas. No parece tener sentido la controversia pública sobre asuntos que manejan más adecuadamente los expertos. Las cuestiones sobre las que habría que decidir son, cada vez más de naturaleza científica tecnológica o económica y de gerencia. En el terreno de los especialistas, no hay lugar para la opinión no informada, ni para la controversia democrática. Desaparecen así, en esta visión del mundo, las alternativas culturales. Hay un solo modelo, el individualismo competitivo de las sociedades capitalistas liberales, lo no compatible con la exigencias económicas y tecnológicas de la sociedad moderna no son relevantes.

Se considera indispensable, por lo tanto, la realización de profundas mutaciones culturales, en aquellas sociedades del mundo periférico cuyos patrones éticos y de comportamiento son obstáculo para alcanzar el objetivo común del desarrollo que hoy se plantea la humanidad. Se trata de transformaciones que

permitan a esas sociedades salir de la historia, alcanzando a las sociedades industrializadas. La búsqueda de opciones a esta imagen del mundo fue el hilo conductor del primer nudo problemático “universalismo- particularismo, identidad y pensamiento crítico”. Su propósito fue identificar y debatir algunos de los principales problemas de orden global en relación a las dimensiones culturales, valorativas y epistemológicas a partir de las cuales se reflexionan hoy, las dificultades del llamado tercer mundo y su inserción en el sistema mundial.

¿Es la modernidad una expresión universal del proyecto histórico de la humanidad como especie o es, por el contrario, el resultado de la posición de una experiencia histórica cultural particular de la cultura occidental sobre el resto de las culturas del planeta como consecuencia de su superioridad psicológica?

¿Será posible pensar la modernidad como proceso más abstracto, que dé cuenta de diversos procesos socioculturales alternativos, como algo diferente a la identificación de la modernidad con la experiencia sociohistórica particular de la cultura occidental?

¿Cuáles serían los rasgos distintivos de la modernidad concebida en estos términos?

¿Sería posible pensar y realizar en el mundo contemporáneo rutas alternativas hacia la modernidad? Rutas y caminos alternativos que signifiquen asumir la experiencia de la modernidad en forma consciente a partir de las propias tradiciones y condiciones socioeconómicas y culturales particulares como un proceso creativo que reconozca y valore las propias especificidades culturales y no como un producto impuesto desde afuera, o un proceso que implique necesariamente la autonegación como cultura y como identidad colectiva.

¿Cuáles son los valores, tradiciones históricas y culturales, experiencias colectivas que pueden ser recuperadas en la construcción colectiva de un proyecto moderno alternativo a partir de estas premisas?

¿Será posible una asimilación crítica de la experiencia de la modernidad a partir de la propia experiencia cultural o es, por el contrario, el regreso fundamentalista etnocéntrico a la propia particularidad cultural, ejemplo el fundamentalismo islámico, la única forma de cortar o retardar la asimilación a una sola cultura universal?

¿Cómo repensar la relación entre la tradición y la modernidad?

¿Será posible, a partir de la crítica actual desde los países centrales y desde el mundo periférico a los excesos de una racionalidad instrumental desbordada encontrar otras experiencias culturales valores de solidaridad, identidades colectivas que sirvan de piso a la modernidad?

¿Cómo plantear hoy las complejas relaciones entre lo universal y lo particular, entre el universalismo y el pluralismo cultural?

Para Moreno (2005), la respuesta a estas últimas interrogantes están en la episteme popular. En ella define al venezolano como “el homoconvivalis, el homovenetiolanensis. Quiere resumir, todas las connotaciones del latino convivium del platónico simposium, que en el castellano es banquete y en el venezolano es sancocho”. (p.325)

No obstante, aun cuando se muestran de acuerdo con esta aseveración de Moreno, para algunos teóricos, entre ellos Capriles, también en esas barriadas, el proceso globalizador ha hecho mella en esa descrita característica del venezolano. En todo este proceso globalizador, y ante las clásicas preguntas kantianas, los postmodernos dan respuestas que nos conectan más, con el nihilismo nietzcheniano, que, con corriente tradicionalista alguna.

Así, ante la interrogante ¿Qué puedo conocer? La respuesta es inmediata...Nada, o por lo menos nada verdadero... ¿Qué debo hacer? Nada, sobre todo si nos fijamos en el debo, ¿Qué me cabe esperar? Nada; no hay nada futuro hacia

lo que proyectarse. El presente no se espera. ¿Qué es el hombre? Nada, apariencia de sí, seducción, acontecimiento puro.

La respuesta a la última pregunta acaba con el humanismo tradicional de la modernidad, pero también con el humanismo de Nietzsche y de Sartre, humanismo triunfante que se inicia a partir de la muerte de Dios. Esta pérdida del hombre, no es el infierno de la deshumanización, sino, un campo de posibilidades. Este nihilismo se abre a lo posible. Pero no todas las posibilidades están abiertas sino solamente aquellas que están inscritas en la episteme de la modernidad, las posibilidades del individuo, más individualizado que nunca; de las otras, ya no quedan. De ellas hay que desprenderse sin desencanto. Cierre, desde la postmodernidad a toda posibilidad de otra episteme.

¿En todo este proceso de negación, a que se aferra el hombre joven de hoy? Siguiendo el orden arriba establecido, tendríamos que contestar...A nada.

Hemos hecho referencia a la suerte, seguida por muchos de ellos, en los barrios marginales, haciendo gala de su rol de malandro antihéroe. Algunos pocos se aferran al camino de las artes o la academia. Poquísimos están familiarizados con la cultura tradicional y con las formas también tradicionales de cómo el venezolano se relacionaba con la naturaleza.

De la pelota sabanera, tampoco queda nada, de la fiesta de volar papagayos muy poco, desplazados como han sido, por esos exitosos “globos de los deseos” no sabemos si estos deseos son chinos o criollos. De las conversaciones en la mesa familiar, menos que nada. Qué de los amistosos encuentros en las plazas públicas, nada, de las patinatas, serenatas o misas de gallo, nada. Entonces, ¿Qué queda de nosotros y en qué espacios se relacionan los venezolanos de hoy?

Nos remitimos a lo expuesto por Bermúdez (2003). Según ella, los jóvenes construyen las representaciones de sus identidades y diferencias en tiempos de globalización, de formas y maneras muy poco tradicionales.

Este análisis, quizás, nos ayudará a superar las formas folclorizantes y patrimonialistas (posición ésta que, al igual que el nacionalismo, supone que las identidades se apoyan en un patrimonio nacional constituido por el territorio y colecciones de objetos y héroes fundantes de la memoria nacional) características que solemos encontrar tanto en organizaciones culturales oficiales, como en fundaciones privadas y asociaciones civiles, las cuales constantemente se expresan, refiriéndose a nuestros jóvenes, como “consumistas” “vanidosos” y “manipulables” y que los problemas referidos a las identidades culturales de nuestro país, surgen porque los jóvenes no tienen “identidad” ni “valores culturales”.

Para Bermúdez (2003), los “Malls” (Centros comerciales de Maracaibo) al igual que en toda Venezuela, se han convertido en los espacios principales de recreación y socialización. Así como, los procesos de interacción y consumo simbólicos que los jóvenes establecen, a partir de su encuentro en los espacios: Territorios simbólicos, sociabilidad y consumo simbólico.

Estos “Malls”, han sustituido los lugares públicos o tradicionales de encuentro en las ciudades. El encuentro en las plazas y calles han sido desplazadas por estas “localidades fortificadas”. Son nuevos espacios de cohesión social, en la medida, en que ellos, los individuos, o los grupos, encuentran la unidad perdida con la ciudad y la comunidad, pero, y al mismo tiempo, son territorios de la expansión de las diferencias sociales, de nuevas formas de distinción, organizadas bajo los rituales de la moda y el consumo (Medina, 1997).

En América Latina, los “Malls” son nuevos escenarios para la construcción de representaciones de las identidades juveniles en tiempos de globalización. En medio del caos, la pobreza y el desorden de las grandes urbes a mediados de los ochenta, aparecen los “Malls” (Bujanda, 1999). En Venezuela el centro comercial Plaza Las Américas, el CCCT, el Sambil, fueron los primeros.

Las idas a los “Malls” constituyen una de las formas en las cuales los jóvenes independientemente de su condición social, experimentan culturalmente entre ellos

las relaciones contradictorias de homogeneidad y diferencias propias de los procesos de globalización.

Según Sarlo (2001) los grandes centros comerciales “Shopping Center” o “Malls” han desplazado al llamado centro de las ciudades. Al ruido y desorden de estas, se antepone estas “cápsulas espaciales condicionadas por la estética del mercado “donde es posible realizar todas las actividades reproductivas de la vida”. Se come, se bebe, se descansa, se consumen símbolos y mercancías. Estos espacios simbólicos se han impuesto con gran velocidad en la costumbre urbana. (p, 15).

Sin embargo, es interesante observar, como en el caso específico de los jóvenes, su homogeneización dentro de estos centros no es total, pues entre ellos, se distinguen varios grupos, cada uno con su territorio demarcado, aunque en términos generales en su mayoría, son jóvenes estudiantes pertenecientes a la clase media y en edades comprendidas entre 13 y 17 años. Por un lado, se apropian de estos espacios convirtiéndolos en su lugar predilecto para sus prácticas simbólicas, pero, al mismo tiempo, en elementos claves para su diferenciación. Generalmente, en los espacios externos los toman “los rockeros” y aquellos que hacen de la patineta su diversión preferida. Mientras dentro del “Malls”, uno de los elementos determinantes en su diferenciación es el “look” y forma de vestir y de peinarse. Hay una relación de inclusión y exclusión en permanente conflicto a partir de las representaciones que los distintos grupos tienen de sí mismos y de los otros. Se evidencia ausencia en los espacios del “Malls” de los sectores pobres urbanos, tampoco se permiten mendigos ni “huele pegas” prostitutas, vendedores ambulantes.

Se observa, un tercer grupo considerado como “normal”, este grupo perfectamente integrado a las normas tácitamente aceptables para su estadia en el “Malls”. “vestidos, peinados, accesorios y maquillaje” junto a los itinerarios comunes, forman parte de un ritual de integración, que se inicia con la construcción de la imagen física, a través de la cual, desean ser percibidos como iguales o diferentes por los otros jóvenes y que, se completa con los itinerarios comunes de

recorrido al interior del “Malls” y las prácticas simbólicas compartidas y aceptadas tácitamente por todos. Sus vestuarios parecieran una prolongación de las exhibiciones de las vitrinas y sus prácticas y recorridos, son imágenes de una película que se repite una y otra vez y en cada visita al “Mall” (Bermúdez, 2008)

El “acto de comprar”, no resulta significativo en la interacción con los otros, ni en el acto de ir al “Mall”. Estos espacios se van extendiendo a los territorios de otras ciudades donde los individuos van encontrándose cada vez menos ligados unos a otros por relaciones que se creían más naturales que colectivas, y por eso los viejos cuadros de socialización, familia, escuela, comunidad o entorno próximo, pierden su eficacia. En el caso de los jóvenes, ese despegue de las relaciones naturales y de los más próximos, implica la búsqueda de nuevas formas y lugares en donde vivir sus experiencias colectivamente, incluyendo sus necesidades afectivas y redes de solidaridad.

En su conversación es recurrente escuchar: “Sabes lo que pasa, yo te voy a explicar lo que pasa, que cada uno vive por allá y otro por allá y ninguno está junto... Y por tu casa, por lo menos yo no me la paso con nadie porque sin como dijo este... son unos fresitas y aquí llego y encuentro a un chamo, a una chama, es bien y me gusta estar con ellos y me siento bien. En este sitio nos sentimos cómodos, nos mantenemos aquí, porque a veces en las casa a los padres no les gusta cómo nos vestimos y entonces comienzan a criticarnos y se lo mantiene regañando a uno y eso es lo que crea el problema, en cambio aquí entre nosotros nunca nos criticamos. Somos espiritualmente muy unidos, somos como hermanos... si nos quitan esto aquí, nosotros nos deprimimos (Entrevista a jóvenes rockeros). Deducimos entonces, que el estar juntos es el motivo principal de sus visitas al Mall. Solo un 7% manifiesta explícitamente ir de compras (a no ser comidas en las ferias y entradas al cine). Pararse frente a la vitrina y comentar lo que les gusta es lo normal, comprar es la excepción. Este comportamiento constituye, por lo general, el ritual de integración y afirmación de cualidades, que hará la mayoría de los jóvenes en el interior de los dentro del Mall.

Para estos grupos, el consumo es básicamente cultural y en este aspecto el “look” y la moda pasan a ser los elementos fundamentales en la construcción de sus representaciones. No hacen falta palabras, los objetos se vuelven valiosos para la construcción de las identidades y diferencias. La ropa, accesorios, peinados, estilo, maquillaje se convierten en los objetos principales de consumo simbólico y es precisamente el significado cultural y el valor de un intercambio simbólico que los jóvenes atribuyen a estos objetos lo que constituye la base de los procesos de afirmación y destrucción (García Canclini, 1993:34).

En las entrevistas expresan, “...Ellos son unos sifrinos, vacíos, porque todo es “yo no me voy a vestir así porque a la gente no le gusta...” viven en un mundo de fantasía, viven de la gente, están atados, mientras que nosotros no nos copiamos, somos únicos, somos originales, así, otros se copian de nosotros...

Esta función de la moda como objeto y símbolo de construcción de representaciones de igualdad y diferencia, ha sido ampliamente estudiada por Lipovetsky (2000: 42-52). Según él, la moda ha permitido en las sociedades modernas simbolizar un estado de igualdad y reforzar el sentido de pertenencia a una comunidad política y cultural, pero, al mismo tiempo, ha funcionado como símbolo de diferenciación y destrucción.

La definición de las identidades a partir de la construcción de imágenes corporales mediadas por el consumo globalizado de símbolos y mecanismos, hace que hoy las identidades juveniles sean cada vez más cambiantes. La moda es efímera, puesto que está dominada por la novedad y el cambio y por tanto proporciona referentes de identidad muy frágiles.

Martin Barbero (2000), plantea en relación a los jóvenes que, estamos “ante nuevos modos de percibir y narrar la identidad y de la conformación de identidades con temporalidades menos largas, más precarias, pero también más flexibles, capaces de amalgamar, de hacer convivir en el mismo sujeto, ingredientes de universos culturales muy distintos” (p.61).

Estas identidades tan cambiantes como el “look” o la moda, son también el producto del debilitamiento de otros discursos e ideologías principalmente de carácter político como referentes en la construcción de representación de identidades, sin olvidar el papel que los medios de comunicación tienen en los mismos.

Los “rockeros” vestidos de negro, con ropa ancha, exhibiendo accesorios y peinados singulares, tatuajes piercing, atuendos que entrecruzan diversas temporalidades, evocando principalmente las décadas de los sesenta y setenta. Asocian la vestimenta con la música rock en sus diversos estilos, esto los hace diferentes a otros grupos como los sifrinos.

Estos jóvenes expresan explícitamente profesar una “ideología” que los hace diferente a los jóvenes de los sesenta o setenta, pues ellos no tienen que ver con el cuestionamiento social o político, sino con posiciones más individualistas acerca del derecho y libertad de escoger sus formas de vestir y su música. Confiesan “La política no nos interesa, es para viejos, aburre, si quieres estar con nosotros, aquí no se habla de política no nos interesa para nada”.

Sin embargo, los jóvenes “normales” muestran mayor disposición para ahondar sobre problemas políticos, así como un mayor grado de información sobre ello. En ello juega importante papel la familia.

Los jóvenes construyen sus experiencias de vida mediados, cada vez más, por el consumo de símbolos globales provenientes de diversos lugares sometidos a una fugaz permanencia. Nadie más acorde que los jóvenes en estos tiempos de globalización. Ellos viven hoy lo que Lechner (1990), llama al tiempo del “presente continuo” potenciado por la novedad, cambios y entrecruzamientos constantes de temporalidades debido a la obsolescencia acelerada de los símbolos de la juventud que se crean y promueven a través de los medios de comunicación. Ser joven es “vivir la vida” “no tener preocupaciones”.

Se trata, pues, de comprender una temporalidad social y un ritmo social distinto, que se relaciona con maneras diferentes de entender y construir las representaciones de identidades.

Sin embargo, una cosa es evidenciar la tendencia a la transformación del orden local debido a los procesos de globalización, y otra afirmar que el orden local está desapareciendo.

Y, pasando a otro espacio del problema que nos ocupa... ¿Qué fue de aquella mujer venezolana, hogareña, romántica, sumisa? Si volvemos al juego nihilista, tendríamos, también, que contestar... queda poco de ella.

Revisemos un extracto de lo expuesto por Virginia Vargas en su investigación sobre Los feminismos latinoamericanos y sus disputas por una globalización alternativa. (Vargas 1990,180).

La mujer latinoamericana debe enfrentar hoy, un difícil reto, representado por la lucha permanentemente actualizada, cuidando de reflejar como se plantea en el “hoy” y como se vincula al proyecto global. La constante se traduce en la lucha de la mujer “al derecho a tener derechos”. Sus luchas, que se agudizaron en las décadas de los setenta y ochenta, ahora, se orientan a politizar el malestar de las mujeres en cuanto a lo privado, dejando atrás lo que antes se consideraba tabú; la violencia doméstica, sexualidad, derecho a conservar su nombre propio, y en ampliar el concepto de democracia. “Democracia en el país y en la casa” fue la consigna de las mujeres chilenas en la época del gobierno de Pinochet. En la década de los noventa, el hoy aparece con la urgencia de consolidar lo enunciado, con leyes y garantías para que los gobiernos puedan hacerse cargo del problema de la exclusión de las mujeres, no sólo en el ámbito nacional, sino global. En el nuevo milenio, el hoy es una lucha por la justicia de género y la justicia social, disputando sentido y orientaciones a la globalización neoliberal, enfrentando sus impactos injustos y excluyentes, con respectiva feminista incorporada.

“No son procesos fáciles porque no estamos viviendo época de cambios sino cambio de época” (Informe de Desarrollo Humano Chile: 2000)

Estos múltiples procesos han generado actitudes defensivas, mayor individualismo, creciente fragmentación, surgimiento de fuerzas políticas identitarias y fundamentalismos. Pero también, han generado una ampliación de los horizontes de transformación de los movimientos sociales, lo cotidiano, lo global, así como nuevas formas de existencia.

Si bien la globalización, ejemplifica las peores tendencias capitalistas de expansión y dominación, también provee de oportunidades a ciertos grupos de mujeres que han podido dejar atrás los peores excesos de opresión patriarcal. Las mujeres tienden a doblar su carga de trabajo en la sociedad, todos estos cambios económicos, han producido cambios en el orden de género en la erosión del salario familiar tradicionalmente sustentado bajo el poder masculino, su falta de estabilidad laboral, lo que permite la incorporación creciente de la mujer en los mercados de trabajo.

Giddens, (1996) hace reiterada referencia al constante proceso de des-tradicionalización, que tiende a debilitar costumbres arcaicas y sentidos comunes tradicionales, entre ellos los relativos a las relaciones entre los sexos, derivando hacia una “sexualidad plástica y flexible” y a los valores familiares unívocos, lo que provoca resistencia a la defensa de estos valores. Ello no implica la desaparición de la tradición, sino más bien un cambio en su status, al dejar de considerarla como algo incuestionable y verla como abierta a interrogación, es decir, algo sobre lo que se pueda decidir. (Giddens, 1996)

Se han dado cambios notables en dimensiones reproductivas y sexuales, así como en las instituciones que la consagran. Debilitamiento de la familia nuclear y surgimiento de nuevas formas de familia, así como una tendencia creciente a separar la paternidad y maternidad biológicas de lo social.

Los impactos de estas modificaciones económicas y culturales en las mujeres, le permiten una mayor capacidad de negociación, facilitando su comprensión a una de un mundo al cual deben ver y vivir como “un todo”. Se transforman las subjetividades sociales, y se amplían y transforman los sitios de actuación de la política la cual se expande más allá del derecho al voto y representación entrando en la intimidad de la vida cotidiana de los ciudadanos y ciudadanas por un lado y los sistemas globalizados por el otro.

Las exigencias del reconocimiento de las diferencias han llegado, incluso, a opacar las exigencias de igualdad social, sin embargo, lentamente, a lo largo de la década de los noventa, se ha expandido la conciencia de los derechos, en el ámbito planetario, a lo que ha contribuido al surgimiento de nuevos movimientos a escala planetario, tales como; el movimiento ecologista o de defensa de la naturaleza, la defensa de los derechos humanos, o nuevos contenidos de la movilizaciones como la toma de las calles urbanas por la gente, casi simultáneamente en distintas partes del planeta.

En cuanto a los impactos de la globalización en los sujetos feministas. Los marcos denotan esquemas de interpretación que les permiten a los individuos, ubicar, percibir, identificar y rotular los acontecimientos en su vida cotidiana y en el mundo más amplio, siendo los marcos los que dan significado a eventos y acontecimientos, le dan sentido al mundo y organizan la experiencia guiando la acción individual y colectiva. Se generan, así, nuevas conexiones, nuevos canales y modos, destruyendo los viejos y sufriendo en este proceso un sin fin de mutaciones y evoluciones. Las identidades se movilizan permanentemente, evitando la fijación en una sola, porque los marcos simbólicos y discursivos son mucho más amplios, variados y móviles.

¿Cuál sería, entonces, la forma de unidad colectiva que permita respetar y desplegar las diferencias?

¿Tal vez están emergiendo formas, formas nuevas de lo colectivo, más flexibles más livianas y fugaces?

Muchas de las dinámicas feministas, al menos en América Latina empiezan a orientarse hacia esta nueva realidad saliendo de lo tradicional local para poder englobarse en lo planetario.

En este intento de no quedar “fuera de la historia”, han surgido un sin número de intentos e iniciativas, no solo en el ámbito del feminismo, sino en todos los demás aspectos. Para ello ha sido necesario flexibilizar viejas exclusiones.

## **CAPÍTULO FINAL**

### **A MANERA DE CONCLUSION... REFLEXIONES FINALES FRENTE A UN POCILLO DE CAFÉ**

Afortunadamente, quedó atrás la “turbulencia do mar”, otra vez nos encontramos en la cálida habitación donde, siempre elegante, me recibe su único amo y señor... Federico... Su mirada habla de satisfacción, de esa serenidad que, a menudo, sentimos luego de vencer obstáculos. Más allá, sonrío la débil columna de humo escapada al pocillo de peltre que tiene dibujado un caballito de mar, mientras, en el aire hace arabescos el aroma familiar... café.

Todo, parece invitarnos a la reposada reflexión, a la espontánea confidencia. Recuerdo, ahora, a Don Mario Briceño Iragorri, cuando refería que fue, Don Arístides Rojas, quién nos dejó escrito el recuerdo de las primera tazas de café venezolano cuando, por allá por 1775 dieron sus frutos los arbustos plantados en sus haciendas de Chacao por el padre Mohedano y por Bartolomé Blandín, nos dice, también que fueron aquellos muy buenos tiempos para esta provincia, pues había “bastante dinero y espíritu festivo”. Era, para entonces, Gobernador de Venezuela Manuel González Torres de Navarra, muy recordado por sus iniciativas a favor de manifestaciones del teatro profano. Con ideas totalmente opuestas a las de su antecesor el Obispo Diez Madroñero quién no se avenía con el espíritu permanentemente festivo de los caraqueños, siempre pendientes de fiestas y bailes y quiso meterles en cintura con oración y penitencia, a fin de lograr la salvación de sus almas. A tal fin las calles cambiaron sus antiguos nombres por los de santos, en las esquinas se colocaron michos con imágenes siempre alumbradas en las noches. Sobre el segundo portón de

los zaguanes de las casas, debía ser colocada la imagen del patrono de la familia encargado de su protección.

Por todo esto, cuando Torres de Navarra quiso restaurar la alegría y el antiguo carnaval caraqueño, no encontró resistencia alguna, por el contrario, la aceptación fue unánime e inmediata. Estos nuevos alientos culturales encontraron su mayor punto de apoyo en el Castillo de San Felipe Neri, en las hoy, esquinas caraqueñísimas de Santa Teresa y Santa Ana. Su fundador el Padre Sojo (1771), inicia y fortalece uno de los más grandes baluartes de nuestra tradición musical.

Así, mientras en la Catedral el genio musical de los Carreño hace trascender la música académica, entre los neristas se cultivaba la música profana, con el único acompañamiento del “reír de la fronda y de las tiernas aguas que bajaban del Ávila”. Antes de hacerse música de salón fue la nuestra música bucólica. Mozart y Haynd fueron ensayados en Bladín y la Floresta, cobijados por el amor generoso del padre Mohedano, de Blandin y del padre Sojo. Allí nació nuestra música y también crecieron los primeros arbustos caraqueños de café, plantados por la manos progresistas del futuro Obispo de Guayana, quién nunca imaginó que aquel nombre dado a sus arbustos “como prestigio de las bendiciones de Ala” se bautizaría en cristiano con esa palabra que a diario recordamos los venezolanos de todas las clases sociales, generación tras generación: café.

Se saboreó la primera caza de café caraqueño oyendo las románticas melodías del cuarteto de José Manuel Olivares, Francisco Velásquez y de los Carreño. Así, curiosamente, nacen y crecen juntos café y música al compás del latir de una patria que ya siente la necesidad de hacer estallar los inicios de la gran batalla por la libertad.

De allí que, la tradición del café se enlaza en nuestra historia con la estupenda tradición de nuestra música, pero también, con las ideas revolucionarias, coincidiendo en especial con el propio nacimiento de la venezolanidad integral.

El café es la tierra y el trabajo que se convierten en unidad de cambio para mover el juego de las riquezas protegidos en principio, por el clero criollo y por la burguesía nacional, pero que luego, también se posesionaron del alma popular. La música es la voz de los espíritus que callan y buscan signos universales de expresión. Cuando en 1795 se sienten en Caracas los primeros aires de libertad, músicos neristas como lo fue el mulato Juan Bautista Olivares, hermano de Juan Manuel Olivares y Maestro de Capilla de San Felipe a quién se le acusó de tener superioridad sobre los de su clase al poder usar “esas cuatro especies mal combinadas que tiene el cerebro”. También, fue díscolo, mulato y músico Antonio Lauro bien entrado el siglo XX, como díscolos y libertarios fueron todos esos músicos de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Así le fue fácil a Vicente Salías encontrar a la vuelta de la esquina quién le pusiera música a su “Gloría la bravo pueblo”, mientras Boves se complacía en hacer degollar a cuanto músico tenía prisionero.

Los músicos, cargaban el mensaje de la libertad, así como el café guardaba el secreto donde descansaría la economía de la República. Es cierto que el cultivo del café, así como el de tantos otros cultivos que nos fueron tradicionales, se han venido a menos, como todo aquello que amerita el esfuerzo, amor y entrega para que fructifique. Los fáciles beneficios derivados del petróleo nos permiten ahora adquirir de otros suelos, el café con el que a diario aromatizamos nuestras mañanas, a nadie parece importar que su cultivo se acabe, pues a fin de cuentas ya no sabemos diferenciar si el aroma es genuino del nuestro o si viene de otros lares.

Sin embargo, siempre será el aroma que se inhala de una taza de café la mejor invitación para la confidencia y la reflexión. Ante ella, ha buscado expresión el alma de un pueblo sin formación interna, sin esa suma de valores regionales que hacen el distintivo de los pueblos. “en el confuso terreno de la realidad venezolana hemos dado tropiezos por entretenernos en la contemplación de puros espejismos”... “hemos escrito que nuestra gran tragedia cultural de pueblo radica en haber llegado sin llegar: vale decir, en haber usurpado posiciones que no nos corresponden por derecho propio. Es una falla a nuestro deber social, contrario a la sinceridad que nos reclama

la propia sociedad de la cual somos parte”... “reconozcamos, que somos un pueblo de presuntuosos, buscando siempre el camino fácil de tomar por anticipado los sitios que reclaman las sistemática de un esfuerzo lento y mejor orientado”. Presumir, no en su corriente acepción de vanagloriarse, sino en su soterrado significado de anticipo de la hora. Ha sido la tragedia cotidiana, menuda y persistente que ha vivido nuestra nación a todo lo largo de su dolorosa historia, a través de ella, han sido el asalto y la carrera para llegar más rápido a sitios que por naturaleza reclamarían de una idoneidad responsable, producto de ese trabajo soterrado y constante; del esfuerzo dignificante.

Ese afán desordenado para hacernos valer, ha sido nuestro mal en todas las órdenes de las actividades humanas. Un deseo de llegar antes de tiempo, un empeño de tomar los frutos aun ingrátidos, un tropicalismo desbordado que nos impele a la ruptura de los frenos que pudieran conducir el impulso hacía una racional conquista.

Llegar por donde sea y como sea, torcido o recto el camino, da lo mismo, siempre que conduzcan al ambicionado bien. Así, “olvidados de la lógica de la vida y de la necesidad de madurar las circunstancia, jamás hemos sabido esperar. Llevados por tentaciones que destruyen la armonía del juicio y la rectitud de la reflexión, hemos templado la desesperación alimentada por la presunción del cuadro falseado. Un cuadro imaginario de las cosas, hemos pasado, así, a la violenta carrera a la que empuja la inmadura estimativa de las cualidades personales.

Como aquel sembrador que cegado por la magia de los presuntos abonos, recoge a destiempo la cosecha. Nosotros, en nuestra función de cultura hemos arrancado con criminal anticipación las raíces sin madurar y hemos recolectado “bulbos sin sabia y flores sin aroma”.

Mientras aquí y allá, incansablemente hemos buscado las causas de nuestros males. Las academias de las ciencias, de las letras, de la política han procurado las respuestas sin lograrlo. Sin embargo... quizás esa respuesta esté cubierta con el envoltorio más sencillo “la camisa del hombre feliz”... tal vez, memorizando la

moraleja de este cuento infantil, pudiéramos aclarar lo que tan respetables sabios han sabido decir. El hombre más feliz del mundo no tenía camisa pero, contaba con todos los tesoros porque se tenía a sí mismo.

Pueblo que no medita el valor de sus propias recursos ha de caminar los opuestos caminos que conducen, o a la desesperación, o al pesimismo. Al pesimismo que nubla los caminos y lleva a esa actitud decadente. Kierkegaard define como un “no querer ser uno mismo” o, una renuncia al propio esfuerzo de realizarse en función de equilibrio de voluntad y de posibilidad. El otro camino es la euforia mal sana provocada por la falsa confianza en los propios recursos, que hacen mirar como ya realizado el acto acoplador del esfuerzo con el fin relativo de las aspiraciones. En lenguaje coloquial esto último se traduce en cheverismo tropical y folklórico.

Desprovistos como colectividad del sentido de cooperación, que haga fácil el esfuerzo común, hemos seguido el curso personalista de nuestros apetitos, con un sentido de autosuficiencia que nos ha llevado, en lo individual, a ser los solo jueces de nuestros actos y los dispensadores de nuestra propia dignidad.

No sin razón, apunta Key Ayala “gran parte de las desgracias de nuestra vida nacional se deben al empirismo, al desconocimiento de las razones fundamentales que rigen la marcha de las sociedades, de las empresas, de las industrias, en fin, a la ignorancia petulante vestida de suficiencia. Vale decir, a la presunción que es signo de nuestra conducta social, a la agresiva echonería y petulancia en las que pretendemos apoyar nuestra ignorancia”.

Un pueblo sin arquetipos morales, un país, donde no se ha prefigurado la imagen que debe dar forma a nuestro esfuerzo social, invita al asalto de las categorías.

Para Montaigne la desmedida valoración de uno mismo, conduce a la subestimación de los demás.

Quizás por ello, es frase conocida que, “en Venezuela nadie está en su puesto”. Por tanto, no somos un pueblo en estricta categoría política, pues, carecemos del común denominador histórico que nos de densidad y continuidad de contenido espiritual, del mismo modo que sí poseemos continuidad y unidad de contenido en el orden de la horizontalidad geográfica.

Venezuela, pese a esa portentosa historia que se pretende inculcar a los jóvenes estudiantes, resulta desde ciertos ángulos un pueblo anti-histórico, por cuanto nuestra gente no ha logrado asimilar su propia historia, en forma tal que pudiera hablarse de vivencias nacionales uniformes y creadoras que nos ayudaran a incorporarnos a nuestro verdadero acervo. Hemos repetido, que somos un pueblo de engreídos en el sentido de que asumimos la posesión de los que aún no nos pertenece, es engreído aquel que se adelanta al ejercicio moral de un derecho, el que prae-sume lo que el tiempo le reservaba para horas de madurez legítima. Y como a la presunción de funciones y actitudes sigue una línea sin continuidad geométrica en el plano de lo social y se rige solo por la falsa apreciación individual “viene, por consecuencia en el ordenamiento colectivo una dispareja y anárquica ubicación de valores que conducen para la efectividad del progreso a situaciones donde lo inestable e improvisado hace las veces de canon regulador” Briceño Iragorri (1954,300).

En una sociedad fundada sobre bases de presunción, vale decir, sobre supuestos ingravidos, sobre línea que carece de madurez realística, se vive en peligro de que toda creación por lo abortivo del esfuerzo, carezca de fuerza perviviente. La anticipación que caracteriza a la obra presuntuosa, condena a esta fatalmente a quedar en la zona de lo inacabado y pasajero. Sin energía para arraigar, sin densidad para lograr una ubicación de permanencia. Así las aparentes conquistas carecen de continuidad y método que les de fuerza para convertirse en tradición, capaz de impulsar en una línea lógica que dirija la marcha del progreso social.

Briceño Irragorri (1954) señala que:

El individuo, en la audacia de la carrera, en el afán de lograr fácil y rápidamente el objetivo, no solo usurpa lo que no es suyo, sino que con esto, destruye su propio valor positivo, se aleja de su propio marco, se deshace de los vínculos que le asegurarían un buen éxito y, desconociéndose a sí mismo se aventura a obrar, como si fuera otra persona, destruyendo, fatalmente el signo de su propia jerarquía; para ser lo que no es y, anulada esa personalidad, como todo presuntuoso se convertirá a la postre, en simple nulidad figurativa, en caricatura de sí mismo.

Según este autor “Estamos obligados a luchar contra el tránsito desesperado de la carrera, de la improvisación que condena a llegar con las manos vacías de realidades, esto es, a llegar sin ser nosotros mismos”. Briceño (1954).

En este contexto es particularmente preocupante, lo referente a nuestra educación que también lamentablemente, ha optado por un acelerado tránsito, que cuanto antes nos ponga en posesión de un título académico que nos permita abrirnos camino a través del ejercicio profesional. No importa que ese título carezca del respaldo de una cultura integral que nos eleve a condiciones de cumplir a cabalidad e idoneidad con las funciones para las que nos autoriza el certificado obtenido y, más importante aún, que mejor nos conecte con nuestra responsabilidad social e histórica. La sistematización individual del esfuerzo ha sido sustituida por el afán de llegar “correr más que andar”, es consigna colectiva de trabajo. Todo esto nos lleva a la obra improvisada, a una caricatura de pueblo, que más que de historia parece sumergida en historieta.

La lisonja y el falso esfuerzo son, casi siempre, artísticamente manejados por el escalador de oficio ese, tan emblemático personaje de nuestra sociedad quién con buen pulso y mejor tino dirigirá sus flechas de cupido hacia todo aquel que detente la cuota de poder que le sirva de peldaño a fin de lograr trepar hacia el objetivo deseado. Así, el amiguismo, el nepotismo, el clientelismo serán todas ramas del árbol frondoso de la corrupción. Ese clásico oportunismo que nos recuerda al emblemático Marqués

de Casa León, de quién se decía “ha estado en todos los gobiernos, a todos los ha explotado y también todos los ha traicionado”.

Sería bueno recordar que “siempre hay un tiempo para sembrar y un tiempo para recoger la cosecha” La improvisación nunca ha dado buenos frutos.

Sin embargo, en todo este mar de confusión y desilusión que hoy nos rodea, alivia el poder constatar hurgando en nuestro pasado histórico, que en etapas anteriores al advenimiento de este acelerado modernismo apalancado en Venezuela por la industria del petróleo, existió un venezolano mucho más reposado y por tanto mejor equilibrado para dar el valor necesario al tiempo, el cual tomaba para meditar y conversar al abrigo del fuego sagrado del hogar, en torno al cual se constituía la familia, la sociedad. Fuego este, donde vivían los Dioses protectores, por tanto debía permanecer siempre encendido. “Flammas ejus Lucifer matutis mis invernati” (Hállelo encendido el lucero de la mañana). Era este el fuego donde se cocinaban los alimentos que darían energía para la diaria faena, el mismo fuego que también proporcionaba el calor de hogar en aquella ya lejana Venezuela agrícola y sencilla que ya no está. Una Venezuela pobre pero dueña de su historia, de su libertad y autodeterminación nacional. Con la cultura del petróleo, sin embargo, aquel fuego de hogar pierde significado al ser reemplazado por encendido a gas o eléctrico. Se fueron con él la calidez en el ambiente que acerca a las almas y redime de impurezas. Tampoco existe ya aquel ritual que reunía a la familia en torno a la mesa para bendecir los alimentos, fueran estos abundantes o escasos, lo importante era mantener siempre la unión familiar y extender ésta a lazos de solidaridad con toda la comunidad.

Tal vez, aquella magia no se perdió del todo. Quizás, hoy más que nunca esa cordial y humeante taza de café nos invite a reflexionar y a conversar de tantas cosas que a todos nos inquietan y agobian. El hablar descansa el alma y alivia la mente y el espíritu. Hablar, remando en fantasías y nuevas esperanzas a través de la débil columna de humo, con ese aroma familiar que nos despierta cada mañana, que nos da

aliento para la diaria faena y nos permite comulgar con lo que en esencia somos: venezolanos con errores y aciertos, defectos y virtudes. Venezolanos soñando con rescatar aquella confianza que un día perdimos. Confianza que nos permitía vivir sencillo, humilde, pero con mayor plenitud esta existencia. Existencia, que llenábamos con valores y tradiciones propios de un nacionalismo que, sin negar el sentido universal y ecuménico, traducido en avasallante visión globalizante y multicultural, nos permite reconocer y resguardar la importancia de lo local, de lo regional, de lo nacional como puntos de apoyo y de partida, a fin de no terminar como veleta al viento. Es más que natural y humana la necesidad de pertenecer a algo, ser parte de un todo mayor a quién querer y defender hasta sentir el orgullo de hacerlo crecer...

¿Por qué nos empeñamos en romper con toda tradición?

¿Por qué esa tendencia a negar siempre el pasado?

¿Por qué no vemos como continuidad?

Al desvincularnos de nuestra historia, al suprimir fragmentos de nuestro recorrido perdemos el conocimiento acumulado en la tradición cultural, nos debilitamos y hacemos dependientes de guías de oportunidad que pretenden darle un nuevo sentido a la vida nacional.

La reflexión viene fácil y ligera, cuando contemplamos la tenue columna de humo escapada al pocillo de café, ello se transforma en una rara sensación de intimidad, de calidez, de protección, que nos impele a decir cosas que de ordinario no confesamos. Pudo ser, que alguno de aquellos antiguos dioses protectores del hogar, se escapara escondido en una bellota de café para poder, todavía hoy, dar alivio a nuestra angustia, trasmitiéndonos su bálsamo y compañía a través del humo mágico que todo lo aromatiza. Quién quita, que a través de ese humo nos lleguen imágenes y recuerdos, voces y acciones de aquel pasado histórico cargado de valores, de ideas de tradiciones que hoy, se encuentran en los vertederos del olvido y subestimación ¿Por qué no pensar que mucho de ello puede ser rescatable, remozado y adaptado a las nuevas circunstancias, conviviendo en armonía con los de reciente adquisición?

Reflexionar, sobre aquellos referentes que nos dejaron legado de honestidad, de solidaridad, de sencillez, de responsabilidad.

Meditar, sobre el porqué de nuestro rubor de ese desagradable sentimiento de vergüenza, cuando constatamos que son los jóvenes, los que dan un paso al frente y exponen su integridad para defender nuestra dignidad de pueblo. Nuestra necesidad de decir algo, cuando admiramos el resultado del esfuerzo de otros niños y jóvenes que actualmente van por el mundo “lavándonos la cara y ofreciendo disculpas por acciones de nuestra torpeza y petulancia. Niños y jóvenes armados sólo con su transparencia, su valentía y perseverancia, van hablando a ese mundo de la existencia de la valentía y riqueza espiritual de nuestra nación, bien a través de la ardiente y osada defensa valiente de sus sueños e ideales o, hablando el lenguaje de notas con sus instrumentos musicales, sus talentos deportivos, literarios o científicos. En la sonrisa de cada uno de ellos, vive la esperanza, y adivinamos la jovialidad y cordialidad del venezolano de siempre. A todos nos toca contribuir para que esa esperanza se convierta en sustancia. Confianza en lo que realmente somos, como individuos y como pueblo. Conciencia plena y demarcada del espacio del cual somos responsables y de la coordinación de este con el espacio mayor.

¿Porque no pensar en la materialización de ese sueño? ¿Por qué no tener confianza en que nuestra sensibilidad de pueblo que pronto logrará emerger de la sombra detrás de la cual, hoy, pretendemos refugiarnos huyendo de nuestro propio espejo?

Tal vez, ese día no esté tan lejano.

Nuestro actual acontecer nos dice que, ha llegado la hora de dejar a un lado nuestra “picardía y viveza criolla”, nuestra costumbre de escondernos y “pasar agachaos”, cuando la situación no nos es favorable. No es momento para el “cuanto hay pa’ eso, ni menos para el “quítate tú para ponerme yo”. Es el momento de dejar de ser valentones y pasar a ser valientes y poder así, “ponerle el pecho” a la situación

pues, todo nos anuncia que “se acabó el pan de piquito” y, ya “la luna no es de pan de horno”. Eso sí sería “cheverísimo”.

No olvidemos, que si bien, una parte de nuestra niñez y juventud están dando una lección al resto de esta nación que, aparece aletargada por un diario acontecer, a cuyo peso y dimensiones no estamos acostumbrados, no es menos cierto que son, cada vez más, los jóvenes y adolescentes que están siendo ganados por la drogadicción y la prostitución, mientras otros “juegan a vaqueros” y “a la guerra” matando “gente de verdad”.

Tampoco nos es dado, ver sin preocupación la también, cada vez mayor disposición de nuestra juventud más talentosa, para abandonar estos lares y sembrarse en tierras extranjeras, mucho más ahora, cuando saben que pueden desayunar arepas en muchas partes del mundo, con más facilidad que en Venezuela.

Hemos podido, ahora, comprobar lo poco profundo de nuestras raíces históricas, cuando ante la menor dificultad, corremos a sembrarnos en otras latitudes y aun, quedando acá, nuestros sueños y deseos ya no pertenecen a este suelo.

Sin embargo, todo ello es comprensible cuando descubrimos, así mismo, que antes de iniciarse la diáspora de los últimos tiempos, ya quedaba muy poco de aquel país que muchos conocimos y quisimos, antes de que se encandilara ante los sueños de un incipiente modernismo, encandilamiento casi convertido en ceguera, por la ambición de poder y un exagerado individualismo.

Es hora de despertar y convencernos que no somos ese país de inmensas riquezas, como nos han hecho creer. Convencernos, también lo tonto que ha sido nuestra viveza, Por último, convencernos que “el maná no llueve del cielo”, sino que, por el contrario, se gana con el diario esfuerzo.

Qué bonito sería dejar de estar solo interesados en el efecto vitrina de nuestro Sistema de orquestas, por ejemplo, y verlas no como un simple espectáculo o

diversión y en cambio aprender con ellos su organización y disciplina, logradas a fuerza de perseverancia y duro trabajo; aprender de su solidaridad haciendo cada quien lo mejor en su espacio, coordinados todos por una eficiente batuta direccional, cuyo objetivo mayor esta en lograr la más pura melodía.

Qué bonito sería, tener algún día la suerte de presenciar ese concierto final, siendo nosotros mismos, sin egoísmos ni presunciones, sin petulancia ni enfermizos protagonismos... que bonito sería...

Seguramente, ese calor humano no tardaría en derretir las odiosas rejas, con las que pretendemos protegernos y que solo terminan en hacernos prisioneros de nosotros mismos. “Yo, tengo un sueño”, confesó, entonces, Martin Luther King, somos privilegiados de poder, ahora, ver parte de esa su realización... ¿Porque no regalarnos la capacidad de imaginar el poder compartir esa gran gala a la que, seguramente, también asistirán muchas de esas imágenes venidas del pasado, referentes que aquí hemos recordado y que, con entusiasmo aplaudirían de pié, desde algún balcón... Entre ellas, unas pupilas azul de los tiempos, en un minuto, nos contarían la historia de un pueblo que, al fin, logro vencer su propia desidia...Federico...

Tal vez, ese día, llueva café... Brindemos porque... Así sea.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alemán, C. (2001). II Simposio Venezuela: Tradición en la modernidad. Los Rostros de la Identidad. Fundación Bigott. Caracas.

Altez, Y. (2003). Apuntes para un nuevo debate sobre identidad cultural. En: Daniel Mato (coord.): *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*. (pp: 79 – 95).Caracas: FACES – UCV.

Arenas, N. (1997). *Globalización e Identidad Latinoamericana*. Nueva Sociedad, N° 147. Enero, Febrero P. 123. Caracas. El Impulso (15-09-96).

Arendt, Hannah. (1974). *Los orígenes del Totalitarismo*. Traducción de Guillermo Solana. Madrid, Taurus Ediciones S.A.

Baudrillard, J. (1998). *El otro por sí mismo*. Anagrama, Barcelona.

(1978). *Cultura y simulacro*. Editorial Kairos. Barcelona.

Bermúdez, E. (2003). Malls, consumo cultural y representaciones de identidad juveniles en Maracaibo. En: Daniel Mato (coord.): *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*. Caracas: FACES – UCV.

Briceño Guerrero, J. (1998). Identidad y cultura popular. En Alemán C. E. y M.M. Suárez (Comp.) *Venezuela: Tradición en la modernidad* (pp.33-54) Fundación Bigott. Equinoccio: ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Briceño Irigorri, M. (1972) *Alegría de la Tierra pequeña, apología de nuestra agricultura antigua*. Caracas. Ediciones Edime.

Briceño León. R. (2001). El orgullo y la vergüenza de Venezuela. En Alemán C. E. y F Fernández (Comp.) *Los rostros de la identidad* (pp.259-270). Caracas. Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

(1953) *Dimensión y urgencia de la idea nacionalista. Pequeño discurso sobre la venezolanidad y americanidad*. Madrid Ediciones Bitácora.

(1945) *Formación de la nacionalidad venezolana*. Caracas Editorial Venezuela.

(1954) *Mensaje sin destino. Obras selectas*. Madrid- Caracas. Ediciones Edime.

(1954) *Casa León y su tiempo*. Obras selectas. Madrid- Caracas. Ediciones Edime.

Brito García, L. (2001). Leyenda negra de la identidad del venezolano. En Alemán C. E. y F Fernández (Comp.) *Los rostros de la identidad* (pp.177-184) Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Caballero, M. (1998). *Defensa e ilustración de la pereza*. Caracas Venezuela. Alfa Grupo Editorial.

Caballero, M. (2001). Conciencia nacional y conciencia histórica. En Alemán C. E. y F Fernández (Comp.) *Los rostros de la identidad* (pp.197-204) Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Capriles. A. (2011). *Las fantasías de Juan Bimba. Mitos que nos dominan, estereotipos que nos confunden*. Editorial Taurus. Venezuela. 1era reimpresión.

Capriles. A. (2008). *La picardía del venezolano o el triunfo de tío conejo*. Editorial Taurus. Venezuela. 1era reimpresión. Santillana. C.A. Caracas Venezuela.

Cartay, R. (1998). Símbolo patrio en la construcción de la nación. En Alemán C. E. y F Fernández (Comp.) *Los rostros de la identidad* (pp.225-236) Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Consalvi, S. (2001). Autoretrato (Anónimo venezolano del siglo XX). En Alemán C. E. y F Fernández (Comp.) *Los rostros de la identidad* (pp.167-176) Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Cotúa. A. (2009) *María Luisa Escobar: Momento histórico, vida y obra musical (1930-1960)*. Boletín oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Chapultepec, México D.F.

Espinoza, E. (2011). *El Heroé que llevamos dentro*. Dirección de Medios y publicaciones. Universidad de Carabobo.

Frances, A. (1990). *Venezuela posible*. Corimon- IESA. Caracas.

Gadamer, G. (1988). *La dialéctica de Hegel. Cinco ensayos hermeneúticos*. Cátedra. Madrid.

García Canclini, N. (1982). *Las culturas populares en el capitalismo*. Nueva Imagen. México.

(1989). *Culturas híbridas*. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. Grijalbo. México.

Giddens, A. (1987). *Las nuevas técnicas del método sociológico*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

Guss, D. (1996). Cimarrones, Theater, and the State. En: *History, Power and Identity* (Jhonathan D. Hill, edit.). Iowa City. University of Iowa Press.

Guss, D. (2000). *The Festive State: Race, Ethnicity and Nationalism as Cultural*. Berkeley: University of California Press.

Hastings, A. *La constitución de la nacionalidad, Etnicidad, Religión y Nacionalismo*. Trad de Cristina Peña, Madrid. Cambridge University.

Hayes, C. (1960). *El Nacionalismo, una religión*. M Luisa Real. México. Editorial Hispanoamericana UTHA.

Harvey, D. (1989). *La experiencia del espacio y el tiempo*. Oxford. Londres.

Hedetoft, U. (1995). *Signos de las Naciones*. Aldershot, Dartmouth.

Hobsbawn, E. (1991). *Nacionalismo y Naciones desde 1780*. Trad. Jorge Beltrán. Barcelona Editorial Crítica.

Kedoure, E. (1988). *Nacionalismo*. Madrid Centro de Estudios Constituciones.

Kohn, H. (1966). *El Nacionalismo, su significación y su historia*. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Kelly, J. (2001). Las capas de nuestra identidad: implicaciones para la cultura política en Venezuela. En Alemán C. E. y F Fernández (Comp.) *Los rostros de la identidad* (pp.557-564) Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Lander, E. (1994). *Modernidad & Universalismo*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas Venezuela.

Lechmer N. (1990). Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política. Edición, 2ª ed. Publicación, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.

Lipovetsky, G. (2000). El imperio de lo efímero. En revista Sprit, nº 125 (42-52). Paris.

López, R. (2001). Cultura, modernidad y manifestaciones de crisis. En Alemán C. E. y F Fernández (Comp.) *Los rostros de la identidad* (pp.99-106) Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Lopkowki, T. (1983). Formación de nacionalidades en América Latina (1780-1930) Reflexiones generales y algunos casos específicos. Congreso Bicentenario de Simón Bolívar. Caracas. Academia Nacional de la Historia.

Martín Barbero, J. (1999). Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación. En Garretón, M.A. (coord.) *América Latina: un espacio en un mundo globalizado* (Bogotá: Convenio Andrés Bello).

Mato, D. (2003). *Crítica de la modernidad, globalización y construcción de identidades*. Universidad Central de Venezuela. CDCH.

Miliani, D. (2001). *El mal de pensar*. En Alemán C. E. y F Fernández (Comp.) *Los rostros de la identidad* (pp.141-158) Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Monsiváis, C. (1998). Las migraciones culturales del rancho al internet. En Alemán C. E. y M.M. Suárez (Comp.) *Venezuela: Tradición en la modernidad* (pp.33-54) Fundación Bigott. Equinoccio: ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Moreno, A. (2005). *El Aro y la Trama. Episteme modernidad y pueblo*. Dirección de medios y publicaciones. Universidad de Carabobo.

Moscovici, S. (1984). *El Fenómeno de las Representaciones Sociales*. Universidad de Cambridge.

Picón Salas, M. (1940) *Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana*. Caracas Editorial La Torre.

(1975) *Dependencia e Independencia en la historia hispanoamericana*. Caracas Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.

Pfeiffer, A. (1999). *Historia contemporánea de la revolución inglesa a la actualidad*. Editorial Eudeba. Universidad de Buenos Aires. Argentina.

Pino Iturrieta, E. (1993). Las máscaras del pasado. En Alemán C.E. y M. M Suárez (Comp.) *Venezuela: Tradición en la modernidad* (pp.187-202) Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Rocker, R. (1949). *Nacionalismo y Cultura*. Trad. De D. de Santillana, Málaga. Editorial Alebrige.

Rodríguez, R. (2009). *Elementos de la Tradición Infantil en el repertorio musical de compositores académicos venezolanos (1948-2008)*. En Boletín oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Chapultepec, México D.F.

Rodríguez, E. (2001). Biografía de una idea que enloquecía de amor. En Alemán C. E. y F Fernández (Comp.) *Los rostros de la identidad* (pp.57-72) Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Rosas, A. (2008). *Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional*. Educación pesquisa. Sao Paolo, Brasil.

Salas, Y. (2001). Nuevas subjetividades en el estudio de la memoria colectiva. En Alemán C. E. y F Fernández (Comp.) *Los rostros de la identidad* (pp.261-282) Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Salcedo, J.L. (1985) Latinoamérica razón y meta. En: *Libro del Bicentenario del Libertador*. GeoMundo Bolívar.

Sánchez, L. (1998). Novela hispanoamericana y cancionero popular. En Alemán C.E. y M. M Suárez (Comp.) *Venezuela: Tradición en la modernidad* (pp.57-76) Caracas. Fundación Bigott. Equinoccio: ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Smith, Anthony. (1997). *La identidad Nacional*. Trad. de Adela Despujol Ruíz Jiménez. Madrid. Editorial Trama.

Touraine, A. (1971). *La sociedad postindustrial*. Ariel. Barcelona.

Vargas, I. (1998). Las pequeñas cosas olvidadas de la cultura popular. En Alemán C. E. y M.M. Suárez (Comp.) *Venezuela: Tradición en la modernidad* (pp.149-157) Fundación Bigott. Equinoccio: Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.

Vargas Llosa. M. (2012). *La civilización del espectáculo*. Editorial Santillana. Caracas Venezuela.

Virilio, P. (2003). *Arte y miedo*. Continuum. Londres.

Wieviorka, M. (2003). Diferencias sociales, racismo y democracia. En: Mato, D. (coord.): *Políticas de identidades y diferencias sociales en tiempos de globalización*. Caracas: FACES – UCV.